ALEXANDER LERNET-HOLENIA

EL CONDE LUNA

Un extranjero desaparece en el interior de las catacumbas romanas, un lugar en donde «… se podía sentir en toda su intensidad la angustia de la vida en general y la representación del regreso al seno protector de la tierra».

Es el austríaco Alexander Jessiersky, implicado en el encarcelamiento y presunta muerte del conde Luna, que vive este suceso como una obsesión que transformará el curso de su vida y lo llevará a adentrarse en sus más hondos y oscuros territorios. En un tono narrativo que ondula entre el relato de suspense y lo fantástico, Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) parte del conflicto entre el verdugo y la víctima para discurrir sobre misteriosos senderos en el límite de la vida y la muerte.

Lernet-Holenia, uno de los mejores narradores austríacos de nuestro siglo, cultivó la poesía (*Pastoral,* 1921) y el teatro (*Demetrius, Ollapotrida* y *Ósterreischische Komódie,* obras por las que fue galardonado con el Premio Von Kleist en 1926). Lo más sobresaliente de su obra lo componen relatos como *El barón Bagge* o *El conde Luna* y novelas como *Die vertauschten Briefe* (1957).

Alexander Lernet-Holenia

El conde Luna

ePub r1.0
Titivillus 11.05.16

Título original: *Die Katakomben*
Alexander Lernet-Holenia, 1955
Traducción: Juan Rodolfo Wilcock

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

El martes 6 de mayo de 1953 llegó a Roma un tal Alexander Jessiersky, que había anunciado su arribo algunos días antes, desde Milán; se alojó en un hotel de la Piazza di Spagna. Dijo ser de nacionalidad austríaca, nacido en 1911, y de estado civil viudo. Dejó, sin embargo, en blanco la línea correspondiente a profesión, quizá porque no sabía traducirla al italiano.

El 7 por la mañana reservó en la oficina de la LIT (Líneas Italianas Transoceánicas) un pasaje en la nave *Aosta,* que el día 9 por la tarde debía partir de Nápoles hacia Buenos Aires. El 7 por la tarde se dedicó a visitar diversos lugares del sur de Roma, y entre ellos la Via Appia. Una vez allí, junto a la iglesia del Quo Vadis, o el templo cercano al Deus Ridiculus, ambos dedicados tanto por los paganos como por los cristianos al Dios del Regreso, hubiera debido seguir su ejemplo y volverse inmediatamente, para su propio bien. Pero por desgracia no lo hizo. En cambio prosiguió su paso hasta la iglesia de San Urbano, que no se encuentra muy lejos de ese lugar, y desde la cual se puede penetrar por una entrada secundaria en las catacumbas de Pretextato. Mientras visitaba esta iglesia, preguntó al guardián, en su italiano bastante defectuoso, si era cierto que poco tiempo antes dos sacerdotes franceses habían entrado en las catacumbas desde ese mismo templo, y no habían regresado más a la luz del día. El guardián confirmó esta noticia, y entonces Jessiersky le declaró que tenía intención de volver otro día y dedicarse a la busca de los curas desaparecidos. Cuando el guardián pudo comprender el propósito de Jessiersky, protestó que era imposible, que ni siquiera tenía permiso para bajar a las catacumbas, y que no creía que se lo permitieran a otra persona. Porque esas catacumbas, le explicó, en su mayor parte no habían sido todavía exploradas; los sacerdotes franceses se habían perdido y seguramente ya estaban muertos. Por lo tanto, era mejor que el visitante se quedara en la iglesia, y se conformara con la contemplación de ciertos frescos pintados hacía casi mil años por un tal Bonizzo, etcétera, etcétera. Pero Jessiersky replicó que eso no le interesaba y exigió que le mostrara la entrada de las catacumbas. Por otra parte, ya sabría orientarse solo, sin ayuda de nadie; mediante una generosa propina, acalló las protestas del guardián, que entre otras cosas sostenía que los cadáveres de los sacerdotes perdidos debían de encontrarse en avanzado estado de descomposición.

Al día siguiente, por lo tanto, apareció el austríaco con una linterna, un maletín y un abrigo liviano; sin prestar ninguna atención a las renovadas protestas del guardián, se deslizó por debajo del altar de la cripta (en forma de mesa) que cerraba la entrada de las catacumbas; antes de desaparecer recogió el maletín y el abrigo, y así como había ocurrido con los sacerdotes, no se lo vio nunca más.

El guardián lo esperó hasta el atardecer; luego comunicó sus temores al encargado de la vecina catacumba de San Sebastián. El encargado lo cubrió de reproches, porque había permitido a un extranjero penetrar en las catacumbas, y se dedicó inmediatamente a la busca del desaparecido. Pero todas las búsquedas fueron inútiles; también las que realizaron durante los días siguientes la policía y los profesores F. B. Degrassi e Innocente Bazzi (peritos expertísimos en la topografía subterránea de Roma), a pesar de todo el cuidado que pusieron en sus investigaciones. Ni siquiera les fue posible descubrir con precisión las débiles huellas que Jessiersky había sin duda dejado en el polvo de los túneles, mezcladas con las huellas anteriores, y que podían revelarles su recorrido. Porque las catacumbas de Pretextato, así como las de San Sebastián, la de Callixtus y la de Domitilla, con las cuales las primeras se encuentran en comunicación, presentan, además de los pasillos conocidos, diariamente visitados por los interesados, muchísimos otros corredores que desde hace siglos nadie ha hollado, y que a su vez comunican con los corredores, las galerías y las capillas fúnebres de las demás catacumbas que como un arco enorme rodean a la ciudad de Roma; lo más lógico era pensar que el extranjero se había perdido totalmente en ese laberinto, y que, al igual que los sacerdotes, se encontraba ya sin vida.

Como todos saben, las catacumbas italianas, especialmente las de Roma, constituyeron hace muchos siglos las ciudades fúnebres de los primeros cristianos. El nombre es griego, y en un principio servía para designar ciertos lugares, situados en un declive o en una cavidad, que habían sido canteras de arena o pedregullo, en latín *arenariae,* en las cuales, después de su agotamiento, se arrojaban los cadáveres de los esclavos y de los delincuentes. También los restos de los mártires solían ser depositados, ya desde los primeros tiempos, en estas cavidades, a veces de muy difícil acceso, que también se llamaron criptas, para evitar que los paganos se apoderaran de ellos; y como era el deseo ferviente de muchos cristianos reposar eternamente en la proximidad de algún mártir, porque creían en el poder protector del cadáver del santo, poco a poco esos lugares se fueron extendiendo en forma de camposantos o cementerios subterráneos. Para el aniversario de la muerte del mártir, se solía reunir allí la comunidad cristiana; allí oía misa y participaba en el ágape nocturno. Por otra parte, cuando empezaron las persecuciones, también tomaron la costumbre los cristianos de refugiarse en estos cementerios, lo que a veces les valía de poco para salvarse de sus agresores, que los perseguían hasta en las entrañas de la tierra, y muchos de ellos encontraron la muerte en el reino de los muertos.

En general, por lo tanto, debemos considerar que los primeros fieles de nuestra religión se retiraron a los espacios subterráneos para eludir a sus perseguidores. Pero, por supuesto, no lo hicieron solamente por ese motivo. Más bien parecen haber buscado el interior de la tierra y las ciudades mortuorias de los hermanos y hermanas que los habían precedido, es decir, que habían regresado antes que ellos al seno de la Madre común, también por otros motivos, que se relacionan con los orígenes mismos de la religión. Todos los cultos de la época, basados en misterios, entre los cuales para un observador imparcial, y aun para los mismos cristianos, el cristianismo sólo era una forma de religión más, que no debían tomar con demasiado fanatismo, sino como los demás tomaban sus otras religiones —ya que también entre los primeros cristianos los santos eran muy escasos—; todos esos cultos demuestran, aun cuando no la llevaron a la práctica, una inclinación a esconderse debajo de la tierra; en efecto, esa esperanza de que la oscuridad les sirviera de medio para aclarar las oscuridades del destino, y que el misterio en sí constituyera una clave para la dilucidación de todos los misterios, instaba a los fieles a reunirse en grutas y antros oscuros y lugares semejantes. Allí se podía sentir en toda su intensidad la angustia de la vida en general y la representación del regreso al seno protector de la madre tierra, porque desde los tiempos de los más antiguos misterios de la humanidad ya no estaba, por lo menos totalmente, conforme con sus viejos dioses oficiales; desde las más lejanas épocas habían comenzado a alejarse de esas deidades impuestas; ya entonces comenzaba a mezclarse la religión con la superstición. Y realmente, ¿quién podía distinguir, en cualquier época, qué es religión y qué es superstición?

En sí, la disposición de las catacumbas es bastante sencilla. Consisten en pequeños corredores, cuyas paredes, en varias capas superpuestas, se han transformado en nichos, donde se alojan los cadáveres; y estos nichos están cerrados mediante tablas de mármol o de terracota, provistas de inscripciones. Pero la circunstancia de que hubiera que enterrar cada vez más y más muertos en esos cementerios indujo a la excavación de sucesivos corredores, y así hubo que recurrir a la creación de varios pisos de galerías y lugares subterráneos para el culto, por cuya maraña, ya en la misma antigüedad, ni siquiera los pertenecientes a los gremios que se dedicaban a la excavación y a la conservación de estas galerías, los llamados *Fossores* e *Innocentiores,* se orientaban con facilidad; y cuando las persecuciones terminaron y el cristianismo fue elevado a la categoría de religión de Estado, al trasladarse el culto subterráneo a las iglesias sobre la superficie de la tierra, y con el cambio correspondiente de costumbres, se empezó a enterrar a los muertos en dichas iglesias y en los espacios circundantes; es más, al trasladarse posteriormente la mayoría de las reliquias de los mártires al panteón dedicado a los cristianos, y a otros lugares santos de la ciudad de Roma, en la época del papa Pablo I la importancia de las catacumbas comenzó progresivamente a disminuir, y finalmente se fue perdiendo también el conocimiento de su topografía y de la disposición de sus galerías. Durante la Edad Media solamente una catacumba, la de San Calixto, siguió siendo visitada por los fieles; y únicamente a principios de la Edad Moderna se empezaron a estudiar otra vez esas galerías complicadas de los primeros cristianos. Pero todavía en épocas muy avanzadas del siglo pasado, y también en nuestros días, se podía decir que grandes zonas de las catacumbas (la mayor parte) no habían sido nunca más holladas por pies humanos, y se habían sumido en el más profundo olvido.

No obstante, algunos investigadores serios han intentado siempre extender el conocimiento cartográfico de esa parte subterránea de la antigua Roma, hundida en la oscuridad eterna; en esa tarea han encontrado siempre muchas dificultades, sobre todo por el hecho de que las excavaciones se presentan en varios pisos, y en muchos lugares las galerías se han derrumbado. Pero en diversos distritos, esa tarea ha dado frutos notables; no en todas partes, pero sí en muchas; y los investigadores de la desaparición del extranjero se

preguntaban si éste no se habría llevado consigo los planos de Savinio o de Boccalini. Porque si así lo hubiera hecho, dichos planos habrían podido servirle para emerger a la superficie. Pero el guardián de San Urbano no podía decirles nada en ese sentido. También se preguntaban los mismos investigadores si el extranjero no habría salido de las catacumbas por algún lugar distinto de aquél por donde había entrado. La verdadera entrada de las catacumbas de Pretextato, por ejemplo, no queda en la iglesia de San Urbano, sino a cierta distancia de la iglesia, en una de esas *arenariae* que probablemente datan de la antigüedad. Pero se consideró muy poco probable que Jessiersky hubiera emergido nuevamente por ese lugar, o por cualquier otro, a la luz del día. Porque en ese caso, si bien no se habría precipitado quizá a anunciarle su retorno al guardián, por lo menos habría regresado al hotel, donde lo esperaba todo su equipaje, y donde necesitaban su habitación con urgencia, para dársela a una persona muy importante que había llegado con todo su séquito. Pero tampoco en el hotel habían vuelto a saber nada de Jessiersky. Y, por otra parte, no se sabía si había llevado consigo alimentos suficientes para sobrevivir por lo menos unos días bajo tierra. De todos modos, no podía haber llevado muchas provisiones. Mientras tanto, la policía había averiguado que Jessiersky había reservado el día 7 un pasaje en el *Aosta,* que debía partir de Nápoles el 9, con rumbo a Buenos Aires. Pero el barco se había ido sin Jessiersky y el camarote en cuestión no había sido ocupado por nadie.

Por lo tanto, no quedaba más remedio que dar por perdido al austríaco, agregar un nuevo muerto a los miles de muertos antiguos y suspender estas investigaciones que podían prolongarse hasta el día del Juicio Final. Pero para mayor seguridad, se mandó cerrar con obra de albañilería la entrada, bajo el altar de la cripta de San Urbano, por la cual ya habían desaparecido tres personas para no volver nunca más. Pero en el curso de la averiguación, mientras iban y venían las preguntas y respuestas, se comprobó que el desaparecido estaba implicado en otros sucesos que también eran motivo de averiguación en su propio país, es más, que habían interesado especialmente a la policía austríaca y seguían interesándole, aunque sus esfuerzos en ese sentido habían sido hasta el momento vanos; por ello, el Miniserio del Interior austríaco no sólo solicitó que los funcionarios correspondientes del Ministerio de Relaciones Exteriores, por intermedio de la representación diplomática en Roma, estudiaran nuevamente y con más detención las circunstancias de la desaparición de Jessiersky y presentaran el informe correspondiente, sino que también se preocupó de reconstruir, poco a poco, los detalles de la vida del investigado. En este sentido, así como en lo que se refería a los sucesos acaecidos en Italia, se encargó de preparar el informe un tal doctor Julius Gambs, empleado de la sección segunda del Ministerio; dicho empleado presentó a sus superiores un informe muy detallado, sobre el cual nos basamos para el relato que presentamos a continuación, con el agregado de multitud de detalles que posteriormente hemos averiguado y que en conjunto tal vez puedan dar una idea de los extraordinarios acontecimientos que precedieron a la desaparición de Jessiersky.

II

En esta época en que todo ocurre como si las personas, en vez de ser descendientes de los más diversos y extraños antepasados, fueran producidas en perfecta uniformidad en la misma fábrica, puede parecer un trabajo inútil detallar minuciosamente los orígenes de una persona aislada, en nuestro caso Alexander Jessiersky. Pero nos parece conveniente transcribirlos, porque en parte gracias a ellos, y no solamente a su persona en sí, podremos en cierto modo comprender las curiosas anomalías del carácter de Jessiersky.

Hacia el año 1806, un cierto Pawel, hijo de un tal Alexander Jezierskij, originario de la Pequeña Rusia, se trasladó a la Galizia oriental para tomar posesión de las propiedades de su mujer, de apellido Szoldrska, viuda de Raczynski. Este Jezierskij, un oficial sin medios de fortuna, había conocido a los Raczynski en 1805, cuando un contingente del ejército ruso se demoró un tiempo en Volinia, antes de seguir camino hacia el oeste. Pawel Alexandrowitsch Jezierskij, después de conocer a la Raczynski, dejó que las tropas siguieran solas su camino. No estuvo presente en el momento en que el ejército ruso se reunió con el austríaco, ni asistió a la famosa alborada de Austerlitz, el 2 de diciembre del mismo año; apenas descubrió que había hecho suficiente impresión en el corazón de su futura, se casó inmediatamente con ella. A continuación se instaló en Wiazownika y Marianowka, las dos propiedades que ella había aportado a su primer matrimonio, y poco después, gracias a la intervención del influyente Naleczy de Raczyn, con el escudo de Ciolek, pasó a formar parte de la nobleza polaca. Pero como esta inclusión en la nobleza había tenido lugar durante la época del protectorado francés en el gran ducado de Varsovia, el Estado austríaco, al volver a ocupar la Galizia oriental, no quiso de ningún modo considerarla válida.

Cuando murió la mujer de Pawel Jezierskij —y murió joven—, éste volvió a casarse inmediatamente, con una muchacha que había sido su viejo amor de juventud en Rusia: la hija del estaroste de Utaikow, un tal Bielskij, que se hacía llamar príncipe; y con esta su segunda mujer, tan costosa como pródiga, fue gastando toda la dote de la primera, que había sido muy ahorrativa. Primero perdió Zloty-Potok, así como Zarky en Petrokow, herencia de los hijos de la Raczynski; su propio hijo Olgerd, que había tenido de la Raczynski, no vio ni siquiera una brizna de paja de Marianowka ni de Wiazownika; por lo tanto, al pobre diablo no le quedó más remedio que renunciar a la vida de barón propietario e instalarse en Lemberg como abogado. Pero tampoco tuvo mucho éxito en esa profesión. Su situación empeoró más y más, hasta que finalmente, después de un último intento de obtener un poco de dinero de una propiedad que de todos modos ya estaba totalmente hipotecada, Slbodoka, en el distrito de Strij, terminó miserablemente sus días; de modo que su hijo Witold, nacido en 1837, para no perder totalmente las tierras de su padre y las suyas, se vio obligado a dedicarse al espionaje por dinero. Esto se llegó a saber, pero no muy bien. Porque Witold, con gran previsión, no sólo se había complicado en esos manejos, sino que también había complicado a algunos de sus superiores, el vicepresidente caballero de Kalchberg y el consejero áulico de Mosch; estas personas, en vez de hacer un escándalo, en el cual se habría visto complicada no solamente la mitad de la administración de la Galizia oriental, sino que además se habrían implicado ellos mismos, trataron de echar tierra sobre lo ocurrido y se limitaron a trasladar inmediatamente a todos aquellos que más de cerca tenían que ver con el asunto.

De ese modo llegó Witold a Trieste, donde trató de diversos modos de recuperar su posición perdida. Como primera medida, solicitó permiso legal para escribir su apellido «Jessiersky», porque así parecía menos ruso; después de lo sucedido, se consideró aceptable su solicitud y se le concedió el permiso. Más tarde trató de obtener que se le permitiera firmar, en consideración a su abuela, o mejor dicho su abuelastra, Jessiersky Bielsky. Esto tenía nuevamente un aspecto bastante ruso; pero como también podía ser checoslovaco, y por otra parte no significaba ningún mal para nadie, se lo concedieron. Pero entonces, cuando finalmente, en evidente prosecución de planes largamente meditados, solicitó que también le

reconocieran su condición de noble polaco, no se le quiso atender; y lo mismo sucedió con todos sus intentos fracasados de demostrar que descendía del príncipe Bielsky.

Acongojado, se casó con una joven totalmente desprovista de bienes, hija de un oficial de marina caído en la batalla de Heligoland, Sophie von Grabaricz, y tuvo de ella dos hijos: un varón, que entró en la escuela real militar, y una hija, a la cual, como estaba convencido de que nadie querría casarse con la pobre muchacha, hizo entrar en el convento de las carmelitas descalzas de Cracovia, aunque la desdichada no podía hablar ni dos palabras de polaco. El hijo, Adam Jessiersky, prestó servicios primero en la infantería y luego en el Estado Mayor. Con el grado de capitán, en 1908, se casó con una señorita Fríes.

Esta Gabriele Fríes provenía de una familia muy rica. Su padre poseía una compañía de transportes muy importante, y además el que fuera palacio Strattmann en Viena, en la Bankgasse, y la señoría de Zinkeneck en los Altos Alpes. Tenía dos hijos y, cuando estalló la guerra de 1914, hizo todo lo que pudo para que no fueran sacrificados en el altar de la patria. Pero su yerno, Adam Jessiersky, que mientras tanto había llegado al grado de mayor, se ocupó nada menos que de todo lo que pudiera producir un efecto contrario, lo cual, considerando sus relaciones en el mundo militar, le resultó bastante fácil. Oficialmente a favor, y oficiosamente en contra, consiguió que los jóvenes no sólo fueran llamados a las armas, sino que además se vieran obligados a ir al mismo frente; es más, tuvo la suerte tan ambicionada de que ambos cayeran en el campo de batalla, y de que su mujer quedara como única heredera de toda la fortuna de los Fríes.

Él, naturalmente, no cayó. Pero en 1925, con el grado de coronel —porque había sido ascendido al retirarse— y con el mal carácter de un teniente coronel, murió de cáncer.

Dejó tras sí un solo hijo, que es el protagonista de nuestro informe, llamado Alexander como el primer Jezierskij, del cual apenas se sabía que había existido, y también en honor de sus antepasados anteriores, apenas conjeturables como caballeros rusos forrados de lanas y de pieles.

Las relaciones entre este muchacho y su progenitor no fueron nunca demasiado buenas, no sólo mientras vivió dicho progenitor, sino también después de su muerte; en realidad, fueron malas desde el primer momento en que existió algún sentimiento entre ellos. Decir que el muchacho, por más despierto que fuera de niño, comprendiera inmediatamente hasta qué punto podían llegar la falta de escrúpulos y la inmensa ambición de ciertos oficiales sería exagerar. Adam Jessiersky sabía muy bien darse aires de lo que no era. Bien formado, sus manos eran hermosas, especialmente cuando las colocaba, en sociedad o en el teatro, sobre el puño de la espada, y se movía con calma, sin dejar translucir jamás que en su interior reinaba lo más opuesto a la calma; porque como a todos los Jessiersky, lo rodeaba un perfume casi de misterio, cuya notoriedad lo volvía más fascinante aún; y aunque no pertenecía a la nobleza, sabía comportarse como si en cualquier momento pudiera convertirse en príncipe de Przeworsk o heredar el castillo de Troki. Se decía que traicionaba a su mujer, y también que era muy capaz de imitar a su padre, y de pasarles a los rusos una exacta descripción, con planos, de la fortaleza de Przemysl; lástima que hiciera ya tanto tiempo que los rusos los poseían. Naturalmente, en la vida real, y como yerno del rico Fries, ese tipo de cosas no le era en absoluto necesario. Además, era el más correcto de los oficiales; hasta había ofrecido en el altar de la patria a sus dos cuñados. Pero, a pesar de todo, el hijo, ya desde muy niño, empezó a sentir que ese individuo que se llamaba su padre le resultaba por diversos motivos repugnante, y por otra parte no sentía tampoco una verdadera inclinación hacia la madre, que llevaba una vida desdichada al lado de su marido. Porque no era suficientemente inteligente como para buscar esa felicidad que le faltaba junto a otros hombres. Seguía siendo muy bonita, pero insignificante, y el viejo Fries, con sus modales de comerciante, su grosería que todavía perduraba de sus primeros años de pobreza, su costumbre de remangarse la camisa y sus continuas lamentaciones por la muerte de sus dos hijos, aburría al nieto hasta el extremo, y el nieto no se tomaba el trabajo de ocultarlo. Uno podría preguntarse a quién quería, en resumen, este muchacho. No quería a nadie. Era uno de esos niños que ya desde muy pequeños comprenden que su destino es estar solos. Sin ser soñadores, no tienen ninguna o casi ninguna relación con el mundo tal como es, sino más bien con el mundo tal como fue; y Alexander Jessiersky se habría entendido mucho mejor que con su padre, con aquel otro Alexander, el padre de Pawel, que había dado origen a toda esa sospechosa familia.

En resumen, los Jessiersky eran como cuerpos extraños, sumamente inquietantes, dentro de la familia Fries; tanto más inquietantes si se considera que, imitando la costumbre de algunos caballeros exóticos, no lograban vivir juntos en buenas relaciones. Porque también Adam Jessiersky había empezado a sentir hacia su hijo una repugnancia similar a la que su hijo sentía por él, lo que llegó a ser evidente durante los últimos años de su vida, cuando decidió intervenir personalmente en la educación del niño.

Con este fin elegía, con su apariencia calmosa de siempre, el asiento más cómodo que encontraba en el

cuarto del niño y se sentaba en él, haciéndolo crujir, y cruzando lentamente las piernas, una sobre otra. El chico no podía soportar ese crujido de la silla bajo el peso del padre, que seguía siendo un hombre apuesto, pero que en los últimos años había engordado un poco, quizá demasiado; y, por otra parte, le inspiraba un intenso desagrado explícito el hecho de que su padre cruzara las piernas, esas piernas bien formadas que, aunque desde hacía muchos años el coronel vestía siempre de civil, parecían llevar todavía los pantalones militares, ya fueran esos pantalones de salón con trencilla, o si no directamente aquellos «Inexpresables» de color crema, cuyo invento había sido la base principal de la fama del conde Pejatschewitsch, gran inspirador de la caballería. Muy especialmente irritaba al niño el hecho de que el vigor de los muslos de su padre adquiriera tanto relieve en esa silla; sí, eso le resultaba francamente intolerable y lo fastidiaba sobremanera; porque aunque sabía muy bien que su padre había capitaneado, siempre a pie, un escuadrón de infantería, y luego sólo se había sentado ante los escritorios del Ministerio de la Guerra, no podía dejar de sentir la impresión de que ese exceso de carne en las posaderas era una consecuencia de incontables cabalgatas, de un continuado y constante movimiento, un moler y amasar el cuerpo del caballo; y no solamente había cabalgado su padre —así pensaba Alexander— en el séquito verde botella de un mariscal de campo por la llanura austríaca, sino también por las interminables ondulaciones de Polonia, ante oleadas de escuadrones de ulanos. También los ulanos llevaban uniformes verdes con adornos rojos; en el pecho de los oficiales brillaban lazos de oro, y en la primera fila del escuadrón las lanzas ondeaban como las espigas en los campos, y flameaban los estandartes negros y amarillos; con todo eso, Chopin, que Alexander comenzaba a estudiar en el piano, creaba sus salvajes fantasías y sus estudios revolucionarios, porque siempre subsistía algo de salvaje en esos polacos cuya civilización sólo llegaba a la superficie; y con esa misma mano bien formada, que siempre parecía emerger de la manga estrecha del *ulanka,* el padre recogía un libro de texto y comenzaba a examinar a su hijo. Sólo Dios sabía dónde había aprendido el coronel ese indescriptible y calmo movimiento de su mano enjoyada; quizá se lo hubiera visto ejecutar a algún archiduque, rodeado de su séquito obsecuente, del cual él formaba parte, ya que poseía, por otra parte, una asombrosa capacidad de imitar todo lo que estaba por encima de él, y de tratar con personas que no habrían pensado nunca en ser amigos suyos.

Pero no sólo era el producto de un pasado ya totalmente incomprensible, sino que también consideraba absolutamente necesario para una persona de esa época, tal como él se la representaba, conocer a fondo las que él llamaba ciencias exactas: las matemáticas, la geografía, la historia natural, etcétera. Porque creía que todos los que no las dominaban se encontraban en situación de inferioridad y más tarde eran fácilmente desplazados por los demás. En cuanto a las disciplinas inexactas, como podían serlo la literatura o las bellas artes, le parecían interesantes solamente en la medida en que podían capacitar a un oficial a contestar al discurso de despedida de un jefe de Estado Mayor; y lo que pensaba de la filosofía y de la religión, tenía la precaución de no decirlo. Conservaba, es verdad, la costumbre de asistir a las misas llamadas de la nobleza, y de fijarse bien en quién estaba en la iglesia; pero consideraba mucho más útil una sólida superstición que la misma religión, y al conversar mencionaba con muchísima más frecuencia al diablo que a Dios.

Pero su hijo, sin saber casi ni cómo ni por qué, se encontraba ya muy del otro lado de ese tipo de ideas. Tenía este sentimiento: que en vez de tratar de comprender la realidad, era mucho mejor dejar que aquellos que ya la habían comprendido, y vencido, como por ejemplo el viejo Fríes y sus dependientes, trabajaran para uno; de ese modo uno podía vivir su propia vida. Dónde quedaba Bruselas y qué se producía allí era en última instancia muy poco interesante; porque si uno no podía comerciar con Bruselas, siempre podría hacerlo con Bucarest o con Oslo; y saber calcular podía ser quizá importante para un tenedor de libros, pero ¿para qué quería su padre enseñarle a calcular a él? El niño se equivocaba en la mayor parte de las respuestas, muchas veces adrede. Y cuando el padre, que, como todos los polacos educados o descendientes de polacos, dominaba perfectamente el francés, lo obligaba a conversar en esa lengua, al ver que su hijo no le contestaba como un parisiense, se enfurecía; terribles peleas estallaban en ese cuarto de estudios entre el padre y el hijo, durante cuyo transcurso el coronel echaba en cara a la familia Fríes la carencia de talento de su hijo. Porque, por supuesto, tanto el viejo Fríes como su hija Gabriele hablaban francés con defectos de pronunciación burguesa. En realidad el hijo del coronel hablaba mal el francés solamente porque su padre insistía en que lo hablara bien; es más, empezó a hablarlo cada vez peor, y finalmente no le quedó más remedio a Adam Jessiersky que hacer uno de sus elegantes movimientos con la mano, dando a entender la inutilidad de sus esfuerzos, y levantarse de la silla, con lo cual la silla volvió a crujir, y retirarse con melancólica indiferencia de la habitación. Pensaba, mientras tanto, que realmente no se puede hacer nada, ni física ni espiritualmente, con estos jóvenes retardados de hoy. No se puede esperar nada bueno de las nuevas generaciones.

De todos modos, la obesidad de Adam Jessiersky no llegó a concretarse en realidad, porque el cáncer se lo impidió. Primero el coronel adelgazó rápidamente, luego espantosamente, y si fuera posible que un niño sienta piedad —lo que de todos modos no puede sentir—, el niño se habría apiadado de su padre, por poco que le gustara como persona. Pero no se apiadó en absoluto. En cambio, se fue apoderando de él otro sentimiento, una idea muy definida. En efecto, a medida que el padre disminuía de peso a causa de la enfermedad, tanto más convencido estaba el hijo de que no se trataba en realidad de una enfermedad verdadera, sino más bien de un pretexto, un pretexto inventado por su padre, el cual había decidido, con plena conciencia, retirarse dentro de sí mismo para poder así, cuando ese proceso se completara, reunirse con sus antepasados, donde la familia Fríes no pudiera seguirlo, lo que le permitiría por fin encontrarse en el lugar que le correspondía; pero el hijo, así como su madre y su abuelo, no podían de ningún modo contar con esa posibilidad, y tampoco podrían en el futuro. Que los Jessiersky habían sido una familia bastante dudosa, el hijo lo había descubierto muy pronto. Cuando su padre murió, Alexander tenía catorce años, y ya no perdió mucho tiempo en hacerse ilusiones en lo que se refería a su familia. Porque, fuera sospechosa o no, o quizá justamente porque era sospechosa, la familia llegaba —así creía saber él con certeza— hasta su padre fallecido, pero no hasta él, el hijo. Algo había ocurrido entre los dos, entre ese padre y ese hijo, algo que para ninguno de los dos había sido muy claro o perceptible, y que hacía que el hijo no tuviera ya relación directa con su padre. Eso, naturalmente, lo dejaba bien indiferente; es más, le producía cierta satisfacción. Pero el hecho de no pertenecer más a su padre, que no le importaba, implicaba en cierto modo el no pertenecer tampoco a sus antepasados, y esto sí, de una manera un poco incomprensible, lo entristecía. Era inútil que se repitiera cien y mil veces que indudable, que explícitamente habían sido personas muy poco respetables; esa turbiedad, esos manejos con las dotes de sus mujeres, esa deshonestidad, no conseguían disminuir la pena que le producía pensar que, como él sinceramente creía, lo habían rechazado, no lo aceptaban en su compañía. Cómo podían hacerlo, desde el momento en que estaban muertos, el muchacho no habría sabido explicárselo; pero, no obstante, lo sentía con toda el alma. Ni tampoco sabía por qué lo rechazaban, por qué no les pertenecía más como descendiente; pero era evidente que no les pertenecía.

En cambio Adam Jessiersky, que todavía les pertenecía, regresaba ahora a reunirse con ellos; y su hijo no creía que el coche fúnebre se lo llevara al cementerio de la ciudad, sino más bien a Polonia, o tal vez aun a Rusia. El coronel, asqueado de su hijo, de la familia Fríes y quizá hasta del Estado Mayor del Ejército, se preparaba, con su muerte, a regresar a su verdadera patria. Ése era, por lo menos en su caso tan especial, el verdadero sentido de la muerte. Gabriele Jessiersky, que seguía amando sin esperanzas a su marido, pasaba la noche y el día a su lado, y el viejo Fríes se remangaba la camisa, se retorcía las manos y se paseaba por la casa lamentándose, porque además de haber perdido a sus dos hijos, ahora perdía también a su yerno. Pero todas estas circunstancias eran verdaderas ridiculeces, desdeñables al lado de la muerte en sí de Adam Jessiersky. Porque al morir ese hombre tan poco respetable, quedó demostrado que su muerte sí había sido respetable, como ya no suele serlo en la mayoría de los casos. El muchacho lo sintió perfectamente, y también parecía sentirlo el agonizante. Tenía conciencia de lo que ocurría, y sentía como una obligación: la obligación de no morir como había vivido, de morir irreprochablemente, para que nadie pudiera decir que era otra de sus trampas habituales.

Las manos del coronel habían adelgazado hasta el extremo de parecer ya las manos de un cadáver, y con esa transparencia de las manos de los muertos yacían sobre la colcha de la cama; sobre la almohada, su cabeza sin fuerzas se erguía con una distinción por una vez asombrosa. Se habría podido pensar que ese miembro del Estado Mayor, que había mandado a la muerte a tantas personas, no sería capaz de acercarse a la muerte con ninguna gracia. Y en cambio, murió con una elegancia que por lo menos era mucho más de lo que se podía esperar de un militar.

Cuando ya había perdido el conocimiento, apareció un sacerdote para darle la extremaunción, y al mismo tiempo le bendijo los pies para que pudiera emprender el camino de la eternidad. Pero al hacerlo, alguien corrió las mantas de la cama demasiado hacia arriba y se pudo ver que las piernas del coronel, en otra época tan bien formadas, habían adelgazado de una manera espantosa; resultaban totalmente inapropiadas para llevarlo a la eternidad. Pero de todos modos no se iría a pie, como un campesino o un labrador cualquiera; iría en coche. Ni siquiera iría en el coche fúnebre. Porque los Jessiersky muertos, los Raczynski y hasta quizá los Bielsky, olvidando la indignación causada por el hecho de que, al igual que su padre, se hubiera agregado ilegalmente sus apellidos, le mandarían sin duda alguna carroza o un trineo desde el más allá; y los caballos de raza de Galizia, atados al trineo, se encargarían de llevarse al muerto, con las cabezas adornadas y el tintineo de las campanillas, a toda velocidad, hacia la eternidad.

Cuando más tarde Alexander Jessiersky reflexionaba sobre esta muerte, pensaba siempre que su padre, a pesar de la repugnancia mutua que se sentían, hubiera debido explicarle cómo había hecho para morir así. Pero el padre había muerto sin decirle nada.

Durante meses y años, de todos modos durante un período desusadamente largo para un muchacho, pensó el hijo en esa muerte del padre; y en vez de sentirse aliviado, como hubiera debido ocurrir, teniendo en cuenta el sentimiento que reinaba entre ambos, se sentía como aislado; es más, abandonado. No había ido nunca a Polonia, y ahora se imaginaba una Polonia fantástica, en la cual vivían todos los Jessiersky muertos, como en una especie de más allá, y de donde había venido el trineo fúnebre que se había llevado a su padre. Debajo de un cielo gris, del cual en verdad nunca caía la nieve, aunque siempre amenazaba nevar, los muertos celebraban continuas reuniones y se invitaban recíprocamente a las propiedades que habían ocupado en vida; a menudo esas fiestas fantasmales se prolongaban hasta la mañana gris y antigua que se alzaba sobre la tierra infinita, cubierta de nieve también antigua. Esa infinitud de los campos le parecía a nuestro Alexander imagen de la eternidad, porque confundía el tiempo con el espacio. Pero él, el que soñaba, no era invitado a esas fiestas, y nunca lo sería; por lo menos así lo creía. Nunca se lo llevarían en un trineo tirado por caballos puros de Galizia, como el que se había llevado a su padre, hacia Dobrowlany o Borek Stary o como se llamaran todas esas propiedades de la nobleza; no se lo llevarían a Bedrykowze y Dembianka, con los pies bajo una manta de pieles, recostado sobre otra manta de veinte pies de zorro, cuyas colas cosidas en torno de la manta volaban al viento del invierno. Inútilmente lo esperarían los Szoldrsky y los Raczynski, los Przezdziezky y los Koscielec-Dzialynsky; o mejor dicho, no lo esperarían en absoluto, porque en realidad no lo habían invitado, y mucho menos habrían pensado en invitar a su nieto los Jessiersky. Porque, en efecto, era una característica de esa eternidad el que allí no fuera Dios quien elegía a las personas, quien las mandaba, sino que los mismos muertos decidían, discutiendo las circunstancias favorables o no, quién podía entrar en su eternidad y quién no; y como los lobos, que en Polonia existían en todas partes, y que no dejaban que se les acercaran los perros lobos que de ellos descendían, esos muertos lobunos se encargaban de alejar a mordiscos a sus descendientes. Pero eso no solamente valía para los Jessiersky, que en realidad descendían de los lobos, es decir provenían de Rusia, sino que también valía para sus parientes polacos, hasta cierto punto domesticados. No obstante, de esos muertos salvajes, por así decir todavía rapaces, y hambrientos, el muchacho sólo reconocía como suyos, en sus largas meditaciones, a los Jessiersky; y empezó a lamentarse del hecho de que nada se supiera más allá de su antepasado homónimo, Alexander Jessiersky. Porque la imagen misma de ese hombre, el contorno de ese antepasado del cual no se conocían los padres, ya comenzaba a desvanecerse en la penumbra del pasado, y casi no se lo distinguía sobre el fondo confuso de sus predecesores muertos; y detrás de él se movían en esa luz crepuscular cantidades de antepasados cada vez más desconocidos, que se extendían no solamente como una fila única y serpenteante de personas, formados como un séquito de su persona viva, como si quisieran así, de algún modo, prolongar en él su existencia, sino más bien como un abanico desplegado, que se extendía, se diluía, se perdía y desaparecía en todas las direcciones del olvido; y su lejanía, que en estas tierras apenas había abarcado dos o tres siglos, en Rusia se volvía en cambio ilimitada y hacía que el muchacho se sintiera infinitamente extranjero.

En realidad, Alexander Jessiersky quedó sumamente abandonado cuando desapareció el último de los verdaderos Jessiersky, y quizá haya sido esa sensación de abandono lo que lo instó a desposarse a una edad exageradamente temprana. Apenas tuvo veinticuatro años se casó con una baronesa Pilas, que trajo al matrimonio las propiedades de Hradek y de Sossnowetz (623 hectáreas entre ambas), situadas en Bohemia. De este modo imitaba, por así decir, a la ya nombrada Szoldrska, viuda de Raczynski, que al casarse con Pawel Alexandrowitsch Jezierskij le había aportado las dos propiedades de Marianowka y Wiazownika; y así como Pawel Alexandrowitsch no había podido conservar la dote de su mujer, le sucedió también a Alexander Jessiersky, ya que en efecto, algunos años después, la República Popular Checoslovaca se hizo cargo de las propiedades privadas y sin mayores trámites las confiscó todas.

Cuando Alexander Jessiersky se casó, su madre, Gabriele, la hija de Fríes, vivía en el antiguo palacio Strattmann de Viena, todavía provisto de algunos restos de antiguos esplendores y una inmensa cantidad de objetos sin valor. La nuera, que daba a luz un hijo tras otro, uno tras otro los abandonaba y se iba dedicando a sus nuevos hijos. Tres murieron, aunque desde el punto de vista de la medicina moderna esa costumbre ya no estaba de moda. Pero quizá estuviera todavía de moda en la familia Pilas. También el viejo Fríes, estuviera o no de moda morirse en su familia, se había muerto tiempo atrás. El nieto, que en realidad no le hacía mucho caso, había tratado de encontrar, en sus últimos años, algún interés a este comerciante tan poco interesante, porque conjeturaba que tal vez la familia Fríes estuviera emparentada con el banquero

del mismo nombre, que había sido ennoblecido con el título de conde, y que ya en 1783 había hecho construir el palacio de la Josefplatz que más tarde llevó el nombre de los Pallavicini. Pero aunque el viejo Fríes, llevado por un deseo extraordinariamente tardío de figuración, se interesaba cada vez más en esta posibilidad de parentesco, Alexander Jessiersky cesó de escucharlo. Vivía totalmente en su propio mundo, y quizá ni siquiera él supiera exactamente qué era en realidad ese mundo en el cual vivía. Durante el día se ocupaba, aunque sin mayor intensidad, de su empresa de transportes, y durante las noches se dedicaba a proporcionar un hijo tras otro a su mujer, no tanto por convicción como por distracción, y también porque Elisabeth Pilas lo consideraba lo más importante del mundo. Por otra parte, la joven conservó largo tiempo su belleza y la tarea no se hacía desagradable.

III

PERO al llegar el año 1940, Alexander Jessiersky tuvo un conflicto de carácter comercial con un tal conde Luna, y esta circunstancia, que en un principio no pareció asumir importancia alguna, más tarde llegó a obsesionarlo y finalmente a decidir su destino.

Como ya se ha dicho, Alexander Jessiersky no se preocupaba demasiado por los negocios. Dejaba que la empresa, que él dirigía nominalmente en nombre de su madre, pero que en realidad era prácticamente suya, marchara como quisiera. Y su marcha era siempre ascendente, tal como lo había sido en los tiempos del viejo Fries. Porque, en verdad, eso era lo único que había sabido hacer ese pariente poco interesante del constructor del palacio Pallavicini. Cuando los alemanes ocuparon el país, los negocios adquirieron rápidamente un alza inesperada. En mérito de Alexander Jessiersky debemos decir que, a pesar de entender tan poco de negocios, o quizá por eso, esa prosperidad no le gustaba nada. Porque aunque poca relación tenía él con «su negocio», se encontraba suficientemente alejado de él para que le resultara sospechosa esa prosperidad que de pronto adquiría; y en efecto, en ese momento comenzaba el absurdo círculo vicioso de la inflación, del dinero cada vez menos sólido, que continúa en nuestros días, y continuará todavía, y gracias al cual aquel que tiene dinero no tiene nada, y el único que tiene algo es el que no lo tiene. «Para qué entonces», se preguntaba Alexander Jessiersky, «nos dedicaremos a engrandecer laboriosamente nuestras instalaciones y mantenerlas en movimiento, cuando de esa manera hacemos negocios que en realidad no lo son, porque las ganancias que nos proporcionan no las podemos gastar en provecho nuestro, sino que nos vemos obligados, suponiendo que no nos las quiten por otros medios, a aplicarlas en nuevos malos negocios. Es ridículo hacer algo solamente porque uno cree que no puede refutar la idea de que en cualquier circunstancia es necesario hacer algo. ¿No hay mil cosas más importantes, cosas que realmente deberíamos hacer, y que sin embargo nadie hace?, ¿y acaso no está demostrado por la realidad cotidiana que de esa actividad constante no surge más que desdicha? Aún más, ¿no es evidente que ya la desdicha ha comenzado a imponerse?».

Pero ni siquiera él pudo evitar, a pesar de su actitud realista, que lo arrastrara el deseo de actividad de los demás, y para desgracia suya, los directores de su empresa lo convencieron de la conveniencia de comprar ciertos terrenos contiguos a la carretera del sur, con el fin de instalar nuevos talleres para la empresa que continuamente se expandía. Pero estos terrenos pertenecían al mencionado conde Luna. Éste los había heredado de su madre, una mujer que en cierto modo se asemejaba a la madre de Jessiersky, ya que había sido si no hija, por lo menos hijastra de un industrial. El mismo Luna había seguido el camino de Jessiersky, yendo más lejos que él, ya que no se ocupaba en absoluto de ningún negocio; no obstante, no quería desprenderse de dichos terrenos, porque no tenía ninguna confianza en el valor de la nueva moneda que había sido introducida dos años antes.

—Muy bien —dijo Jessiersky a los directores—, no hablaremos más de esta compra. Porque, como habrán comprobado, el dueño no quiere desprenderse de los terrenos.

Pero los directores opinaron que a pesar de todo había que encontrar algún medio de obligarlo a vender. Porque ¿qué importaba la voluntad de una persona cualquiera, que deseaba conservar en sus manos unos terrenos desocupados, al lado de las necesidades de expansión de una gran empresa? Jessiersky dijo que no estaba de acuerdo con esta opinión, pero, probablemente por pura indolencia, los dejó que hicieran lo que quisieran.

Era entonces una de esas épocas, como las ha habido siempre, en que se le puede quitar a una persona cualquier cosa, todo lo que se desee, con sólo dar a entender que se le hace para provecho de la comunidad; en este caso, una empresa de transportes de gran importancia para la población. Pero Luna cometió el error de insistir en su deseo de guardarse los terrenos. Por lo tanto, lo delataron como perteneciente a ciertos

círculos de tendencias monárquicas y lo llevaron preso. Cuando las cosas habían llegado a este punto, Jessiersky despertó por fin de su indiferencia. Pero ya era demasiado tarde. Luna, que había sido transportado a la cárcel de Rossau, se vio obligado a ceder sus terrenos, y Jessiersky, aunque naturalmente ahora no quería aceptarlos, tuvo que guardárselos. Con esto se podía dar por logrado el propósito de la denuncia y del encarcelamiento, pero las cosas no pararon allí. Porque entonces la policía secreta empezó a tener en cuenta, como un delito considerable, las tendencias monárquicas de Luna, y no sólo le confiscó el producto de la venta de los terrenos, sino también todos sus demás bienes y lo relegó al campamento de trabajos forzados de Mauthausen.

Para Jessiersky fue muy doloroso enterarse de toda esta historia. Pensó que, aunque personalmente no había hecho nada contra el infortunado, o justamente por eso, se había impedido hacer lo que realmente se podía hacer para salvarlo; y la primera consecuencia del incidente fue que, para disgusto suyo, la poca gente decente que todavía quedaba comenzó a evitarlo. Es verdad que no se atrevían a mostrarse demasiado fríos con él. Porque pensaban que con las relaciones que tenía, para ellos evidentes, también podría resultarles peligroso a ellos. Y en consecuencia, buscaron nuevamente su compañía y su amistad. Pero el hecho de que un malentendido hubiera podido tener estas consecuencias, es más, de que el mundo entero se rigiera al parecer solamente por malentendidos, le causó profunda pena. Al mismo tiempo, todos sus intentos de liberar a Luna del campamento de Mauthausen resultaron infructuosos, y casi tuvo que reconocer que sus aparentes relaciones no tenían en realidad ninguna influencia. Luna permaneció en Mauthausen, y mientras Luna siguiera preso en Mauthausen, Jessiersky conservaría la fama de ser una persona muy influyente y relacionada. Porque el hecho de que hubiera querido utilizar sus influencias, no para hacer encarcelar a un hombre, sino para ponerlo en libertad, ya resultaba en esa época absolutamente inimaginable.

En esta situación, que tanto habría agradado a su padre, ese padre que según él se imaginaba no reposaba en el seno de Dios sino en Polonia, le agradaba en cambio a él tan poco como una espina en la garganta; volvió su rabia contra los directores, que le habían hecho beber una poción tan amarga. Pero comprendió que ni siquiera le quedaba el derecho de eliminarlos de la empresa. Por lo tanto, hizo todo lo que pudo para que los llamaran a las filas del ejército; y con dos de ellos lo consiguió, porque, aunque un poco envejecidos, todavía eran oficiales de reserva. Pero la alegría que le produjo este resultado no fue muy considerable, ya que las dos personas en cuestión recibieron su llamamiento a filas con notable entusiasmo, o por lo menos así lo dijeron; y sólo logró cierta satisfacción cuando supo que uno de ellos había caído en el campo de batalla, en Francia. Sí, cuanto más lo pensaba, más se complacía con la noticia, porque este extraño hijo de un capitán odiaba todo lo que fuera militarismo, desde un extremo hasta el otro, y caer en el campo de batalla le parecía lo peor de lo peor. Le parecía el colmo de la aniquilación del individuo por obra de la comunidad. Finalmente, llegó a buscar a los parientes de Luna, en cuya casa había habitado éste, que era soltero. Era su intención, en efecto, convencerlos por lo menos de que él no tenía ninguna culpa en la desgracia de Luna.

Pero no lo consiguió. Porque dichos parientes, aunque no estaban directamente emparentados con Luna, sino con su madre, ya fallecida, temían que su visitante les causara también a ellos una desgracia semejante, por su parentesco con el desdichado, y no se atrevieron a responder una sola palabra ante sus aseveraciones de que no tenía nada que ver con lo sucedido, así como sus reproches contra el régimen imperante y sus barbaridades. Sospecharon que su intención era mandarlos también a ellos al horno crematorio, y le explicaron inmediatamente, para mayor seguridad, que siempre habían conocido las tendencias reaccionarias de Luna, tendencias que jamás habían aprobado. Por eso mismo no les había asombrado nada que lo mandaran al campo de concentración, es más, les parecía muy justo, porque un pueblo que se encuentra en guerra, como en esos momentos el pueblo alemán, para llegar a dominar todas las tierras y los mares hasta los confines del mundo, no puede darse el lujo de permitir que una persona que cierra los ojos y no alcanza a comprender la magnitud de un momento histórico semejante lo ataque por la espalda. Es verdad que no podían decir que se alegraran por lo que le había ocurrido a Luna, porque después de todo era hasta cierto punto un pariente; pero comprendían muy bien que lo hubieran relegado al campamento de trabajos forzados y aun se habían asombrado de que no se lo hubieran llevado mucho antes; y así sucesivamente, recitando la trágica ristra de frases enseñadas, tratando de superarse mutuamente en el recitado de esas frases aterradas que alguna vez habían oído decir a otros.

Jessiersky los miraba con asombro; quizá por primera vez, ese soñador acomodado que vivía en el palacio Strattmann y que no había conocido ninguna de las durezas de la vida, tuvo la posibilidad de vislumbrar el verdadero horror de ésta. Miró en torno, contempló la habitación y le pareció mucho más pobre de lo que había esperado. Los Millemoth, porque así se llamaba el anciano matrimonio, no estaban en

tan buena situación como en otros tiempos; en realidad, parecían francamente venidos a menos; y aunque la pobreza no siempre implica degradación, siempre la implica cuando sobreviene directamente después de la riqueza. Tampoco Luna, por su parte, parecía haberse encontrado en situación muy acomodada, como la que uno podía conjeturar en una persona que poseía los terrenos ya mencionados; por lo tanto, resultaba más raro todavía que de ningún modo hubiera querido desprenderse de ellos.

Era hijo de un empleado del Gobierno y había estudiado sociología, primero en la Universidad, más tarde por su cuenta, y finalmente había concebido la idea de habilitarse como profesor particular. Pero ni siquiera los errores de su ciencia podían explicar por qué se había sentido tan atado a sus terrenos. En sí, se justificaba su decisión de no querer venderlos, ya que constituían su última riqueza, su último bien; seguramente sentía una inmensa repugnancia en desprenderse de eso que constituía también su última carta. Pero ¿de qué le servía, por otra parte, esa posesión, cuando llevaba una vida tan mísera, y de qué podía servirle ahora que, justamente por insistir en conservar su propiedad, se encontraba en un campo de concentración, medio muerto a fuerza de palos, o quizá muerto ya del todo?

Sobre un escritorio de esa habitación se encontraba una fotografía con su marco, y a su lado, en un florero, un ramo de flores silvestres.

—¿Es él? —preguntó Jessiersky.

En efecto, se trataba de su escritorio y de su fotografía, y el hecho de que los Millemoth le hubieran colocado flores, como se hace con el retrato de los muertos, no concordaba en realidad con la pretendida satisfacción con que alegaban haber recibido la noticia de su arresto. Ante la pregunta del visitante, los dos ancianos se consternaron, angustiados, y trataron de hacer desaparecer el retrato.

—¡Déjenmelo! —dijo Jessiersky, y lo contempló con detención.

El retrato representaba a un hombre esbelto, casi demasiado delgado, vestido con el uniforme de la Orden de Malta. La cabeza, en comparación con la delgadez del cuerpo, parecía un poco demasiado grande. La cara era alargada y fina, la frente alta; la barbilla, igualmente alargada y un poco sobresaliente, daba la impresión de estar directamente apoyada sobre el cuello de la chaqueta, o como ocurre en las personas que acaban de morir, que se la hubieran atado con un pañuelo a la cabeza, para que no se le abriera la boca. En consecuencia, las partes medias de la cara parecían un poco comprimidas y su aspecto distinguido y casi senil no concordaba en realidad con la juventud que se advertía en los demás rasgos del hombre. Pero menos todavía concordaban dos arrugas que le bajaban de ambos lados de la nariz hasta las comisuras de la boca. Cuando Jessiersky se inclinó más sobre la fotografía para observarla mejor, pudo ver que no eran arrugas sencillas, sino dobles, con una leve elevación, un pliegue de la piel, entre ambas. El cabello parecía ser oscuro, la piel entre blancuzca y amarillenta, y aunque el retrato había sido retocado, el cutis aparecía francamente irregular, como el cutis de una persona picada de viruela. No obstante, alrededor de los ojos se vislumbraba una sonrisa lánguida, casi adormecida, pero en realidad agradable.

Mientras tanto, el silencio imperaba en la habitación, y Jessiersky, pensando de pronto que los Millemoth podían creer que se deleitaba en la contemplación de su víctima, se irguió rápidamente.

—Este nombre, Luna… ¿será de origen italiano? —preguntó.

—No, español —le contestaron.

—Su aspecto también resulta un poco español —dijo Jessiersky, señalando la fotografía—. ¿Y así que también era Caballero de la Luna, según parece?

Los Millemoth no comprendieron esta alusión.

—Quiero decir que era… o más bien debería decir, *es* caballero de la Orden de Malta, ¿no?

—En efecto.

Jessiersky no se había encontrado nunca con Luna en sociedad, ni tampoco había oído hablar de nadie que lo conociera. Probablemente, los medios de fortuna de Luna no le alcanzaban para una intensa vida social. Pertenecería a uno de esos círculos que, especialmente ahora, se mantenían un poco apartados de la gente, por diversos motivos que no eran exclusivamente de dinero; sobre todo, parecía pertenecer a una de esas familias de la aristocracia extranjera que se ocultan en el campo durante una o dos décadas, sin despertar casi ningún interés, porque carecen de medios y tampoco saben adquirirlos, y finalmente desaparecen como han llegado. Tristes existencias, pensaba Jessiersky, ya que, como todos los que no hacen nada, se complacía sobremanera en la vida de sociedad.

—¿Y su padre todavía vive? —preguntó.

—No.

—¿Qué era, en realidad?

—¿Quién?

—El padre.

—Empleado en el Ministerio de Educación.

—¿Y tenía hermanos?

—¿El padre?

—El hijo.

—No… es decir, sí. Tenía un hermano, que falleció antes que él naciera.

«En realidad no les había exigido tanta precisión», pensó Jessiersky. Volvió a inclinarse un poco y contempló la sonrisa que vagaba en torno de los ojos de Luna. Se ve que en ese momento, pensó, ni siquiera sabía por qué estaba de tan buen humor…

—¿De modo que es un… sociólogo? —preguntó—. Quiero decir, como ocupación secundaria…

—Sí.

—¿Y qué viene a ser eso, en realidad? Tengo una idea aproximada de lo que es, pero…

—Un sociólogo —dijo el señor Millemoth— es una especie de economista en el orden nacional.

—Así me lo imaginaba yo —dijo Jessiersky—. ¿Y a usted le parece posible que alguna vez se vuelva a restablecer el orden de las cosas, que hoy están tan convulsionadas?

No obtuvo respuesta.

—Por lo que me han dicho —insistió—, creo que hasta quiso dar conferencias sobre este tema.

—Así es.

—¿Y no se le presentaron dificultades?

—Naturalmente. En los últimos años. Porque en cierto modo defendía abiertamente determinadas tendencias católicas, es decir, clericales, lo que, sumado al resto de sus opiniones, tuvo como consecuencia que llegara…

Jessiersky, intuyendo otra vez que los Millemoth temían una traición de su parte, interrumpió esta frase que sin duda los conduciría a nuevos envilecimientos, y les dijo:

—Pluguiera el cielo que la economía siguiera siendo tal como él la había imaginado, porque entonces no habría sido necesario discutir ni la compra ni la venta de su desdichado terreno. Pero lo que realmente me asombra es la circunstancia de que haya mostrado tan escaso interés en trasladar sus teorías a la práctica.

Y mirando una vez más la habitación donde se encontraban, agregó:

—¿Y yo no podría quizá hacer algo para aliviar su situación presente? Quiero decir: ¿no podría yo poner a disposición de ustedes una suma determinada de dinero, de modo que les fuera posible hacerle llegar ropas y alimentos? Me he enterado, con verdadera desesperación, de que el Estado no sólo le ha confiscado el importe de la venta de los terrenos, sino también todo lo que constituía el resto de su fortuna, y quizá ustedes, por su parte, no se encuentren en situación de efectuar grandes gastos para ayudarlo…

Pero entonces le contestaron inmediatamente que de todos modos, en el campamento de Mauthausen, Luna iba vestido como los demás detenidos, con ropas de presidiario, y que muy pocas veces les permitían mandarle alimentos. Y que para tan poca cosa como se le podía mandar, los Millemoth contaban con medios suficientes. Jessiersky volvió a sospechar que los ancianos creían nuevamente que su intención era inducirlos a declarar que estaban dispuestos a efectuar envíos prohibidos al prisionero. Con esas personas, que por temor se habían vuelto desconfiadas hasta semejante extremo, no se podía al parecer hacer nada… Por lo tanto, se encogió de hombros, dirigió una última mirada hacia el retrato sonriente de Luna, que en ese momento tenía mucho menos motivo que antes para sonreír; se despidió, advirtiendo casi con desconsuelo que los Millemoth se apresuraban a responder a su saludo con una especie de torpe saludo a la alemana, y se retiró de la casa.

Se fue a pie; no había traído el automóvil porque no quería que su chófer supiera adonde había ido. Un cielo celeste descolorido, que —aunque no se imaginaba por qué— se le antojaba el cielo de la estepa, cubría la ciudad, convirtiéndola en cierto modo en otra ciudad. Los transeúntes que pasaban por la calle parecían en efecto provincianos, es más, gente miserable: llegaban a sus oídos fragmentos de conversación en dialectos degenerados. No se encontró con ningún conocido. En consecuencia, tuvo tiempo suficiente para reflexionar, primero durante el camino y luego en el palacio Strattmann, rodeado por sus cuadros, sus arañas de cristal y sus gobelinos, sobre la pobreza del antiguo domicilio de Luna, y en general sobre la desdicha de toda esa gente; y poco a poco lo invadió una ira incontenible, al pensar en la miserable prudencia, en la lamentable cobardía de los Millemoth, que le habían hecho hasta tal punto imposible llegar a alguna comprensión. Quizá demasiado apresuradamente, llegó a la conclusión de que ésas ya no eran personas; no importaba ya que hubieran llegado a ese estado por su propia culpa o por culpa de las circunstancias; hasta el mismo Luna, en Mauthausen, había dejado de ser una persona; y a fin de cuentas Jessiersky tuvo la sensación de no haber provocado la desdicha de un hombre, sino la de un animal, que se

había entregado a los hombres con plena confianza, para que él, Jessiersky, con un ademán repentino, lo hiriera de muerte; un animal irracional, incapaz de adivinar el peligro.

Se levantó del sillón donde había estado sumido en esas profundas reflexiones y, atravesando los dos grandes salones y el comedor, pasó a la biblioteca, cuyas ventanas daban al patio y donde imperaba un silencio casi de campo. El sol de mediodía daba contra la pared del patio y el reflejo de esa luz penetraba en las dos pequeñas habitaciones que constituían la biblioteca, haciendo resplandecer las molduras doradas de las estanterías de estilo barroco donde se alineaban los libros y los lomos recamados de los volúmenes antiguos. Un reloj, con su tictac, dividía regularmente el tiempo, que en ese lugar, en vez de transcurrir, parecía inmóvil. Porque aunque se pasara allí una hora, o aun dos horas, no por eso se había hecho más tarde, sino que en el fondo siempre era la misma hora, o también podía ser dos horas más temprano; o para decirlo con otras palabras: los fragmentos de tiempo que el reloj dividía eran intercambiables entre sí, la corriente del tiempo no poseía allí ninguna pendiente determinada, ninguna dirección; para Jessiersky era como el Aqueronte, un lago que, habiéndose extendido por todas partes, se mantenía completamente inmóvil; y cuando uno tomaba un libro de un estante y lo leía, el hecho podía muy bien haber sucedido (en vez de en el siglo XX, en el cual tenía realmente la lectura) en el siglo XIX, o en el XXI…

Cada vez que Alexander Jessiersky entraba en esa biblioteca, pensaba en el viejo Fries y sentía deseos de reír al imaginarse a su abuelo delante de todos esos libros, sin duda tan perdido como un pulpo en un garaje. No obstante, para poder ser poseedor de todos esos libros, y en general de todo ese palacio Strattmann, ya no bastaba poseer, como en tiempos del mismo Strattmann fallecido tantos años antes, una cantidad de propiedades rurales y un número enorme de cargos en la Corte y de posiciones lucrativas en el Ejército; hoy día era necesario ser dueño de toda una empresa de transportes y de sus horribles depósitos y talleres, incontables camiones y omnibuses, que constantemente corrían entre Bruselas y Bucarest, entre Copenhague y Roma, yendo y viniendo sin cesar, mientras los obreros y los cargadores se esforzaban y se lanzaban mutuamente gritos, los vagones pasaban estrepitosamente y las locomotoras silbaban; ni siquiera de noche había un instante de reposo en las áreas de carga; y sin embargo allí, en la biblioteca, imperaba siempre el silencio, como en un claustro, y el tictac del reloj dividía rítmicamente la eternidad.

Alexander Jessiersky sacó de su estante los anuarios de la nobleza condal, pero no consiguió encontrar a los Luna, ni en los tomos correspondientes a los años pares, ni en los de los años impares. Poco a poco llegó al convencimiento de que no se trataba de verdaderos condes del Imperio, sino simplemente condes italianos, y ya estaba por decidirse a abandonar la biblioteca cuando, revisando un último anuario de la Corte, encontró en el índice: «… Löwenstein-Wertheim-Rochefort o Rosenberg, Lübeck, Lubomirski-Przeworsk, Lubomirski-Rzezow, Luchesi-Palli ver Campofranco, Lucedio, Lucinge, Luna ver Villahermosa».

Pero al buscar a los Villahermosa encontró: «De la casa de los Azlor de Aragón. Católicos. Antepasados españoles, que ya figuran en 1136 y cuya línea genealógica desciende de Blasco Pérez de Azlor, nacido en 1271, muerto en 1286. Nobles (Ricos hombres) del viejo reino de Aragón: barón de Panzano 1293, conde de Guara 1678». «Por lo tanto, eran meros condes y no pertenecían al Imperio», pensó Alexander Jessiersky; pero todavía podía encontrar algo más.

En efecto, seguía así: «Entran en posesión del ducado de Villahermosa (Alfonso, hijo natural de Juan II, rey de Aragón, Navarra y Sicilia, fue elevado por su padre a la categoría de duque de Villahermosa en 1476) y del condado y ducado de Luna (Juan de Aragón había sido nombrado duque de Luna en 1512 por su tío Fernando el Católico; Francisco de Gurrea de Aragón, conde de Luna, por Felipe III, en 1604) al casarse en 1701 Juan Artal de Azlor, segundo conde de Guara, con Josefa de Gurrea de Aragón, condesa de Luna…»

¿Quién pertenece a la familia de quién, y quién proviene realmente de quién? Pero, ante todo, el prisionero de Mauthausen no se llamaba Villahermosa, ni siquiera De Luna, sino sencillamente Luna. En realidad esos condados y ducados habían cambiado constantemente de titular. Quizá también podría darse que los antepasados del desdichado hubieran poseído el condado sólo durante un tiempo, pero que no les fuera dado usar el título. En ciertas épocas, sin embargo, el condado en cuestión había sido un ducado; es decir, en caso de guerra el conde Luna podía también hacerse cargo del mando de los contingentes de los condados vecinos, pero parecía de todos modos muy poco probable que ese hombre relegado al campamento de Mauthausen fuera un duque español y, para colmo, emparentado con los reyes de Aragón.

En la parte que hablaba de los Villahermosa se leía también, más adelante, que el interesado podía consultar sobre ellos la *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española* de Béthencourt. Sin profundizar más en el grupo de títulos que también correspondía a los Villahermosa todavía vivos, duques de Granada de Ega, condes de Guara, vizconde de Muruzábal de Andión y de Zolina, etc., etc., Alexander

Jessiersky se dedicó a la busca del libro de Béthencourt. Pero no consiguió encontrarlo. Dios sabía dónde podría estar. El catálogo le demostraba claramente que el libro había formado parte de la biblioteca; pero, a pesar de todo, no estaba allí. También la biblioteca del palacio Strattmann, a pesar de la empresa de transportes que le servía de sostén, se dispersaba y deshacía; sí, muy probablemente seguiría el camino de tantas y tantas otras cosas, y un día desaparecería por completo del mundo. Porque era evidente que semejantes instituciones en realidad sólo se mantenían gracias a las circunstancias que protegían su tiempo, subsistían solamente porque el reloj de la biblioteca hacía lo posible para que el tiempo que marcaba fuera eterno. Pero no lo era. Era un tiempo en verdad absolutamente igual al tiempo de todas partes. Porque mientras el reloj iba cortando de ese tiempo trozos por así decir aislados, lo que restaba no seguía siendo siempre igual a la eternidad genuina; en cambio ese tictac, ese recortar y tallar lo volvían cada vez más corto, lo obligaban a encogerse y finalmente lo reducirían a la nada; y ésa era la prueba de que en realidad no se pudiera hablar de una verdadera eternidad dentro de esa biblioteca, ni siquiera de un verdadero transcurrir del tiempo.

Finalmente Jessiersky renunció a la busca del libro de Béthencourt. En cambio encontró, en otros libros, que había existido en otra época un cierto Álvaro de Luna, cuya genealogía no podía determinarse con excesiva facilidad, aunque al parecer había sido excepcionalmente ilustre. Porque además de sus nobles antepasados españoles, era muy posible que contara entre sus antecesores a los primeros reyes godos, del mismo modo que las más antiguas casas de Francia y de Alemania, por ejemplo los Capetos, los Habsburgo, los Lotarios y los Güelfos aducían ser descendientes de un legendario rey de Francia, Faramundo, que a su vez se pretendía vástago de los reyes de Troya. Pero en verdad, hasta allí no se podía seguir con exactitud la genealogía. De todos modos, si los antepasados de don Álvaro se ocultaban en la penumbra de la historia nebulosa, sus descendientes, o por lo menos algunos de ellos, constituían una realidad más visible a la luz del día. Su hijo natural Álvaro, en efecto, más tarde designado conde de Gormaz, era condestable de Castilla, y en 1453 fue ejecutado en Valladolid, porque había osado convertirse en cuñado del rey, casándose con la infanta María de Portugal. Parecía muy probable que el desdichado Luna descendiera de este bastardo; por otra parte, los propietarios posteriores del condado de Luna no habían sido ni los Villahermosa ni los mismos Luna, sino una familia totalmente distinta, los Moncada.

Más adelante descubrió Jessiersky que todavía existía un palacio de Luna en la ciudad de León. La plaza misma de Luna, antigua ciudad capital de los lusitanos o de los alanos, que al parecer debe relacionarse con la ciudad de Luesia, situada en las inmediaciones, se encontraba al sur de los Pirineos, entre los dos brazos del río Arva, a poca distancia de Exea de los Caballeros y de Zaragoza. Quizá en otros tiempos constituyera una provincia importante, ya que la región situada en el mapa debajo de ella se llama todavía Cataluña, lo que podría ser «la tierra bajo Luna». De todos modos, en la actualidad la ciudad era apenas un lugar digno de mención en las montañas. Además existía una familia francesa de Viel de Lunas d'Espeuilles. Pero la villa de Lunas en cuestión se encontraba al sur de Francia. Al este de dicho país existía la ciudad relativamente famosa de Lunéville; en Bruselas una calle de la Luna; en Italia un Puerto de la Luna, que fue llamado así por los romanos a causa de su forma de media luna; la propiedad Lunigiana en el antiguo ducado de Massa-Carrara; en la parte norte de la Baja Austria el llamado bosque de la Luna; en la Alta Austria el lago de la Luna; en África, por otra parte, la montaña de la Luna, de la cual brota el Nilo; y finalmente, también existían el día lunes y la luna misma. Pero que Luna descendiera en verdad de la luna no podía saberlo nadie, por más que tuviera cara de media luna, y también cierta sonrisa lunar.

Alexander Jessiersky pasó varias horas en la biblioteca, entregado a estas averiguaciones, y cuando salió de ella, hacía mucho que había oscurecido; sobre la mesa central de la primera habitación quedaba una pila de libros consultados, y el tictac del reloj seguía retaceando y retaceando la eternidad, que no era una eternidad verdadera, para transformarla en tiempo.

La visita de Jessiersky a casa de los Millemoth había tenido lugar en septiembre de 1940. Durante los años subsiguientes, Jessiersky continuó interesándose de tanto en tanto, aunque siempre en forma indirecta, por la suerte de Luna, y también se ocupó de hacerle llegar subsidios materiales tan frecuentemente como le fue posible. Estos subsidios, ya desde el primer momento, tomaron la forma de envíos de alimentos, de aquellos mismos alimentos mediante los cuales se quiso más tarde volver a revivir al enemigo derrotado y casi enloquecido. Porque ya no interesaba aniquilar totalmente al enemigo. El mundo no era un mundo de guerreros; se había convertido en un mundo de comerciantes, que sólo se dedicaban a la guerra como ocupación secundaria, de cuando en cuando; no les convenía destruir totalmente al competidor derrotado, sino alimentarlo bien, hasta que se pusiera nuevamente de pie, para que se convirtiera en comprador. Pero para que el comprador pudiera comprarnos algo, era necesario comprarle algo a él también; de modo que

también uno se convertía en comprador, y finalmente todo terminaba igual, como si nada hubiera ocurrido, y solamente con la leve diferencia, sin embargo esencial, de que el otro ya no decidía, como antes, qué compraba y qué vendía; así, las cosas volvían poco a poco al punto del equilibrio anterior.

Naturalmente, no había ni que pensar en la posibilidad de que Jessiersky volviera a comerciar con Luna, es decir, que quisiera comprarle más terrenos. Es posible que, sin saberlo, ya en esa época comenzara a sentirlo como una especie de contrincante, cuyo comercio le resultara tan necesario como el suyo propio; como si le fuera necesario establecer algún tipo de equilibrio, obligando a su vida, que se había vuelto excesivamente fácil, a imponerse nuevas dificultades.

Si Luna sabía o no que los alimentos que recibía provenían en su totalidad o en su mayor o menor parte de manos de Jessiersky, no es posible saberlo. Quizá lo supiera y decidiera proceder meramente como si no lo supiera; o tal vez lo sabía, pero no se resignaba a aceptarlos. Porque un campo de concentración no es de ningún modo el lugar adecuado para dar pruebas de orgullo frente a unos paquetes de alimentos. De todos modos, con la ayuda de esos paquetes soportaría las durezas y las fatigas de la cárcel, aunque probablemente las habría soportado mejor, gracias a su delgadez y su flexibilidad, que otras personas más vigorosas, que en ciertos casos ni siquiera las soportaban. Esas durezas y fatigas, en efecto, y como se sabe hasta el hartazgo, aunque más tarde una nación entera declaró que no había sabido nunca nada de ellas, eran realmente intolerables. Porque si bien era comprensible que el Tercer Reich, como ya lo habían hecho antes tantos y tantos imperios, impusiera la esclavitud, no era igualmente comprensible que, a diferencia de los imperios anteriores, que trataban a sus esclavos de otro modo, decidiera tratar a los suyos tan miserablemente que no les dejaba ninguna fuerza para trabajar y, por lo tanto, los volvía inútiles para las tareas que de otro modo, hasta cierto punto, hubieran podido desempeñar. Justamente a causa de esos malos tratos, su mala fama empeoraba constantemente y sus actitudes le creaban cada vez más enemigos. Aunque el Gobierno y el pueblo no tenían ninguna culpa de la crueldad con que se comportaban sus torturadores cuando les aflojaban las riendas, o solamente tenían la culpa de habérselas aflojado. En el mejor de los casos, eran los torturadores únicamente los que se complacían con dicha crueldad, y es sumamente inexplicable que el Tercer Reich, que no quiso permitir ningún placer a nadie, les dejara a ellos ese placer.

En junio de 1944 supo Jessiersky que Luna había sido trasladado al campamento de Ebensee. Era un centro productor de sal, y allí se utilizaban métodos que resultaban sumamente desagradables para los que debían producirla; las bajas entre los forzados eran muy frecuentes. Pero ¿por qué habrían de producir sal por métodos más cómodos, cuando en esos momentos las condiciones de vida en todo lo que quedaba del constreñido y reducido Reich se habían vuelto tan incómodas como uno quisiera? De todos modos, Jessiersky se fue de Viena con los suyos, se refugió en Zinkeneck, y dejó que los directores de su empresa se ocuparan de hacer rodar por los dominios del imperio mundial alemán, que se iba reduciendo lenta pero seguramente, sus camiones cada vez más y más acribillados por los bombarderos pesados; pero también en Zinkeneck se vio obligado a desplegar todas las condiciones militares heredadas de su padre para evitar de algún modo el servicio bajo las armas. Su único contacto con las armas tenía lugar los días en que descolgaba la escopeta del gancho y se iba de paseo por el valle, acechando con la mira de precisión los posibles cervatillos y tratando de cazar otros animales salvajes que, por otra parte, no se interesaban en los históricos acontecimientos que en esos momentos se desarrollaban. En enero de 1945 asistió a las exequias de su madre, que acababa de morir en la misma oscuridad en que había vivido; y en marzo, aunque esta vez meneando la cabeza ante la noticia, supo que su mujer esperaba otro hijo. Mientras tanto, los ejércitos habían sido rechazados en tantas direcciones que a fines de abril y principios de mayo Zinkeneck tuvo que soportar una verdadera invasión de generales, oficiales de Estado Mayor, Estados Mayores enteros y componentes de su séquito. Eran los restos de nada menos que cuatro divisiones que, ante un sinnúmero de bajas de todo tipo, se refugiaban apretándose en los pocos valles a que se había reducido el imperio del mundo. Cada uno de los generales, en perfecto espíritu de camaradería, quiso apoderarse para sí de lo que llamaban castillo. Riñeron tanto sobre esta importante cuestión, y durante tanto tiempo, que al final ninguno llegó a entrar en el castillo, y con toda rapidez tuvieron que cambiarse las botas por calzado de montaña con clavos para huir hacia los montes, de los cuales tuvieron que regresar casi en seguida para alojarse detrás de las alambradas de púas; y Alexander Jessiersky se lamentó largamente de que no se encontrara entre ellos su padre, porque de vivir todavía, habría sin duda llegado también él al grado de general.

Inmediatamente después de esta incomparable dispersión, una de las primeras cosas en que se interesó Jessiersky fue averiguar si Luna había salido con vida del desastre. Pero por más averiguaciones que hizo, y por más esfuerzos que realizó ante las autoridades, sus gestiones no tuvieron ningún éxito. Porque ni

siquiera se podía saber ya dónde se encontraba en realidad el mencionado Luna. En todo caso, no se encontraba entre los vivos. Pero tampoco se encontraba entre los muertos, dentro de las posibilidades de discriminación que éstos podían ofrecer.

También hizo preguntar Jessiersky, siempre desde Zinkeneck, en todos los hospitales militares situados en los alrededores del Ebensee, si no habían conducido allí por casualidad al hombre cuyo paradero deseaba averiguar. Pero tampoco encontró al buscado entre los numerosos esqueletos vivientes que poblaban los hospitales de campaña. Por lo tanto, no quedaba más remedio que deducir que, en medio de la inmensa confusión de las últimas semanas de guerra, el infeliz habría muerto de hambre o habría sido eliminado, y a continuación, sin registro alguno de su identidad, incinerado o quizá enterrado, nadie sabía dónde.

Por otra parte, Jessiersky tuvo que enterarse de que los Millemoth, repuestos de su antiguo temor —y esto quería decir sencillamente que ahora sentían más temor todavía ante los que se llamaban sus libertadores que el que les habían inspirado sus anteriores opresores—, habían declarado que él, Jessiersky, era responsable de la desaparición de Luna. Pero no consiguieron hacer llegar esta noticia hasta las autoridades de la zona norteamericana, donde se encontraba la propiedad de Zinkeneck. Aunque Alexander Jessiersky no había sido ni un fascista, ni al fin de cuentas nada parecido, ni tampoco se había opuesto en nada al régimen, para mayor seguridad decidió quedarse unos dos años más en Zinkeneck. Porque en Viena, donde los directores de su empresa, a pesar de su conocida historia, seguían haciendo florecientes negocios, no se habría encontrado con seguridad muy cómodo; y no tenía ningún deseo de convertirse en víctima por culpa de una distracción de carácter político. Pero finalmente regresó a Viena, a pesar de todo… Al llegar a la capital, y muy contra su voluntad, tanto tuvo que hacer que se olvidó por completo de Luna, de quien antes se acordaba de cuando en cuando. Si Luna hubiera vuelto a aparecer, sin duda se habría encargado de pagarle todo lo que le debía; aun sin ayuda de los americanos, hasta a pesar de la resistencia de sus propios compatriotas, que solían formar esos bondadosos tribunales donde nadie sentía ya ningún rencor por lo que le habían hecho.

Pero Luna no aparecía.

No obstante, en 1949 Jessiersky se vio obligado a deducir, de ciertos indicios, que Luna todavía vivía.

IV

En esa época se encontraba todavía muy ocupado en restaurar los destrozos provocados en el palacio Strattmann, no tanto por los bombardeos como por la liberación de la ciudad, en ocasión de la cual no había sido «devastado al ras del suelo», sino «considerablemente saqueado», y en verdad habían participado en el saqueo no solamente los militares, sino también la población civil, al parecer hasta en sus círculos más elevados, o por lo menos lo que todavía se llamaba así, como medida de previsión para los duros tiempos venideros de la paz. Con la intención de sustituir un cuadro determinado, del cual no se sabía si había sido víctima de la codicia de un oficial de infantería amante del arte o de un consejero áulico interesado en la acumulación de bienes muebles, y que poco después había debido trasladarse a Linz, Alexander Jessiersky tenía en vista la compra de un gran retrato tamaño natural que representaba a un desconocido con coraza y peluca completa, condecorado con la cruz de la Orden Teutónica. Al comprar cuadros como éste, que personalmente no le interesaban, Jessiersky siempre se encontraba un poco ridículo. Además, después le daban la impresión, durante meses y meses, de estar mirándolo desde sus respectivas paredes con absoluta desaprobación. Pero ya resultaba imposible recuperar los retratos de su familia. En resumen, un día se encontró Jessiersky en la biblioteca Strattmann hojeando ciertos volúmenes donde figuraban unos grabados, provistos de explicaciones detalladas, que reproducían efigies de mariscales de campo y de otros personajes famosos; tenía la intención de averiguar, si le resultaba posible, quién era en realidad ese hombre de coraza y peluca, del cual le había dicho al vendérselo el capitán, con una sonrisa fría, que se trataba de un pariente suyo. En esos momentos se encontraban con él sus hijos, mirando las figuras por encima de sus hombros; de pronto, una de las criaturas, la niña nacida en 1945 en Zinkeneck, que con el correr del tiempo ya no era la menor porque había nacido otra, señaló una de las hojas con el dedo y dijo:

—¡Ése es!

—¿Quién? —le preguntó Jessiersky, observando con más atención el grabado.

Pero éste no representaba al hombre de la peluca y de la cruz de la Orden Teutónica, sino a otra persona, de cuyo rostro Jessiersky no conseguía acordarse con precisión, pero que de algún modo le resultaba conocido; un momento después, supo a quién se parecía el grabado. Se parecía a Luna.

—¿Quién? —repitió Jessiersky—. ¿A quién te refieres? ¿Qué quieres decirme? ¿De dónde podrías conocer tú a este hombre, pequeña?

—Pero ése es el hombre de la plaza del parque —dijo la niñita.

—¿De qué parque?

—Del parque del Pueblo.

Jessiersky miró fijamente a la niña y luego volvió a mirar el grabado. El hombre de la figura era un general holandés, Knobelsdorff de Nijenhuis, pero en realidad se parecía a Luna.

—¿Qué es eso de parque del Pueblo? —exclamó Jessiersky.

Entonces le explicaron que las criaturas, que solían ir al parque con su institutriz francesa, habían conocido allí a un hombre que varias veces les había dirigido la palabra, un hombre que se parecía mucho al del grabado. También los otros niños confirmaron lo que decía la niña. Solamente que el hombre del parque no estaba vestido así; y les había ofrecido caramelos, o mejor dicho, se los había ofrecido a la niña, a quien llamaba su amiguita; únicamente se los había ofrecido a ella, aunque los demás le habían pedido con insistencia. Pero a ellos no había querido darles nada.

Jessiersky era presa de una agitación que los niños no podían de ningún modo explicarse.

—¡Llamad a la institutriz! —gritó—. Hacedla venir. Inmediatamente.

Ante este estrépito no sólo acudió la *mademoiselle,* sino también Elisabeth Jessiersky.

—¡Cómo es posible! —exclamó Jessiersky cuando llegó la institutriz—, ¡cómo es posible que permita

que una persona absolutamente desconocida dé de comer a los niños, y no solamente una vez, sino según parece varias veces! ¿Quién puede saber qué porquerías les habrá dado de comer? ¿Cómo era su aspecto? ¿Se parecía a este retrato, dígame?

Y le colocó el general Knobelsdorff bajo la nariz.

—Pero, por favor —dijo Elisabeth Jessiersky asombrada, porque en general su marido no se preocupaba mucho por lo que hacían sus hijos—, ¡no te agites tanto! ¿Qué ha sucedido, realmente?

—¡Calla, tú! —gritó Jessiersky.

Mientras tanto, la *mademoiselle* observaba atentamente el retrato, y balbuceaba:

—Sí… se parece un poco, quizá, al hombre que les dio caramelos, un hombre tan amable y tan bueno con los niños, especialmente con la pequeña, a la cual solía llamar mi querida amiguita…

—¿Usted sabe lo que es una persona como usted? —gritó Jessiersky—. Una persona como usted es una perfecta imbécil, más imbécil que una vaca.

Pero lo gritaba en francés, y como en Francia algunos llaman *vaches* a los policías, la institutriz creyó entender que le reprochaban que no hubiera llamado a la policía.

—No, no llamé a la policía —balbuceó—, porque no me dio ninguna ocasión para ello…

Alexander Jessiersky deseó en ese momento haber aprendido un poco mejor el francés con su padre, que estaba en la gloria.

—Mañana —exclamó—, usted irá con los niños otra vez al parque, y yo iré con ustedes, y me encargaré de arreglar cuentas con ese sinvergüenza.

—Pero naturalmente —tartamudeó la institutriz—, pero naturalmente, señor.

Elisabeth Jessiersky meneó la cabeza y dijo:

—Si uno empieza a ponerse nervioso con cualquier pequeñez que hacen los niños, nadie sabe dónde puede terminar.

Pero Alexander no le contestó nada; tampoco durante la comida dijo una sola palabra; se limitó a mirar fijamente, todo el tiempo, hacia el vacío, y cuando llegó la hora de retirarse, no tomó ninguna medida para la colocación de la piedra fundamental de una nueva criatura, ni tampoco lo hizo durante las varias noches que sucedieron a la escena ya descrita. Porque al día siguiente, cuando se dirigió al parque en compañía de sus hijos, aunque manteniéndose a cierta distancia de ellos para no llamar la atención, el hombre que se parecía al general Knobelsdorff no dio señales de vida, ni tampoco se supo nada de él durante los días subsiguientes, por más que Jessiersky se apostaba cada vez más lejos de los niños y ponía mayor cuidado en disimular su presencia. Luego llovió durante algunos días, pero cuando cesó de llover los hijos de Jessiersky siguieron yendo todos los días al parque del Pueblo, hasta que se aburrieron de ir a ese lugar y rogaron insistentemente que los llevara al parque Central. El sosia del general Knobelsdorff no apareció nunca más, y su indiscutible ausencia trastornó de tal modo la mente de Jessiersky, que ya no podía pensar en nada que no fuera ese sosia de Knobelsdorff, y no dedicaba ni siquiera la sombra de un pensamiento a la satisfacción de los posibles deseos de su mujer. Por fin se fueron todos a Zinkeneck, y allí se quedaron hasta el otoño; durante todo ese tiempo, Jessiersky siguió pensando en Knobelsdorff, y sólo cuando estuvieron nuevamente de regreso en Viena empezó, poco a poco, a resignarse, y a creer que en realidad Knobelsdorff había sido una aparición del azar; paulatinamente, comenzó a olvidarlo. Sí, hasta había llegado a concebir también la posibilidad de ocuparse como antes de su mujer, cuando ocurrió algo que lo obligó, de la manera más dolorosa, a seguir pensando en el obsesionante Knobelsdorff, es decir, a seguir pensando en Luna.

En efecto, la niñita que había comido el caramelo empezó a dar muestras de estar cada vez más enferma, y aunque hacía ya tanto tiempo que había tenido lugar su encuentro con Knobelsdorff, la idea de que esta enfermedad podía ser una consecuencia del caramelo que Knobelsdorff le había ofrecido cayó como un rayo sobre el preocupado Jessiersky y se apoderó por completo de su mente. Sí, secretamente, siempre había temido que el incidente tuviera una consecuencia de este tipo.

Por lo tanto, inmediatamente dedujo Jessiersky que el sosia de Knobelsdorff había sido Luna. No obstante, no se entendía con claridad si el hombre quería vengarse en la persona de la niñita, o en los otros niños, que quizá poco a poco fueran cayendo bajo sus garras, o en su mujer, o quizá en él mismo. Pero sobre todo, no comprendía por qué Luna había insistido siempre en darle los caramelos a la pequeña ahora enferma, y no a los demás niños. Quizá fuera la diabólica intención de ese hombre hacer morir a los niños uno por uno, lentamente, y no todos al mismo tiempo. Ese proceder parecía muy propio de Luna. En efecto, no se había presentado para decirle, como era de esperar: «Aquí estoy, y quiero vengarme de todos los que han sido culpables de mi desgracia»; sino que desde el primer momento, y probablemente con razón, había desistido de buscar el castigo de los culpables por vías oficiales, las cuales seguían siendo tan ineficaces como lo habían sido antes, más o menos; en cambio era probable que, después de mantenerse escondido

durante un período muy largo Dios sabía dónde y por qué, hubiera decidido tomar en sus propias manos la ejecución de la venganza, la elección y la ejecución del castigo. Y ahora ponía manos a la obra y comenzaba a cobrarse la deuda, surgiendo de la oscuridad en que se había sumido y en la cual podía volver a elegir su morada cuando quisiera; surgiendo del círculo de los muertos vivientes donde lo había enterrado, de lo invisible, de lo incomprensible, para que así la venganza fuera más terrible aún; amenazando, hiriendo durante meses, durante años, implacable, inencontrable, sordo a toda súplica; y su venganza no sólo alcanzaría a los culpables, sino también a los inocentes, y de ese modo podría herir con doble, y triple, y cuádruple intensidad a los culpables, sobre todo a *el* culpable…

No obstante, cuando los pensamientos de Jessiersky llegaron a este punto, o mejor dicho, cuando las más dementes reflexiones provocadas por el primer espanto lo arrastraron hasta este punto, no dejó de reconocer que exageraba un poco, al entregarse a todas estas imaginaciones antes de estar seguro de nada. En efecto, no bastaba con proyectar meramente todo ese atroz programa: también tendría Luna que llevarlo a la práctica; pero ya en su primer intento de ejecución, había cometido inmediatamente un error decisivo, al permitir que él, Jessiersky, supiera que Luna todavía existía. Es verdad que lo había descubierto por pura casualidad, pero de todos modos lo había descubierto; su existencia se había hecho pública a la luz del día, y ya no podría causar ningún daño, en adelante, sin que se supiera perfectamente de dónde provenía y quién era el causante. Y ahora que por lo menos se sabía eso con certeza, sería posible pescarlo con las manos en la masa, lo que de otro modo habría sido notoriamente imposible.

Apretando las mandíbulas con rabia, Jessiersky pensaba: debo decirle a este imbécil que todo ha sido un tremendo error; por el amor de Dios, debo buscar alguna oportunidad de poner todo en claro, explicarle que yo no soy culpable de su desdicha; tengo que procurarme un encuentro con él lo antes posible. A esos pillos de los directores de la empresa puede hacerles todo lo que quiera; en lo que a mí respecta, no me importa nada que los busque y los dañe en todo lo que se le ocurra, pero que no nos tienda trampas a mí y a mi familia; y si quiere le devolveremos sus malditos terrenos, libres de gastos, libres de impuestos, inmediatamente.

Sumido en estas reflexiones, se dirigió una vez más a casa de los Millemoth, porque pensaba: ¿quién mejor que ellos podría decirle dónde se encontraba realmente Luna?

Los sentimientos de los Millemoth, mientras tanto, habían sufrido un nuevo cambio; desde hacía algún tiempo habían comenzado a lamentarse del error cometido al denunciar a Jessiersky como causante de las desdichas de Luna. De la sencilla circunstancia de que su denuncia no hubiera surtido ningún efecto, deducían —y con mucho derecho— que la policía se encaminaba, a pesar del cambio de dirección experimentado en un primer momento, hacia su dirección primitiva; y al ver aparecerse a Jessiersky en persona en su propio domicilio, sintieron un terror tal en todo el cuerpo como sólo lo habían sentido en las épocas del Tercer Reich.

Esta vez, la señora Millemoth no se conformó, como diez años antes, con cambiar de lugar la fotografía de Luna, sino que, mientras su marido retenía al visitante en el vestíbulo con vagas conversaciones, la hizo desaparecer inmediatamente del cuarto. Pero el retrato ya no se encontraba en la habitación de Luna, que había sido subalquilada, sino en el mismo dormitorio de los Millemoth.

—Como verá, señor Jessiersky —decía mientras tanto Millemoth, con toda la amabilidad y gentileza de que disponía—, ahora vivimos un poco más reducidos que la última vez que usted se dignó venir a visitamos. Por lo tanto, nos veremos obligados a recibirlo en el dormitorio. Mi mujer está tratando en estos momentos de ponerlo un poco en orden, un instante solamente. Porque la habitación de nuestro desdichado… es decir, de nuestro pobre… quiero decir, nuestro primo, donde lo recibimos a usted aquella vez, nos hemos visto obligados a subalquilarla. Las cosas, por desgracia, no son de ningún modo lo que eran antes, cuando tuvimos la felicidad de trabar conocimiento con usted; hasta se han vuelto absolutamente intolerables, y no me refiero sólo a las cuestiones de dinero.

—¿Le parece? —dijo Jessiersky.

Mientras tanto, reflexionaba cómo podría hacer para obtener, no sabía cómo, de ese anciano tan cobarde algún indicio sobre el verdadero paradero de Luna. No obstante, prestó la suficiente atención al ambiente que lo rodeaba para comprobar que ahora también el vestíbulo de los Millemoth olía a queroseno, como ocurría en las casas de casi todas las personas venidas a menos; no había sido así con ocasión de su primera visita.

—Pero, por supuesto —dijo Millemoth—, absolutamente intolerables. Una situación que empezó por las cosas más importantes y que poco a poco se ha extendido hasta las más mínimas futesas. Usted no se imagina, por ejemplo, lo que debemos pasar por culpa de esa habitación que alquilamos, después de lo que

nos costó.

—¿Ah sí? —dijo Jessiersky—. ¿Qué les ha ocurrido?

—Tenemos muchas dificultades con nuestro inquilino.

—¿Así que les crea dificultades?

—Algo mucho peor, señor Jessiersky.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que no quiere irse.

—¿No quiere irse de la habitación?

—Así es.

—¿Y por qué no se quiere ir?

—Porque, según nos ha declarado, hace más de seis meses que vive en ella, y hoy en día, tal como están las cosas, no se puede desalojar a una persona que haya vivido más de seis meses en una habitación. Es como para volverse loco, un pillo de ese tipo no se va nunca.

—¿Y ustedes quisieran alquilarle la habitación a otro?

—Naturalmente. También ése es un motivo. Porque hemos recibido ofertas mucho mejores. Pero lo más importante es que esta persona nos ataca los nervios.

—Comprendo —dijo Jessiersky—, si es una de esas personas que se niegan a irse cuando lo echan… ¿Y qué tipo de hombre es, después de todo?

—¿Quién, el inquilino?

—Sí.

—Es un tal Berdiczewer.

—¿Un polaco?

—Supongamos que podemos llamarlo así. Pero al parecer ya no le gusta vivir en su país, y por eso se ha venido a Viena. Por mí, puede irse a donde quiera. Pero, para desgracia nuestra, se ha venido justamente a vivir a mi casa, y ahora no podremos desalojarlo nunca.

—¿Y cuando vuelva su primo? —preguntó de pronto Jessiersky, escrutando con cuidado la expresión de Millemoth.

—¿Cómo ha dicho, por favor?

—Cuando vuelva el conde Luna… ¿no le será posible desalojar al señor Berdiczewer de su casa?

—En ese caso, quizá se pudiera —dijo Millemoth—. Pero, por desgracia, no volverá nunca más nuestro pobre… quiero decir, nuestro…

Jessiersky siguió observándolo un instante más, directamente a los ojos, y luego dijo:

—Pero ¿cómo es posible que una persona con un apellido tan revelador como el de su inquilino haya conseguido pasarse toda la guerra sin ser…? Ya aquí las cosas eran bastante terribles para ellos, pero en Polonia deben de haber sido francamente…

—Es que cuando empezó la guerra no se encontraba en Polonia.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y dónde…?

—¿Cómo dice?

—¿Dónde estaba en esa época?

—En Portugal.

—¿En Portugal? ¿Y por qué no se quedó allí, ya que estaba?

—¡Qué sé yo! De todos modos, lo que hizo apenas terminada la guerra fue volverse a Polonia. Pero al llegar allí, para desdicha nuestra, no le gustaron las cosas y se volvió casi inmediatamente a Viena.

—Bueno —dijo Jessiersky—, hay muchas clases de polacos, para decir verdad; algunos son agradables y otros no son tan agradables… Pero no hablemos más de esto. Porque realmente, ¿no le parece que esta conversación, aquí, justamente delante de la puerta de este señor Berdiczewer…?

—Eso sí que no me importa en absoluto —dijo Millemoth—. Por mí, que escuche tranquilamente. En lo que a mí respecta, no me siento de ningún modo obligado a tener delicadezas con una persona…

—Muy bien —dijo Jessiersky—, pero de todos modos creo que…

Pero Millemoth, con energía desacostumbrada en él, le cortó la palabra:

—Si los tiempos volvieran a ser lo que fueron en otra época —exclamó en voz tan alta que el señor Berdiczewer, en su habitación, tenía por fuerza que oírlo—, entonces sí que no se quedaría un minuto más en nuestra casa, y se lo llevaría usted sabe bien adonde.

—Es posible —dijo Jessiersky—, hasta diría que es probable. Justamente porque eran otros tiempos,

tampoco pudo quedarse su primo viviendo en esa misma habitación, y tuvo que irse a otra parte. ¿O ya se le ha olvidado?

Pero Millemoth no tuvo ya ocasión de contestarle, porque en ese mismo momento apareció la señora Millemoth y les rogó que pasaran al cuarto contiguo.

Una vez sentado en el dormitorio del anciano matrimonio, dijo Jessiersky:

—Estimados amigos, he venido a verlos para preguntarles si… y espero que me contesten con la mano sobre el corazón… si no saben nada del paradero de su primo, el conde Luna.

Los Millemoth lo miraron asombrados; o por lo menos hicieron como que lo miraban con asombro.

—Es decir —prosiguió Jessiersky—, sé con cierta certeza que el conde Luna se encuentra en Viena. Lo que quisiera saber de ustedes, por lo tanto, y si tienen la gentileza de ayudarme, es dónde vive. ¿Dónde podría yo encontrarlo, hablar con él un momento?

Y para darse un aire más evidente de calma y de deliberación, sacó un paquete de cigarrillos, se llevó uno a la boca, lo encendió y cruzó las piernas.

Pero el silencio persistía. Finalmente, Millemoth dijo:

—¿Encontrarlo? ¿Hablar con él un momento? No creo, mi estimado señor, que su deseo, por intenso que fuera, pueda llevarlo a usted hasta el extremo de cometer un suicidio, para encontrarse con el pobrecito allí donde está ahora, y eso suponiendo que haya ido al mismo lugar adonde iría usted.

Jessiersky le hizo una breve señal con el cigarrillo.

—Sé que todavía vive —dijo—. Acabo de decírselo.

Los Millemoth se miraron, como para confirmarse mutuamente la convicción de que su visitante, así como ya había provocado la muerte de Luna, y luego había intentado provocar la de ellos, volvía una vez más al ataque, y quizá para vengarse de la denuncia de los ancianos, intentaba nuevamente, de una manera inesperada, tenderles otra trampa.

—Señor Jessiersky —dijo la señora Millemoth—, si nuestro desdichado primo se encontrara todavía con vida, nos lo habría hecho saber, de eso puede estar perfectamente seguro.

—Por desgracia, no estoy tan seguro —dijo Jessiersky—. Porque suponiendo por un momento que yo fuera su primo, y tuviera las intenciones que él tiene, o por así decir parece tener, habría procedido como él y no les habría hecho saber que estoy vivo. Porque en realidad, para hablar con toda franqueza, ustedes no me parecen muy dignos de confianza (y les ruego que me entiendan bien, por favor), parecen demasiado fácilmente influenciables, demasiado temerosos, en una palabra, para que una persona que considera absolutamente indispensable al éxito de sus planes que no revelen su paradero ni se lo dejen arrancar por nada de los labios, para que una persona así deposite mucha confianza en ustedes. Pero siempre sería posible que Luna haya sido tan poco previsor como para revelarles algún indicio de su existencia; y en el supuesto caso de que haya cometido esa falta de previsión, he venido a verlos a ustedes y a rogarles que me digan dónde está. Es más, estoy perfectamente decidido, para seguir hablando con toda franqueza, a conseguir una entrevista con él, bajo cualquier circunstancia y empleando todos los medios que estén a mi alcance. Porque se trata de algo demasiado importante para mí.

Y después de estas palabras, como para indicar su resolución, arrojó lejos de sí el cigarrillo.

—Pero no lo sabemos. Le aseguramos con toda franqueza que no lo sabemos —exclamó Millemoth, que en realidad ya empezaba a perder la compostura—. ¿Cómo es posible que aparezca usted en nuestra casa, justamente usted, el que mejor debería saber que el pobre ha muerto, con la idea de venir a decirnos que todavía vive?

Jessiersky no le contestó y se limitó a mirar por la ventana. Los Millemoth vivían en un piso alto; del otro lado de la calle se veía bajar el humo amarillo y otoñal de una chimenea hacia los sucios techos de tejas, y las colinas boscosas que a veces se divisaban en la lejanía se encontraban ahora envueltas en un velo de lluvia. «No debo decir nada», pensaba Jessiersky, «debo limitarme a no decir una sola palabra; sin duda estos dos terminarán por revelar todo lo que saben. Porque si no consigo que pierdan los estribos, no me lo dirán jamás».

—Pero hable, por favor —exclamó Millemoth—. Si se trata de una cuestión tan importante para usted, como acaba de decir, comprenderá que para nosotros también es sumamente importante saber si realmente está vivo todavía o no.

—¿Y cuántas veces —preguntó Jessiersky— tendré entonces que repetírselo? Vive, con seguridad.

—Pero ¿cómo ha hecho usted para saberlo?

Jessiersky se encogió de hombros.

—Pues lo sé —dijo.

—La última noticia que tuvimos de él —dijo la señora— fue en marzo, hace ya cuatro años. Esa vez nos escribió, es verdad, que se encontraba muy bien…

—Lo que, por otra parte, no quiere decir absolutamente nada —dijo Jessiersky—. ¿Cómo creen que iban a permitirle escribir otra cosa? ¿Creen que podía decir que se encontraba mal?

—Así es —dijo la señora.

—Pero por lo menos espero —dijo Jessiersky— que le hayan servido de algo los paquetes que yo le mandaba; quiero decir, que por lo menos se los hayan dado.

—También nosotros le mandamos paquetes —dijo la señora Millemoth—. Pero desde abril del 45 hasta el día de hoy no hemos vuelto a saber una sola palabra de él.

—¡Porque lo han matado! —exclamó Millemoth—. ¡Porque se ha muerto! Mientras vivió en el campamento, estuvo muy bien cuidado, no solamente gracias a las atenciones del señor Jessiersky y a nuestros envíos, sino porque allí los atendían bien. Pero apenas llegaron esos que se hacen llamar los libertadores, naturalmente, toda la organización se vino abajo, y los dejaron morir de hambre.

—¡Eso es el colmo! —gritó Jessiersky—. ¿Querrá usted dar a entender que no fueron los alemanes sino los que se llamaban libertadores los que convirtieron en cadáveres muertos de hambre a esos desdichados prisioneros, cuando en todas partes estaban las fotografías? Por desgracia, esas fotografías ya no se ven en ninguna parte, pero las personas como usted, señor Millemoth, justificarían perfectamente que se siguieran reproduciendo esos horrores en todos los diarios, por lo menos una vez a la semana, para que los tuvieran siempre delante de los ojos.

—Quise decir solamente —trató de rectificar Millemoth— que los aliados, con sus avances continuos, impidieron a los alemanes atender debidamente los campamentos de concentración.

—¡Por favor! —exclamó Jessiersky—. Lo que pasa, sencillamente, es que usted quiere hacerme creer que es un nazi porque sigue creyendo que también yo lo soy, y porque cree en el fondo que los nazis volverán algún día al poder. Hágame el favor, señor Millemoth, de dejarse de tonterías. Aunque usted no sea un héroe, por lo menos es una persona decente, y también yo creo ser una persona decente. Por otra parte, soy demasiado malo como hombre de negocios, o por lo menos me desintereso demasiado de los negocios, para estar a la altura de lo que me exigiría mi empresa, en el sentido de faltas a la decencia; es más, le diré que esa maldita empresa ha llegado a serme absolutamente indiferente. Y lo mismo me ocurría en otras épocas, y por eso debo decirle que no he sido yo quien ha causado la desgracia de su primo, sino que todo ha sido obra de los directores de la empresa, porque yo no quise tomarme el trabajo de ocuparme de los asuntos. En ese sentido debo confesarme culpable, y en ese sentido algo se me puede reprochar. Pero le aseguro que lamento mucho esa indolencia, que ha sido tan fatal para su primo; Dios sabe cómo la lamento. Por lo tanto, le ruego que me diga dónde está el desdichado, porque sería un disparate ocultármelo. Puede decírmelo con toda tranquilidad.

Los Millemoth lo miraron con expresión de duda, y por fin le dijo el anciano:

—Le juro, señor, que no lo sé; es más, debo decirle que no creo en sus palabras, cuando me asegura que todavía está vivo.

—Pues así es —dijo Jessiersky—. No me cabe duda. Es absolutamente seguro.

—Pero ¿en qué se basa, realmente, para pensar así?

—En esto —dijo Jessiersky, que en el ínterin se había decidido a poner todas las cartas sobre la mesa.

Y les narró lo que había ocurrido con su hijita en el parque.

Cuando terminó el relato, siguió una pausa. Finalmente dijo el anciano:

—Pues no puedo creer que mi primo haya hecho una cosa así, se lo aseguro.

—Yo sí lo creo —dijo Jessiersky—. Porque si a mí me hubiera sucedido lo que le sucedió a él, es muy probable que procediera exactamente como ha procedido él. Sólo que yo, en su lugar, trataría de averiguar, con más precisión que él, quiénes fueron realmente culpables de mi desgracia, y quiénes no lo fueron. Es para hacerle entender la verdad en ese sentido, justamente, por lo que deseo tener una entrevista con él, bajo cualquier condición que quiera imponerme.

—¿Y su hijita? —preguntó la señora Millemoth—. ¿Qué tipo de enfermedad es la que ha tenido? ¿Qué le han dicho los médicos que la han visto?

Jessiersky se encogió de hombros.

—Al principio creyeron que podía ser diabetes infantil. Pero no presentaba las reacciones correspondientes. Luego empezaron a buscar si podía ser algún virus, quizá relacionado con el cambio de dientes. Pero tampoco le encontraron nada en ese sentido. Ahora se supone que sea sencillamente una infección.

—Pero por el amor de Dios —exclamó Millemoth—, es imposible que una infección provenga de un

caramelo.

—No sé —dijo Jessiersky—. De todos modos, parece que ha sido posible. Por ejemplo, suponga que ese caramelo haya contenido algún veneno que no haya pasado al cuerpo, sino que se haya alojado directamente en las paredes del estómago y de los intestinos. En ese caso lo más sencillo es pensar en una infección.

—Le juramos por lo que nos es más sagrado —dijo Millemoth— que desde hace varios años no hemos sabido absolutamente nada ni oído la menor noticia de nuestro pobre primo. Hace un momento, usted mismo dijo que nos considera personas decentes; y realmente, ha sido una locura pretender que lamentábamos la desaparición del Tercer Reich. Si le interesa saberlo, somos monárquicos, como también lo era nuestro pobre primo, y creemos en todo lo que es más sagrado para un monárquico: en Dios, por ejemplo. Muy bien, le juramos por Dios que no sabemos dónde se encuentra el conde Luna, que ni siquiera sabemos si todavía vive. Tenemos las dudas más serias sobre esta última posibilidad, y por desgracia no podemos decirle nada más sobre nuestro pariente.

—Muéstreme otra vez su retrato —dijo Jessiersky después de un momento.

La señora Millemoth sacó la fotografía del cajón donde la había guardado.

Jessiersky la contempló largamente, con intensa atención.

—Sí, es él —dijo finalmente.

—Naturalmente que es él —dijo Millemoth.

—Quiero decir, que se parece en todo al general Knobelsdorff; y esa persona que le ofreció los caramelos a mi hijita también se parecía mucho al general Knobelsdorff. En consecuencia, también se parecía mucho al conde Luna, y por lo tanto debe de ser él, sin duda, porque hoy en día no se encuentran muchas personas de este tipo.

—Pero ¿entonces usted lo ha visto realmente, habló con él, lo conoció?

—No. Ahora que veo el retrato puedo decir que lo conozco, pero nunca hablé con él.

—De dos retratos no se puede sacar ninguna conclusión, en realidad; y basándose solamente en la declaración de su institutriz, que probablemente es tan poco digna de fe como en general lo son las institutrices, no se puede…

—Pero también los niños han dicho que se parecía.

—Sí, pero son niños, después de todo.

—No tenemos más testimonio en que basarnos, lamentablemente, que el de los niños, el de la institutriz y estos retratos. Permítame encontrarme con Luna, donde esté, y entonces, quizá, cambiaré de opinión. Pero como ustedes dicen que no saben dónde…

—¡Ni el mismo Dios podría satisfacerle en ese sentido!

Jessiersky volvió a mirar por la ventana. El humo ya no brotaba de la chimenea, de la cual ahora ascendía como un velo transparente de aire cálido; y sobre las colinas boscosas de la lejanía, allí donde las nubes, por momentos, se abrían, caían ahora algunos pálidos rayos de sol. Pero la lluvia seguía cayendo sobre la casa, y en el dormitorio de los Millemoth se oía con fuerza su rumor.

Jessiersky se levantó.

—Es realmente desesperante —dijo— cuando uno no puede saber nada en absoluto sobre alguien, cuando ya no puede ponerse en contacto con una persona determinada… ya sea porque no nos permiten llegar hasta él, ya sea porque está realmente muerto. Pero la verdad es que vivimos como encerrados entre muros. Preguntamos constantemente, y nadie ni nada nos contesta… ni siquiera el mismo Dios; es más, Él es el que menos nos contesta… Muy bien, sea como sea, si ustedes verdaderamente llegaran a saber algo de Luna, les ruego que me lo hagan saber…

—Pero sin lugar a dudas.

—… porque no creo que a ustedes les sea por otra parte indiferente que el desdichado esté haciendo esas cosas…

—No, con seguridad que no nos es indiferente. Solamente insisto en que, como le dije…

Pero Jessiersky ya se había inclinado ante la señora Millemoth y le besaba la mano. Luego se fue, y Millemoth le acompañó hasta el vestíbulo, que seguía oliendo a queroseno.

Al llegar al vestíbulo, Jessiersky se detuvo un instante más.

—De modo que, si alguna vez volviera a encontrarse con su primo —dijo—, le ruego que le diga lo siguiente: si insiste en mantenerse fuera de mi alcance, si insiste en permanecer oculto en la tiniebla, si insiste en proceder como está procediendo actualmente, si no me busca y me dice con toda franqueza: «Aquí estoy», entonces procederé yo con él como él procede conmigo. Puesto que no se detiene ante ninguna consideración, haré lo mismo yo también, no tendré ninguna consideración hacia él, y empezaré a

verlo como un ser que se ha declarado tan libre de responsabilidades como un pájaro, como una pieza de caza, que no tiene épocas de veda y que cualquiera puede matar de un tiro cuando la encuentra; y dígale también que sé muy bien cómo se hace para cazar esas presas, porque tengo un predio de caza donde aprender; le aseguro que puedo aprender perfectamente, porque para eso no me falta lugar en mis tierras.

Y con estas palabras se despidió de Millemoth, que no sabía qué contestarle, y salió de la casa.

Así terminó esta visita, en sí bastante infructuosa, pero que tuvo una consecuencia imprevisible. Porque el señor Berdiczeer, que desde el interior de su habitación había oído hablar con tanta furia de su persona, de un posible cambio de política en el gobierno y finalmente hasta de matar de un tiro a una persona, y que como todo el mundo había empezado a temer el incipiente resurgir del nacionalsocialismo que en esos años hacía su aparición, no creyó conveniente seguir viviendo en casa de los Millemoth, que podían resultarle peligrosos. Por lo tanto, ese mismo día se alquiló una habitación en otra parte, y al día siguiente se mudó de la casa.

V

PERO a medida que avanzaba el invierno, mejoraba paulatinamente el estado de salud de la niñita enferma. Si Jessiersky, durante el otoño, había estado casi a punto de olvidarse de su adversario, que desde la vez del parque no había vuelto a mostrarse en público, ahora no podía olvidarlo; hasta el hecho de que ahora la niña mejorara de su indisposición, y de que ninguno de los demás niños diera muestras de enfermarse, lo atribuía Jessiersky solamente a la circunstancia de que él en persona se encontraba vigilando personalmente, «como un demonio», todo el tiempo, por el bienestar de su familia, desbaratando de ese modo las malas intenciones de Luna. No obstante, era fácil comprobar que, a pesar de todo, Jessiersky se ocupaba realmente muy poco de su familia, por lo menos de determinados miembros de la misma, cuando en realidad el tiempo no le faltaba para ello. Porque se pasaba la mayor parte del día en la biblioteca, abocado a la tarea de averiguar todo lo que se pudiera sobre el misterioso Luna o, por lo menos, sobre sus antepasados y sus orígenes. Así como él creía poder explicar su carácter deduciéndolo del carácter de sus antecesores, los Jessiersky, así quería descubrir la esencia de Luna a través de la esencia de todos los Luna, para poder saber a qué atenerse y defenderse mejor de sus ataques. En realidad, es indudable que no le restaban muchas posibilidades fuera de esa, que constituía una manera platónica de luchar contra el enemigo. Porque el enemigo en sí no daba la menor señal de existencia.

Pero a fuerza de pensar y hacerse mala sangre, el problema de los antepasados de Luna empezó cada vez más a mezclársele con el problema de los suyos; y no solamente comenzó a confundirlos entre sí y a confundir las diversas épocas, sino que terminó por superponer los diversos lugares, y Luna, y él mismo, Jessiersky, en una especie de nebulosa común. Por ejemplo, ahora le parecía que aquel condestable de Castilla, del cual descendía en realidad Luna, como ya había averiguado, ese bastardo aventurero que había tratado de convertirse en cuñado de Juan II, debió de haber presentado muchos puntos de similitud con Pawel Alexandrowitsch Jezierskij, que había llegado a ser cuñado del rico Raczynski; y también llegó a pensar que él, Jessiersky, en el caso de haber sufrido las injusticias que Luna había sufrido, también habría procedido exactamente como su contrincante había procedido. Verdad que la nieve cubría los techos y el patio del palacio Strattmann, pero en León el clima era igualmente duro, y del mismo modo habría caído la nieve en el patio del palacio de los Luna; verdad que ahora Luna pretendía ejercer su venganza sobre Jessiersky desde la oscuridad, pero también él, Jessiersky, se alejaba de la luz para alcanzar a Luna en la oscuridad, convertía su luz en la oscuridad de manejos igualmente desdeñables como lo eran los de Luna, y trataba de llevar a la luz aquella oscuridad. Porque en el fondo no hay mucha diferencia entre las personas que obran en oposición; ya por el hecho de obrar así, por el hecho de que no se puede crear algo opuesto sin que exista lo que se le opone, obran en realidad del mismo modo.

Naturalmente, Jessiersky no encontraba todos los libros que requería para su ilustración en este sentido en su misma biblioteca. Por lo tanto, hacía venir lo que necesitaba de las bibliotecas públicas; y además se dedicó a revisar en los archivos del Estado una cantidad de documentos no dados a la luz todavía mediante la publicación. Estas averiguaciones resultaban sobremanera laboriosas, porque los Luna, aunque de tan noble origen, se habían pasado siglos enteros en la oscuridad, ya se habían hundido en el olvido, y las huellas dejadas por ellos en el transcurso de la historia se habían borrado casi todas. Pero Jessiersky no sólo tenía tiempo suficiente para dedicarse a esas investigaciones, sino que además, como Luna no daba señales de vida, o por lo menos no parecía darlas, le impedía ocuparse de él de ninguna manera que no fuera el estudio detallado de su genealogía; y lo que llegó a averiguar finalmente, consultando la *Crónica de Alvaro de Luna,* el *Compendio Historial de las Órdenes Militares* de Cariby, los *Anales* de Zurita y obras semejantes, era en resumen esto:

Alvaro de Luna, conde de Gormaz, condestable de Castilla y Gran Maestre de la Orden de Santiago, favorito y ministro de Juan II, después del matrimonio de su rey con Isabel de Portugal había tratado de vincularse también él con el rey de los lusitanos, mediante un matrimonio —aunque al principio mantenido en secreto— con la hermana de Isabel, la infanta María. Pero cuando quiso dar a publicidad este casamiento, que lo convertía en cuñado del monarca, la corte aprovechó la ocasión para tratar de derribar al favorito, que ya se había vuelto casi demasiado poderoso. La casa de Trastámara, a cuyo servicio se había esforzado durante treinta años con tanto provecho que sus dominios se habían vuelto en extensión más importantes que la suma total de los dominios de toda la nobleza de Castilla, le retiró su apoyo, y el patíbulo de Valladolid puso fin a su carrera. De acuerdo con la cruel costumbre de la época, el verdugo lo degolló en la plaza pública; después le hundió el cuchillo en el cuello y a continuación, casi cómodamente, le separó la cabeza del tronco; mucho después de este episodio, María de Portugal se atrevió a revelar al mundo el fruto de su relación con el aventurero: un muchacho llamado igualmente Álvaro, al cual no le quedaba de los dominios de su padre un solo metro de tierra, pero que más tarde alcanzó gran celebridad gracias a la famosa poesía del marqués de Santillana sobre la vida y la muerte del desdichado, así como el odio aniquilador de la casa real. A lo largo de los siglos, esa rama de los Luna se hundió casi en el olvido, llevando una existencia de mendigos junto a las cortes de los poderosos; llegó por fin a la más negra pobreza, pobreza compartida con la cantidad casi increíble de un millón de nobles españoles de poca o ninguna categoría, en medio de una población de siete millones de campesinos y obreros más pobres aún que ellos; y sólo hacia 1700 un cierto Iñigo de Luna, del cual ya no se puede decir que descendía con certeza del condestable, sino apenas que parecía descender de él, surge de la oscuridad. En efecto, Iñigo de Luna llegó a Viena con uno de esos grupos de nobles españoles que en contingentes casi regulares acudían a la corte imperial para ponerse al servicio del emperador; Iñigo se distinguió en la lucha contra los turcos y fue recompensado por Carlos VI con dos propiedades en Hungría, Gyórkeny y Czecze.

Al llegar a este punto de sus investigaciones, Jessiersky palideció espantado, ante los nombres de estos dominios. Porque Gyórkeny y Czecze no eran ni más ni menos que los predicados de nobleza de su propia abuela, aquella Sophie van Grabaricz, de Gyórkeny y Czecze, que se había casado con Witold Jessiersky. Qué relación de continuidad había entre la posesión de esos dominios, primero por los Luna y luego por los Grabaricz, que en ambos casos los habían perdido, no importaba nada ante el hecho de que allí aparecía por fin una vinculación entre las dos familias. En realidad no quería decir gran cosa, porque muy a menudo las familias más dispares entraban en posesión, una después de otra, de los mismos dominios; pero también lo significaba todo, ya que confirmaba a Jessiersky en su convicción de una misteriosa unidad entre él y su enemigo mortal.

En tiempos de Fernando I, a quien también se había llamado el Bueno, un cierto Luna fue representante de España durante largos años ante la Santa Sede, y recibió finalmente el título de conde; es decir: independientemente del título español, que había sido creado mucho tiempo antes y que finalmente había pasado a la familia de Villahermosa, este Luna fue nombrado conde. Pero después también su familia se hundió rápidamente en el olvido. El padre de Luna se había casado con una baronesa Judt-Hofkirchen, cuya madre a su vez, en un segundo matrimonio, se había unido a un industrial de nombre Millemoth, lo que explicaba el parentesco con los cobardes Millemoth que Jessiersky conocía. Pero los Millemoth, cobardes o no, se habían empobrecido del mismo modo que los Luna, y por lo tanto era muy probable que lo último que habían conservado los Luna de los bienes de Millemoth fuera la propiedad de esos terrenos contiguos a la carretera del sur, cuya compra, efectuada por la empresa de Fries, no sólo había significado la desdicha de Luna, sino que también podía significar la desgracia de Alexander Jessiersky.

La misma noche en que puso fin a estos estudios provocados por circunstancias tan raras y lamentables, Jessiersky apartó pensativo la confusión de volúmenes, cartas y fotocopias que cubrían desordenadamente la mesa de la biblioteca, y tomó de uno de los estantes el *Atlas de España* de Coello, con mapas en escala uno doscientos mil; lo abrió en la región de los Pirineos, con la intención de buscar la ciudad de Luna; después de un momento encontró el pequeño pueblito, que con el correr del tiempo había perdido toda importancia. Largamente se quedó mirando ese punto del mapa, y sus alrededores, de dónde provenía el misterioso Luna y con él su desdicha. No había mucho que ver en el mapa. No obstante, o quizá por eso mismo, la región representada en el atlas le parecía ofrecer cierta similitud con un paisaje lunar; y es posible, hasta es probable, que fuera en ese momento cuando Luna, al principio de una manera casi inconsciente, luego cada vez más perceptible, y al fin con una intensidad y una certeza que no le dejaban lugar a dudas, empezó a confundirse en su mente con la luna, o por lo menos con la influencia que la luna ejerce.

Sabía muy bien que el nombre de Luna no provenía directamente del satélite de la tierra, sino de los

alanos, que, originarios de Rusia, de los bosques llamados Wolkonski, habían sido obligados a emigrar por Europa; finalmente habían llegado a España, donde fundaron una ciudad, justamente la ciudad de Luna, antes de seguir su camino, más o menos en el año 409, hacia Portugal. Pero esa certeza no le servía de nada. Era un conocimiento que provenía de los libros y, por lo tanto, sólo obraba sobre su razón. En cambio, la idea de que la ciudad se llamaba así por su relación con la luna, que el mismo Luna tenía un color pálido o lunar, y la sonrisa engañosa de la luna, y que don Alvaro de Luna, padre del bastardo, era el tronco originario de toda una interminable hilera de seres lunares, obraba directamente sobre los sentimientos de Jessiersky, se afirmaba cada vez más en su ánimo y finalmente se volvió inextirpable.

La lámpara, cuya pantalla era por fuera verde oscuro y por dentro blanca, lanzaba su fuerte luz sobre la mesa central de la biblioteca, donde se desplegaba el atlas de Coello; y así como la luna recibe la luz del sol y la refleja, así ese paisaje lunar del mapa reflejaba la luz blanca de la lámpara, como un claro de luna plateado, hacia la cara en sombras del que lo contemplaba. La bahía de Barcelona y el golfo de Vizcaya le parecían semejantes a las pétreas concavidades del Mar de los Eclipses y a las superficies cóncavas del Mar de las Lluvias; y los Pirineos parecían una cordillera de piedra astral… Si uno se quedaba mucho tiempo con la vista puesta en ese paisaje selenita, pensaba Jessiersky, podía volverse lunático; y con la imaginación inundada por la luz de ese paisaje, podía ocurrir que uno —así lo creía él— se levantara más tarde de la cama sin despertarse, y luego empezara a andar por la habitación, y ascendiera por la escalera, tap, tap, y llegara al último piso, y por una de las ventanas de la buhardilla, como suelen hacer los sonámbulos, se trasladara al tejado, y sin darse cuenta en lo más mínimo de lo que estaba haciendo, se paseara por él en las posiciones más espeluznantes…

Y mientras pensaba estas cosas, insólitamente, le pareció oír en realidad los pasos que imaginaba; después de algunos instantes, se convenció de que en efecto eran pasos lo que oía, es más, que ya debía de haberlos oído sin darse cuenta durante el transcurso de muchas noches anteriores y similares. Pero hasta ese momento no les había prestado atención. En cambio, ahora sí los escuchaba; después de un momento, los pasos se repitieron sobre su cabeza.

No provenían del piso inmediatamente superior a la biblioteca; ni tampoco del segundo piso por encima del suyo, sino del último, que constituía una especie de piso de buhardillas. En efecto, el silencio que imperaba en toda la casa, y también en las calles colindantes, era a esas horas de la noche tan profundo que ese andar rítmico, aunque tan lejano y tan leve, no sólo se oía claramente, sino que además se podía distinguir a la perfección en qué parte de la casa tenía lugar; porque los pasos, por lo menos esa noche, provenían de la parte trasera del edificio, es decir, se originaban en la calle que discurría por detrás del palacio, pasaban por encima de los dos ambientes de la biblioteca, por encima del comedor y se alejaban por encima del gran salón hasta llegar a la escalera que descendía hacia la puerta principal, sobre la Bankgasse. Al mismo tiempo, allí donde se oían los pasos, se estremecían y tintineaban levemente las arañas de cristal, en sucesión; y el ruido era como si arriba, junto al techo, paseara un hombre pertrechado con armadura.

En el piso comprendido entre el de la biblioteca y aquél donde se oían los pasos, se encontraban los dormitorios de la familia Jessiersky. Pero de allí era absolutamente evidente que no provenían ni el ruido de los pasos ni la vibración que hacía tintinear las arañas de cristal. Era mucho más probable que el origen de estos ruidos se encontrara en el piso superior, donde dormían las personas de servicio, o más bien no dormían, porque si así fuera, ¿cómo habrían podido pasearse por la casa a esas horas de la noche? Porque, después de todo, podía muy bien ser un criado que hubiera decidido hacer una visita a la cocinera, o el chófer, que tal vez se hubiera considerado obligado a hacer saber a la institutriz alguna cosa digna de mención; y ¿a quién podía importarle que así lo hicieran? ¿Acaso Jessiersky tendría que convertirse en protector de sus criadas? Pero por lo menos estaba resuelto a prohibir que siguieran haciendo ese ruido en el techo. Porque después de todo, ya eran las dos y media de la madrugada. En consecuencia, se levantó y atravesó el salón para dirigirse hacia la escalera, dispuesto a subir y poner fin a esos pasos estrepitosos.

Pero apenas había llegado a la puerta que daba a la escalera y la había abierto, cuando advirtió que, mientras tanto, el individuo de los pasos no sólo había descendido por la escalera, sino que ya había pasado frente a la puerta que Jessiersky acababa de abrir y debía de estar llegando al piso bajo. En efecto, al final de la escalera, en la planta baja, había una puerta con cristales; Jessiersky oyó que esa puerta se cerraba. Evidentemente, el paseante nocturno debía de haber descendido por la escalera totalmente a oscuras, aunque hasta ese momento sus andanzas se habían caracterizado por su calma; y era obvio que tenía la intención de salir de la casa lo antes posible.

Jessiersky no perdió tiempo en reflexiones; sin detenerse a considerar si la huida del individuo se debía a su aparición o a algún otro motivo desconocido, encendió la luz de la escalera y bajó rápidamente. Pero

cuando ya llegaba a la puerta de cristales y ponía los pies en la planta baja, oyó que una de las pesadas hojas de la puerta de entrada, que en el ínterin alguien debía de haber abierto, aunque estaba cerrada con llave, volvía a cerrarse desde fuera. Jessiersky se precipitó hacia la puerta de la calle. Su primera intención fue abrirla inmediatamente y correr detrás del misterioso visitante, pero luego lo pensó mejor y, apagando la luz, prefirió abrir apenas un palmo la puerta, que no habían vuelto a cerrar con llave, para deslizarse cautelosamente afuera.

Ráfagas repentinas de viento inquietaban el aire de la noche; el cielo, del cual se veía un trozo sobre la Ballhausplatz, parecía cubierto por una red de nubes filiformes iluminadas por el reflejo de la luna. Para esa época del año, el viento era bastante tibio, como un viento de deshielo; y bajo la sombra del palacio Liechtenstein, que se prolongaba hasta el de Dietrichstein, al fondo, las luces de los faroles parecían titilar como fuegos fatuos. Pero no se veía una sola persona en la placita.

Jessiersky se quedó un momento mirando en torno, especialmente en las dos direcciones de la Bankgasse, donde un resto de nieve sucia se derretía en lodo negro. Desde la Herrengasse, del lado de la Ringstrasse, se oía el rumor de algún coche tardío, que pasaba de vez en cuando. Las formas de los árboles desnudos del parque del Pueblo y del parque del Municipio parecían mezclarse entre sí como setos espinosos; y a lo lejos, sobre el techo del Parlamento, se elevaban amenazadores los cuatro caballos de bronce ante el cielo nublado del sur, iluminado por la luna.

Jessiersky se quedó mirando un momento en torno, y finalmente se dirigió hacia la izquierda, del lado de la embajada húngara, para preguntar al agente de policía que allí se encontraba de servicio si no había visto salir a nadie por la puerta del palacio Strattmann. Pero el policía le contestó que no había visto salir a nadie, salvo a él mismo, Jessiersky. Pero cuando éste, después de darle las gracias, se disponía a volver hacia su casa, creyó ver, sólo ahora, una silueta confusa que emergía del portal de su palacio y se alejaba subrepticiamente en dirección del Burgtheater. Jessiersky se dispuso a seguirla, pero apenas había dado unos cuantos pasos cuando la sombra se perdió totalmente en la oscuridad.

VI

ERA perfectamente comprensible que algunas de las mujeres de la servidumbre recibieran de vez en cuando visitas masculinas, así como los hombres recibirían, seguramente, de vez en cuando, visitas femeninas. Entre ellos, estas cosas se organizaban siempre o casi siempre de acuerdo con los mismos métodos. Bastaba, en efecto, que una u otra de las muchachas empezara, por ejemplo mientras planchaba, a cantar ciertas melodías sentimentales, digamos: «Piensa en las horas…» o si no: «Era una mujer, Dios así lo quiso…» Siempre eran las mismas canciones, y siempre la misma canción. Porque entonces los hombres comprendían en seguida: con ésa se puede llegar a algo; y el criado, el chófer o también el portero, que en realidad estaba casado, pero no por eso era menos propenso al adulterio, después de contemplar durante un tiempo prudente las formas de la planchadora, se le acercaba, siempre del mismo modo, un modo casi atávico, es decir, desde atrás, hablaba un poco con la «señorita», le preguntaba de qué lugar provenía y quiénes eran sus parientes, aunque eso no le interesara en absoluto, y finalmente concluía un encuentro para el domingo siguiente por la tarde, en verano una excursión por el Prater, en invierno una visita al cinematógrafo. También eso era siempre igual. Porque no existía la posibilidad de otra cosa. Las posibilidades al alcance de la burguesía, en lo que se relacionaba con estas conquistas, les resultaban a ellos demasiado onerosas y ni siquiera eran consideradas. Por lo tanto, en invierno al cinematógrafo; en verano al Prater; y como después de un cierto tiempo prudencial, uno decía que en casa se estaría mucho más cómodo realmente que sobre el piso duro, entre los insectos, o que en el césped húmedo, detrás de algunas matas florecidas, era inevitable que se terminara lo más pronto posible aceptando las comodidades que la casa ofrecía…

Hasta allí, en lo que se refería a las visitas dentro de la casa misma. Pero también se daba el caso de las personas conocidas afuera, que a continuación, como la cerveza que viene de afuera para la cena, eran traídas a la casa; y esta vez parecía tratarse de una visita de este tipo. Pero ¿cómo era que el visitante poseía la llave de la puerta de la calle, o por lo menos una copia de esa llave? ¿Cuál de las mujeres había hecho fabricar el facsímil de la llave y se lo había dado al pillo en cuestión, o qué pillo se había encargado de mandarla hacer, para luego dársela a una de las mujeres? El proletariado, en verdad, no tenía otra idea en la cabeza, salvo ese tipo de artificios de alta mecánica. Después de todo, quizá, habrían dejado la puerta de entrada sin llave. Al llegar a esta idea, Jessiersky se detuvo un instante para recobrar el aliento; le cubría la frente un rocío de gotitas de sudor; pensó que en ese caso… Pero la culpa era suya, ya que se pasaba todo el tiempo metido en la biblioteca y no se preocupaba por averiguar si la puerta de la calle estaba cerrada o no con llave.

De todos modos, ya no pudo apartar de la mente la idea de que esa visita nocturna no podía estar tan sencillamente relacionada con la doncella de su mujer o con la muchacha de la cocina, sino que había sido otra cosa muy distinta. No obstante, no sabía si sería conveniente hablar del asunto con el portero y el resto del personal en pleno, o dejar las cosas como estaban. Porque si se lo contaban al visitante nocturno, éste no cejaría por eso en sus intenciones, sino que simplemente tendría mucho más cuidado en adelante… eso sería todo lo que lograría con semejante proceder. No obstante, finalmente se decidió Jessiersky a hablar con sus criados. En efecto, pensó que por alguna casualidad podían haber oído algo también ellos, y que tal vez le proporcionaran algún detalle de interés sobre el visitante. Estaba claro para él que sólo lo harían así si se trataba de un visitante desconocido para ellos, de alguien que no se relacionaba directamente con ellos y a quien sólo únicamente habían oído deambular. Porque sólo si el visitante tenía algo que ver con la servidumbre, es decir, si, por ejemplo, era una persona que visitaba a una de las criadas, y a quien ésta protegía, además de darle sus favores, entonces no cabía esperar de él ningún peligro; siempre suponiendo que no estuviera detrás de la criada meramente como pretexto para introducirse en la casa con otros fines.

Pero si éste no era el caso, y la servidumbre, por lo menos las mujeres, declaraban en conjunto que habían oído los pasos, entonces había que deducir que la visita no tenía otro motivo que el deseo de causar algún mal. Sobre todo, lo que importaba era la declaración de las mujeres, en el fondo, porque la visita de una mujer a uno de los hombres parecía mucho más inverosímil que la visita de un hombre a una de las mujeres, si uno recordaba que no había tenido lugar de un cuarto a otro, sino entrando y saliendo de la casa. Por lo tanto, bastaba que una de las mujeres, con la intención de encubrir sus manejos, declarara no haber oído los pasos para demostrar hasta cierto punto que la visita no había tenido malas intenciones. Solamente, había que tener mucho cuidado al interrogarlos. Sin embargo, aun a pesar del cuidado puesto en el interrogatorio, ¿cómo habrían de darle las informaciones necesarias los criados, cuando quizá la mayoría de ellos, o en el peor de los casos todos ellos, se habían pasado la noche durmiendo y no habían oído absolutamente nada…?

Al llegar a este punto, Alexander Jessiersky advirtió con claridad que, cada vez que de algún modo volvía a amenazarlo la cercanía o la posibilidad de la cercanía de Luna, inmediatamente sus pensamientos comenzaban a girar en un círculo vicioso y parecían encaminarse a la locura. Pero no por eso pudo contenerse, sintiéndose demasiado obligado a ello, de efectuar ciertos cálculos con el fin de averiguar si, por ejemplo, Luna había aparecido en su vida o desaparecido de ella a intervalos regulares o irregulares, y suponiendo que los intervalos fueran regulares, medirlos. Que Jessiersky se entregara a semejantes cálculos no era demasiado inquietante en sí, o no lo era en absoluto. Lo realmente inquietante era que se dedicara a comprobar si esos intervalos de la desaparición y aparición de Luna se relacionaban con el intervalo comprendido entre dos lunas llenas, y si eran divisibles por el período de duración de las fases lunares.

Para ello, no era necesario en verdad que las apariciones o desapariciones coincidieran de hecho con la luna llena o con la luna nueva. Lo que importaba más bien era la duración de los períodos lunares, no el momento de su comienzo o de su fin, ya que, como suele ocurrir también en la naturaleza, dichos períodos de influencia lunar no coinciden a menudo, y frecuentemente se encuentran bastante distanciados del momento de la luna llena o de la luna nueva; casi siempre ocurre así. Al parecer, como resultado de una diferencia, en verdad pequeña pero constante, entre los períodos de la luna propiamente dicha y los períodos dirigidos por ella, estos últimos se veían constantemente desplazados, su diferencia se hacía cada vez mayor y sólo coincidían con las divisiones de tiempo lunar verdaderas en los pocos casos en que, a fuerza de desplazamiento, los puntos iniciales y finales llegaban a coincidir con los puntos iniciales y finales del período lunar; o para decirlo con otras palabras: el ritmo de la luna se había vuelto en la naturaleza más importante que la luna misma, la ley impuesta por el cuerpo celeste, más esencial que el mismo cuerpo celeste, y Luna, por lo menos para Jessiersky, había llegado a ser más importante que el satélite de la tierra.

Por otra parte, también debía de ocurrir que en ciertas épocas Luna poseyera poderes o fuerzas más poderosas que en otros momentos, fuerzas con las cuales podía engañar y causar daño, quizá hasta provocar la muerte, cuando en cambio durante los demás períodos era casi impotente. Mientras tanto, entre una época y otra, se veía obligado a aumentar o disminuir su poder en medida uniforme; y también cada día, o mejor dicho cada noche, surgía y se ponía, por así decir, y de ese modo provocaba mareas y ondas en los acontecimientos con los cuales estaba relacionado. Y sin lugar a dudas también era posible que, en lo que se refería a su propio aspecto, su cara en forma de luna menguante, con esa frente y esa barbilla saliente y una especie de angostura en el medio, cubierta por los cráteres volcánicos claramente delimitados de su cutis impuro y picado de viruelas, creciera y decreciera; es más, que todo su cuerpo variara a intervalos regulares entre la robustez y la delgadez, y viceversa. Por eso, quizá, la fotografía que él había visto en casa de los Millemoth, en la cual parecía tan notablemente delgado, correspondiera a un período en que, por así decir, estuviera en luna nueva. Pero sin duda, catorce días después su aspecto se habría vuelto mucho más corpulento, y así como la luna real, al parecer, ejerce una influencia sobre el tiempo, también él ejercía, probablemente, una influencia sobre el carácter de los acontecimientos. En resumen, tenía fases, fases como las de la luna…

Maldiciendo la insensatez de estas reflexiones, Jessiersky hizo trizas la hoja de papel sobre la cual había efectuado sus cálculos; hizo sonar una campanilla y ordenó que se presentara inmediatamente ante él toda la servidumbre de su casa.

Para decirlo en pocas palabras: el interrogatorio, aunque tan ingeniosamente conducido, o por lo menos deseoso de ser ingeniosamente conducido, resultó totalmente vano; sobre todo, en verdad, porque al mismo tiempo que la servidumbre apareció Elisabeth Jessiersky y se dedicó a preguntar sin descanso qué quería decir toda esa alarma, cómo era posible que se hubieran oído pasos durante la noche, y si así había realmente ocurrido, quién, por el amor de Dios, podía haber sido el causante de los pasos, y así

sucesivamente; y los criados, habiendo perdido el poco orden de que podían disponer gracias a la indisciplinada conducta de Elisabeth Jessiersky, empezaron a contestar con el mismo desorden las preguntas de su ama. Lo más desordenado de todo radicaba en el hecho de que sus respuestas adquirieran repetidamente la forma de preguntas; en resumen, contestaban siempre «¿Qué se han creído de nosotros?» ¿Acaso habían dado algún motivo de sospechas, para que les echaran en cara que en el piso de la servidumbre hubieran instalado una nueva Sodoma y Gomorra, y cómo podían creer que después del trabajo agotador del día tuvieran tiempo todavía para pasarse la noche entera, o la mitad de la noche, vagando por los corredores y los cuartos? Desde el momento en que, como el mismo Jessiersky lo había dicho, el visitante había salido de la casa, era evidente que la culpa de esos disturbios nocturnos no debía recaer sobre ellos, sino sobre el desconocido. Por lo tanto, rogaban con toda la cortesía posible que no volvieran a herirlos con semejantes sospechas. Por supuesto, el hecho de que, a pesar de su excelente conducta, les echaran en cara semejantes acusaciones se debía a la circunstancia realmente deplorable de que el servicio doméstico no estuviera organizado y agremiado como los demás oficios. Por ejemplo, ya que de todos modos estaban decididos a traer a colación el tema, debían hacer notar que no tenían horas suficientes de reposo, u horas libres, y que les correspondían igualmente las tardes de los días libres de semana, y que no podían seguir callando esa injusticia… Así siguieron perorando durante un buen rato, y la cocinera, cuyo temperamento se encontraba francamente amargado por el calor constante de la cocina, declaró *ipso facto* que se retiraba de la casa.

Apenas empezó la servidumbre con sus reproches, Alexander Jessiersky decidió callar y se limitó a observarlos pensativamente. Una vez más, como en los tiempos del Tercer Reich, tenía la sensación casi desesperante de pertenecer a un grupo de personas, sumamente reducido, que no sospechaba ni vagamente lo que ocurría en las capas inferiores de la sociedad. Por ejemplo, la cocinera, que acababa de anunciar su partida, era en realidad una de esas cocineras de la nobleza, como se hacían llamar ellas mismas; pero esta circunstancia —así se lo imaginaba Jessiersky— no le habría impedido en lo más mínimo, en un momento determinado, atacar, con el mismo cuchillo con que degollaba las gallinas para la mesa de sus señores, a los mismos señores; y el hecho de que el criado, que todos los días lo ayudaba a vestirse, no lo hubiera matado todavía con el sacabotas, se debía exclusivamente a la circunstancia de que en ese caso se habría quedado sin trabajo y sin sueldo. La incomprensión que impregnaba todo el estrato social al cual pertenecía Jessiersky no sólo permeaba las capas inmediatamente inferiores, sino todas las capas de la sociedad, sin excepción. Porque sólo Dios era capaz de imaginarse qué papel simulaban representar no sólo las cocineras, las criadas y criados, sino también los generales, los magistrados y los industriales, y lo que en realidad pasaba por el fondo de sus mentes. Las capas inferiores rodeaban totalmente a las capas superiores; y de todas ellas podía en estos días surgir un magma social, un volcán de anarquía, un caos autoritario, que nos inundaría quizá hasta los últimos rincones de la existencia. Si eso ocurría algún día, no era de maravillarse; lo maravilloso era más bien que no hubiera ocurrido mucho tiempo atrás…

Después de algunos minutos, el desconsuelo volvió a apoderarse de Jessiersky; sin escuchar más, decidió echar a todos de la habitación, inclusive a su esposa. Evidentemente, no había conseguido nada con su intento. Al parecer, no existía nada en el mundo que, por importante que fuera en sí, lograra alejar a las gentes un instante de su constante preocupación con sus propias nimiedades; y ya que el interrogatorio, como en tantos otros casos, había terminado en el disparate, era completamente imposible que nada ni nadie retrotrajera a esas personas a la sensatez. Sí, Jessiersky podría considerarse todavía contento si el visitante nocturno, asustado por todo el escándalo que su visita había provocado, no se hubiera decidido, como un ciervo atemorizado, a no presentarse más en la casa. Porque durante semanas y meses enteros no se supo más nada de él, y Jessiersky, siempre al acecho, comenzó a desesperar de su regreso.

En verdad, se podía decir que mediante el alejamiento definitivo, o aparentemente definitivo, del desagradable huésped nocturno, había logrado por lo menos su objetivo. Pero en realidad no había sido su intención asustarlo y alejarlo, sino más bien saber en lo posible algo más sobre él. Es decir, con otras palabras, que él habría jurado sin lugar a dudas que el visitante había sido Luna; no obstante, no habría podido jurar que «realmente» había sido él.

Trató por lo menos de averiguar qué había estado haciendo Luna en la casa, suponiendo que se tratara en realidad de él; es decir, buscó minuciosamente alguna huella de su paso, y se tomó gran trabajo para encontrar algún efecto viviente de la presencia del visitante fantasmal; pero no consiguió absolutamente nada. Entonces se esforzó por descubrir lo que este fantasma (ya que no había hecho nada, quizá porque lo habían espantado antes de darle tiempo para realizar lo que se proponía) por lo menos habría podido hacer. Probablemente estaría decidido a lanzar un nuevo ataque contra la niñita, ya que el año anterior había fracasado su intento de envenenamiento. Pero hacía ya tiempo que la niña había mejorado y no daba

muestras de correr peligro de una recaída. Nada de eso; la familia entera gozaba de la mejor salud del mundo. Esto hubiera debido tranquilizar a Jessiersky. Pero éste se preguntaba a veces si, en ese sentido, la familia le importaba tanto. A él en realidad le importaba Luna, por lo menos le importaba mucho más que su familia…

Fue hacia fines de enero cuando Jessiersky oyó por primera vez los pasos; noche tras noche, hasta la segunda mitad de abril, esperó vanamente el regreso de Luna. No cerraba los ojos hasta el alba. Por lo tanto, solía dormir hasta las dos o las tres de la tarde; y por la oficina sólo aparecía, cuando aparecía, entre las cinco y las siete de la tarde. Que ahora sólo se quedara dos horas por día en la oficina, o que se pasara el día entero en ella, no era circunstancia que pudiera modificar en nada el funcionamiento de la empresa, tan firmemente plantada sobre sus bases por aquel tedioso abuelo que carecía por completo de fantasía que ni siquiera él, Jessiersky, con su mejor buena voluntad, conseguía arruinarla. En verdad, los directores se asombraban al ver que se interesaba tan poco por sus negocios; por su parte, en su casa, se asombraba su mujer, al comprobar que su marido se iba a la cama, o parecía irse, a las diez o las once de la noche, cuando más tarde, y sin embargo dormía luego hasta el mediodía siguiente. Pero a fin de cuentas, sus nuevas costumbres no causaban en general mayores perjuicios ni en el hogar ni en la empresa. De todos modos, había dos clases de financieros: los que estaban emparentados con condes, o por lo menos pretendían estarlo, y los que se pasaban la noche esperando que llegaran los condes a visitarlos. Los primeros, es decir, los financieros, no los condes, eran preferibles a los segundos.

Pero la empresa de Jessiersky no solamente marchaba bien porque el viejo Fries la hubiera encaminado con tanta pericia; también florecía a causa de la continua mejora de la situación en general. Porque era evidente que las tensiones entre los Estados que se dividían la influencia en el país contribuían a dar animación a los negocios. En realidad, de ese modo se ganaba más; quizá sin esas tensiones no se habría ganado absolutamente nada; y las dos mitades en que estaba dividido el mundo se hacían el mutuo favor de equilibrar las tensiones que se creaban entre ellas, y de dar aliento a todas las organizaciones ya existentes, con una buena voluntad cada vez más obvia, que casi parecía voluntaria y producida por un mutuo entendimiento. Porque si hubiera sido de otro modo, esas masas ya desde tanto tiempo antes desacostumbradas al trabajo, habrían terminado rápidamente con todo; en realidad, habría bastado solamente con que una de las dos mitades, no importa cuál, hubiera hecho cualquier cosa que pudiera provocar una distensión, para que la otra mitad se hubiera visto perdida. Pero ni siquiera por la ventaja que pudiera representarles, hacían lo más mínimo en ese sentido; y de ese modo el mundo se mantenía en equilibrio. Un mundo unificado se había desmoronado, pero el mundo ahora dividido era igualmente durable; es más, si no hubiera tenido lugar tantos años atrás dicha división por un error de cálculo, con un poco de cálculo se habría comprobado que era necesario crearla…

No obstante, Jessiersky no se interesaba en absoluto por este tipo de tensiones. Ya tenía que vivir él en suficiente tensión para pensar en otras. Su preocupación comenzaba a enloquecerlo, ya no sabía cómo soportarla, y para hacer algo que de algún modo pudiera provocar un cambio, por insensato que fuera, decidió efectuar una nueva visita a los Millemoth.

Pudo haber ido en su automóvil. Pero también esta vez prefirió ir a pie, como hacía cuando imperaba el Tercer Reich y su visita podía parecer sospechosa.

Frente a la puerta de su casa giró hacia la derecha, pasó frente al Burgtheater y atravesó el parque Municipal; porque los Millemoth vivían en la Josefstadt. Se sentía espiado, lo sentía con claridad; es decir, se sentía nuevamente espiado, como en otros tiempos. Pero ya no eran las instituciones del Tercer Reich las que se interesaban en él. Mucho más intensamente lo espiaba, de una manera mucho más incómoda, el mismo Luna en persona.

Era un viernes por la tarde, y en todas partes imperaba un movimiento casi frenético, extraordinariamente activo. Porque todos se apresuraban a terminar lo más pronto que podían con las últimas fatigosas obligaciones de su profesión, para poder irse esa misma noche a pasar el fin de semana en alguna parte, como lo habían esperado durante toda la semana. Después de esa agitación, cubría la ciudad un silencio absoluto, casi mortal; y ese silencio y esa quietud duraban hasta el lunes por la mañana, cuando se reiniciaban los preparativos para la siguiente semana de trabajo. No obstante, había ciertos fines de semana que, a causa de la gran cantidad de días de fiesta intercalados entre ellos, casi se superponían, o se superponían del todo y formaban una sola vacación. Había muchos festivos dobles, y en conjunción con los sábados y los domingos, puentes y acueductos; había las fiestas del santo patrón de la ciudad y del santo patrón de la nación, que por supuesto eran acatadas aun por las personas de ideas más avanzadas; había los

días del recuerdo a los caídos de las potencias ocupantes; el día de la República, y tantos otros. Gracias a todas estas fiestas, se formaban verdaderas y largas columnas de festivos uno después del otro. Por otra parte, si durante la semana había un solo festivo, pero éste caía en jueves, entonces se suprimía el viernes, porque, después de todo, el sábado habría que suspender nuevamente el trabajo y empezar el fin de semana, y entonces era más cómodo empezarlo el jueves; o si no, el día de fiesta era el martes, y entonces el fin de semana se prolongaba hasta el martes, pasando por alto el lunes, y el trabajo empezaba solamente el miércoles por la mañana. Lo malo era cuando la fiesta caía en miércoles. Porque entonces no se podía hacer nada para agregarla al fin de semana. Y también cuando caía en sábado o en domingo, porque entonces era un festivo perdido. Pero a veces los excursionistas de fin de semana volvían de sus recreos con la salud seriamente perjudicada a causa de resfriados, quemaduras considerables de sol o miembros dislocados, lo que los obligaba, por razones de enfermedad, a no trabajar tampoco durante la semana, y cuando por fin volvían al trabajo, no conseguían acostumbrarse a él sino con gran esfuerzo.

En consecuencia, si Jessiersky se hubiera interesado en sus negocios, casi habría enloquecido pensando en la cantidad de días inútiles que se pagaban a los trabajadores como si hubieran trabajado. Pero como su empresa no le importaba absolutamente nada, sino que dejaba todo en mano de los directores, era a éstos a quienes correspondía maldecir el presente estado de cosas, y no a él. Pero no lo maldecían, por supuesto. Porque también ellos, a pesar del resentimiento que les causaba ver que los trabajadores se tomaran tantos días de descanso, gozaban de esos días en que no tenían nada que hacer, salvo alejarse de la ciudad, igualmente, en los mismos trenes llenos de gente. En resumen, tanto Jessiersky, como los directores, como el personal de la empresa estaban todos perfectamente conformes con el presente estado de cosas, aunque por motivos totalmente diversos…

Sin embargo, Jessiersky no se podía considerar precisamente conforme en ese momento, sino muy nervioso, en medio del ir y venir que llenaba la Ringstrasse y sobre todo la Landesgerichtstrasse; y en verdad no era ni siquiera el ruido de los automóviles particulares y el traqueteo de los camiones lo que le perturbaba tanto los nervios, sino más bien la idea de que desde todos esos vehículos podían observarlo sin que él lo advirtiera, sin que pudiera decir qué ojos eran los que estaban fijos en su persona. Le parecían millares, esos ojos. Por otra parte, a causa de las incontables motocicletas, le parecía estar rodeado de una nube de insectos desagradables; y las personas que iban sobre ellas, evidentemente comerciantes, mecánicos y obreros manuales en absoluto inofensivos, se le antojaban espías disfrazados, que giraban constantemente alrededor de él y trataban de averiguar qué estaba haciendo.

Pero además tenía otro reproche que hacer a las motocicletas: el hecho de que su abundancia no se pudiera explicar solamente por el motivo que explica a todo vehículo, es decir, el de la locomoción y el transporte; sino que para explicarla había que recurrir a ese profundo resentimiento con que allí, en ese país que se consideraba a sí mismo el país socialista por excelencia, una parte de la población consideraba a la otra parte; un resentimiento permanente. Porque en realidad hace apenas quince años, o en el mejor de los casos dieciséis, que fue inventada la motocicleta; pero cualquiera que ahora entraba en posesión de uno de esos vehículos, es más, cualquiera que anhelaba simplemente su posesión, procedía exactamente como si durante los últimos mil años le hubieran prohibido viajar en ellos; de modo que ahora le correspondía recuperar esos mil años de prohibición y hacérsela pagar a aquellos que se la habían impuesto; y todos los motociclistas reunidos parecían dedicados a esa tarea de venganza. Con sus expresiones amargas, envueltos en sus abrigos, bufandas y trajes de mecánico, con sus mujeres o sus amigas detrás de sí, en las grupas del vehículo, y con botas de montar y guantes de cuero, como oficiales de un cuerpo de dragones o directamente con viseras transparentes delante de la cara como cruzados, se precipitaban por las calles y trataban ansiosamente de vengarse del milenio perdido. Pero no lo lograban…

Cuando Jessiersky llegó a casa de los Millemoth, llamó largo rato sin éxito; gracias al encargado de la casa, pudo finalmente saber que se habían ido de viaje.

—¿Adonde? —preguntó, aparentemente tranquilo, pero deseoso en su interior de arrancar las orejas al pillo de su interlocutor, ya que no podía hacerlo con los Millemoth, que se habían ido tan desconsideradamente.

El encargado contestó que a Altenburg, en Alemania, donde la señora Millemoth tomaba sus baños termales.

—¿Ah, sí? —dijo Jessiersky—. ¿Y qué tipo de baños? ¿Y por qué… por qué motivo, si se puede saber?

Pero el hombre le contestó que no podía decírselo con precisión; y por desgracia le parecía que el inquilino de los Millemoth, que habría podido proporcionarle alguna información en ese sentido, no estaba en casa.

—¿El señor Berdiczewer? —preguntó Jessiersky, tratando de recordar qué le habían contado los Millemoth de esa persona.

No; ése, gracias a Dios, se había ido de la casa, explicó el encargado, que en tiempos del Tercer Reich había sido hombre de confianza del Partido. Ahora vivía en casa de los Millemoth un alemán de los Sudetes, un tal Perwein, de quien sólo se podía decir elogios; y cuando ya empezaba con los elogios que se podían decir de él, se le ocurrió a Jessiersky que también los Millemoth, y sobre todo Luna, debían de parecerle a ese encargado por lo menos tan sospechosos como el mismo Berdiczewer.

Sacó del bolsillo un billete y se lo tendió al individuo.

—Pero el conde Luna —dijo—, ¿no sigue también viviendo en casa de los señores Millemoth?

—¡Ay! —dijo el encargado aceptando el billete—, el conde Luna. Por desgracia, ése hace ya tanto tiempo que…

Y con el billete todavía entre los dedos, hizo un ademán de compasión.

—Sin embargo, ¿no viene de vez en cuando a visitarlos? —preguntó Jessiersky observando atentamente la expresión del encargado.

—¿A visitarlos? —replicó con asombro el hombre—. Pero ¿cómo podría? ¿De dónde?

Jessiersky no contestó inmediatamente. Por fin dijo:

—¿Así es que, según usted dice, el señor y la señora Millemoth están en Altenburg, en Alemania?

—Así es —dijo el encargado—. En efecto.

Jessiersky lo observó todavía un momento, directamente a la cara, y luego le preguntó dónde podía llamar por teléfono.

Dos casas más allá había una cabina telefónica, dijo el encargado. Jessiersky lo saludó sin mayores ceremonias y se fue; el hombre lo siguió con la mirada, intranquilo.

Desde la cabina telefónica Jessiersky llamó a su casa y ordenó que le mandaran inmediatamente el automóvil.

El chófer, que diez minutos más tarde le trajo el coche, recibió la orden de volver a casa por su cuenta; Jessiersky se sentó al volante y se encaminó, solo, hacia Altenburg.

Tomó por Schwechat y Fischamend.

Apenas salió de Schwechat, empezó a extenderse alrededor de él, a la luz del sol poniente, la llanura, que a la izquierda se iba hundiendo hacia el Danubio en una serie interminable de franjas de pradera boscosa; y más allá de donde la vista alcanzaba, del otro lado del río, se perdía en los campos anegados; en cambio, a la derecha, los primeros bastiones de las montañas limitaban el paisaje; en el horizonte flotaban inmensas islas de nubes, de las cuales emergían, como iluminadas por relámpagos, torres enrojecidas por el sol.

Al llegar a Maria Ellend, un pueblo entre Fischamend y Petronell, cuando Jessiersky tomaba hacia la derecha una curva, que en ese momento recorría en dirección contraria un camión, por la izquierda, se le apareció repentinamente una motocicleta ante los ojos, con dos muchachos campesinos. El conductor de la motocicleta quería pasar al camión y, deslumbrado por la luz del sol poniente, se lanzaba directamente hacia el coche de Jessiersky. Éste se desvió lo más que pudo hacia la derecha y, por lo tanto, la motocicleta chocó en la parte de la rueda delantera izquierda; de todos modos saltó por los aires y cayó detrás del coche. El conductor de la motocicleta se estrelló contra el parabrisas del automóvil, y el que iba sentado detrás, sobre el techo. Casi inmediatamente el automóvil se detuvo, después de haberse desviado por una especie de alcantarilla plana, derribando una de las escuálidas acacias que crecían frente a las casas del pueblo.

Jessiersky se sacudió la escarcha de astillas de vidrio que lo cubría y descendió del coche. Corría hacia él un grupo de personas, y el camión que había pasado a su lado se detuvo también. Evidentemente, los dos motociclistas estaban gravemente heridos. Uno de ellos yacía de espaldas, como una rana muerta, y no daba señales de vida; el otro, con las manos sobre la cara, se retorcía en el suelo gritando de dolor. Jessiersky sangraba por las múltiples pequeñas heridas que le habían producido las astillas de vidrio en la cara, en el cuello y en las muñecas. El radiador de su coche se había hundido y probablemente también el chasis había sufrido daños. Solamente la motocicleta había quedado como si nada le hubiera ocurrido.

La gente que se había reunido echó inmediatamente la culpa del accidente a Jessiersky, aunque más bien (o quizá justamente por eso) la culpa correspondía al conductor de la motocicleta. Jessiersky se apresuró a llamar por teléfono a su abogado de Viena y le rogó que se dirigiera sin demora al lugar del accidente; y en efecto, el abogado apareció apenas tres cuartos de hora más tarde. En el ínterin había oscurecido. Se habían llevado a una de las casas a los motociclistas; Jessiersky era atendido mientras tanto

por el médico del municipio, que lo cubrió de esparadrapo y no dejó de recomendarle que otra vez tuviera un poco más de cuidado; los agentes de la comisaría seguían dando vueltas por el lugar del accidente, a la luz de los faros del coche de Jessiersky, del suyo propio y de algunas linternas eléctricas. Más tarde redactaron en limpio el informe policial, en la hostería del pueblo, y apareció una ambulancia que se llevó a los motociclistas al hospital.

Jessiersky trató de hacer andar al coche, pero éste hacía un ruido como de molinillo de café, porque además de todos los desperfectos visibles, resultó que también se había torcido el eje de la rueda izquierda; entonces decidió dejarlo en el pueblo. Regresó a Viena con el abogado y se quedó todavía una hora conversando con él sobre el asunto; estaba muy preocupado, ya que tanto la comisaría como los habitantes del pueblo se habían puesto, en sus declaraciones, de parte de los motociclistas.

—¿Y eso le llama la atención? —le preguntó el abogado—. A mí me habría parecido raro, en cambio, que se hubieran puesto de su parte.

—Ahora lo único que falta —dijo Jessiersky— es que también se pongan contra mí los jueces.

Mientras tanto, había olvidado casi completamente el propósito de su viaje, causante de tanta desgracia; es decir, la visita a los Millemoth. Tampoco pensaba ya en las visitas nocturnas del desconocido al palacio Strattmann, ni en la circunstancia de que dicho desconocido pudiera ser el mismo Luna, y probablemente lo fuera. En nada de esto volvió a pensar.

Cuando llegó a su casa era ya medianoche y el palacio se encontraba totalmente a oscuras. Cerró la puerta de la calle con llave y se dirigió sin demora a su cuarto de vestir, donde se contempló en el espejo. A pesar de su amargura, no pudo por menos de reírse, porque tenía la cara cubierta de trocitos de esparadrapo; parecía que lo hubieran salpicado con barro blanco; su cara en el espejo le pareció la cara de un loco.

Encendió un cigarrillo, echó el humo hacia el espejo y se consoló un poco pensando que por lo menos había hecho pagar a una motocicleta el fastidio que le producían todas las motocicletas; y recordó la historia de ese automovilista que, después de haber chocado por casualidad con una Vespa, se llevó por delante en un corto intervalo de tiempo cinco Vespas más, adrede, antes de que lo llevaran preso. Pero al mismo tiempo reflexionó que el choque podía resultarle sumamente caro, especialmente si alguno de los dos muchachos moría. Porque entonces esa persona, por muerta que estuviera, se alzaría de la tumba contra él, así como Luna, a quien todos creían muerto, se había levantado y…

En ese instante volvió a oír los pasos.

Pero esta vez no los oía dos pisos más arriba, sino en el piso inmediatamente superior; es decir, no como lo había oído en la biblioteca, sino mucho más cerca. Durante tantos meses no había oído nada, pero ahora los oía nuevamente; y una vez más provenían del fondo de la casa, pasaban por encima de su cabeza y se dirigían hacia la escalera. Y también tintineaban las arañas cuando los pasos llegaban a ellas, con más fuerza que la otra vez. Porque en ese piso, en el segundo, no había arañas de cristal como en el primero, sino de metal, tanto en el cuarto de vestir de Jessiersky como en el dormitorio contiguo, y ya no era un tintineo de cristales, sino una vibración metálica, como si en el piso de arriba, realmente, se paseara un hombre con una armadura. Pero por supuesto que era un hombre de armadura el que se paseaba, y si vestía armadura, sólo podía ser Luna, nadie más. Porque si no era él, ¿quién se hubiera puesto una armadura en su casa? ¿Uno de los visitantes de las criadas, o de la que se hacía llamar aprendiza de cocina? Sin embargo, Luna era después de todo pariente de los cobardes Millemoth; pero a pesar de ello se atrevía a presentarse de ese modo, porque también era descendiente de aquel conde de Gormaz y de la infanta portuguesa, era caballero de la Orden de Malta, y como en el palacio podía encontrar resistencia, llevaba puesta la armadura completa, como siempre la habían llevado los de la Orden, por ejemplo cuando se apoderaron de Valencia, o cuando perdieron la isla de Rodas, bajo el mando del Gran Maestre Villiers de l'Isle Adam. Un ruido de oro hacían las espuelas del caballero armado y un resplandor lactescente, como de luz de luna, flotaba en torno suyo.

Sin darse cuenta de la insensatez de estos pensamientos, Jessiersky se precipitó como un demente en busca de un arma, algún objeto que le sirviera para ese fin, alguna cosa pesada con la cual pudiera atacar a Luna y derrotarlo. Pero ya no había ningún arma en toda la casa, se las habían llevado todas cuando la ocupación de la ciudad, porque los aliados habían expresado el comprensible deseo de hacer todo lo que deseaban sin correr mayores peligros; y mientras los pasos se alejaban hacia las escaleras, Jessiersky no encontró nada mejor, como arma, que un par de tijeras de las que siempre había sobre el tocador del cuarto de vestir. Por supuesto, eligió las más grandes; había una media docena, y la que tomó medía casi un palmo de largo; pero como arma, sobre todo para ser utilizada contra un caballero armado de pies a cabeza,

resultaba en verdad ridículamente inadecuada. ¿Era posible que Jessiersky hubiera acechado la llegada de Luna durante meses para que, cuando por fin llegaba, ahora no tuviera arma mejor para defenderse que un par de tijeras? Atravesó corriendo los dos salones, y estaba ya por abrir la puerta que daba a la escalera, cuando tuvo la prudencia de reflexionar que lo más insensato de todo sería un encuentro, quizá fatal, con un contrincante tan peligroso en el interior de la casa. Aunque el corazón le latía de tal modo que le parecía tenerlo en la garganta, consiguió contenerse y esperar detrás de la puerta hasta que los pasos de Luna —esos pasos de eco metálico, como él creía— bajaran por la escalera y llegaran a la puerta de abajo. Después de un momento, con un leve rumor como de piezas de armadura cuyos bordes se frotaban entre sí al andar, bajaron suavemente los pasos; finalmente se decidió Jessiersky a abrir la puerta. Luna había descendido en la oscuridad; tampoco él encendió la luz. Lo siguió en medio de las tinieblas, apretando convulsivamente en la mano las tijeras; oyó abrirse la puerta vidriada que separaba la escalera de la puerta de la calle. Luego oyó que Luna abría la puerta de la calle, salía y volvía a cerrar con llave la puerta, a diferencia de la última vez, en que la había dejado abierta, seguramente por la prisa que llevaba. En cambio esta vez ni siquiera había sospechado que alguien lo seguía. También Jessiersky llegó cautelosamente al pie de la escalera y atravesó el vestíbulo; cuando hubo igualmente abierto la puerta cerrada con llave y emergido a la penumbra de la calle, tuvo tiempo de ver a Luna que desaparecía, del lado del Burgtheater, como una sombra en la esquina de la Bankgasse.

Mientras se disponía a seguirlo, pensó que era verdaderamente un loco si pensaba perseguir a un enemigo mortal con un arma tan absurda como una tijera de uñas. Pero se encontraba en un estado tal que se habría arrojado sobre él sin más arma que sus manos. Mientras tanto, Luna desaparecía detrás del Burgktheater, dejaba a su derecha la Schenkenstrasse y entraba en la Teinfaltstrasse; y sus pasos, aunque al aire libre ya no resonaban ni a metal ni a vidrio, repercutían de todos modos en el silencio de la noche. También se podía ver a la luz de los faroles, claramente, que no llevaba ninguna armadura puesta; había sido realmente ridículo creer que llevaba armadura y casco de acero. Jessiersky lo seguía a una distancia de veinte o treinta metros, preguntándose cómo haría para acercársele sin ser advertido. Porque su gran oportunidad consistía justamente en que la calle, de día tan animada, se encontraba ahora desierta por completo…

De pronto Luna, para desgracia suya, se detuvo y encendió un cigarrillo; como un relámpago, Jessiersky se acercó corriendo y se arrojó sobre él. Luna, cogido absolutamente por sorpresa, se precipitó hacia delante, de cara, y Jessiersky le hundió en la nuca las tijeras que apretaba en la mano, ciego de ira y de odio, una y otra vez. El atacado trató de lanzar un grito, un ruido ahogado que resonó leve pero atrozmente; hasta consiguió erguirse un instante y apartarse, por así decir, de Jessiersky. Pero inmediatamente volvió a caer al suelo, giró sobre sí mismo y quedó por fin inmóvil.

Jessiersky, que se había refugiado junto al muro de una casa, miró hacia los dos extremos de la calle, pero no vio ninguna señal de vida en ella; ni hubiera podido tampoco advertirla, porque su corazón latía tan desordenadamente, no sólo por la agitación que lo enloquecía, sino también, como cuando el viento se levanta sobre el mar, por una especie de inesperada compasión ante el lamentable final de ese individuo. Porque así había terminado la vida de Luna, esa vida sin alegrías, tristemente venida a menos, con sus años de terror en el campamento de concentración y luego los años pasados en la oscuridad y el anonimato; con un vano esfuerzo por respirar, ahogado en su propia sangre.

Pero por fin Jessiersky se atrevió a acercarse al caído.

Luna yacía en el suelo con la cabeza en medio de un charco, del cual se había desprendido un único y largo hilo de sangre, a través de toda la acera, llegando hasta el bordillo y la calzada; parecía que un perro hubiera orinado junto a la cabeza del hombre.

Pero al acercarse Jessiersky al cadáver, que estaba boca abajo, y volverlo para mirarle por fin la cara, esa cara picada de viruela, un poco hundida en el medio, que tantas veces había imaginado en sus ensueños, comprobó que ese hombre que acababa de asesinar, creyendo asesinar a Luna, no era en absoluto Luna. Era un cierto barón Spinette, a quien él apenas conocía superficialmente, un primo lejano de Elisabeth Jessiersky.

VII

Se quedó inmóvil con la cabeza del muerto, que había levantado un poco del suelo, en las manos. Estaba todavía caliente; le resultaba curiosamente repugnante tener así en las manos la cabeza de un hombre, sin vida y sin embargo caliente todavía, como uno tiene la cabeza de un niño o de una mujer. Después de algunos instantes la dejó caer otra vez al suelo, se levantó, miró en torno y escuchó. Como siempre, la calle seguía en silencio. Sólo se oía el rumor lejano del centro, que ni siquiera en las horas de la madrugada se acallaba por completo; y la luz del farol que, colgado en medio de la calle, oscilaba un poco al viento de la noche, se movía rítmicamente sobre el asfalto, como si arriba, junto al farol, volaran unos pájaros fantasmales.

Jessiersky desanduvo el camino que había recorrido tras de su víctima; mientras tanto se envolvía la mano derecha con el pañuelo. Cuando llegó a su casa, encontró la puerta entreabierta, como la había dejado. Empujó una hoja con la mano envuelta en el pañuelo, hizo girar la llave, que todavía seguía en la cerradura del lado de adentro, y subió con rapidez la escalera. Una vez en el cuarto de baño se lavó las manos, pasó al cuarto de vestir, se sacó todo lo que tenía en los bolsillos, se quitó el traje y la ropa interior, hizo un rollo con la vestimenta, incluyendo el pañuelo y las tijeras, envolvió el paquete en un diario y lo ató con unos cordones que encontró, después de una breve búsqueda, en uno de los cajones. Luego regresó al cuarto de baño, se lavó todo el cuerpo, con mucho cuidado, se puso ropa interior limpia y otro traje, y con el paquete bajo el brazo salió de la casa. No se podía saber, desde esa distancia, si el agente de policía de guardia frente al edificio de la embajada húngara había observado esta salida, así como era imposible saber si había observado su salida y su regreso minutos antes. De todos modos, Jessiersky se dirigió hacia la derecha, hacia el Ring, y del otro lado del Ring se encaminó a la Schottentor. Allí tomó un coche de plaza, cuyo conductor no se fijó apenas en el paquete que Jessiersky llevaba bajo el brazo, esencialmente asombrado por los trozos de esparadrapo que le cubrían la cara. Jessiersky ordenó que lo condujera al malecón, donde desemboca la Rotenturmstrasse, bajó del taxi, se dirigió al puente con el paquete en la mano, caminó hasta la mitad, y en un instante en que creyó que nadie lo observaba, arrojó el bulto al agua. Luego volvió a su casa a pie.

Todo esto lo hizo sin dedicar el más mínimo pensamiento a nada que no fuera la ejecución más exacta y adecuada posible de los actos inmediatamente necesarios a su salvación; y sólo cuando hubo desprendido por completo de su persona toda huella de su crimen, cuando creyó haberse deshecho de todo objeto que pudiera delatarlo, mientras volvía del río, comenzó a reflexionar en la monstruosidad de su error. ¿Había sido, después de todo, un error? Sí y no. Porque era evidente que su mujer lo traicionaba, que recibía a su primo, no en su dormitorio, donde Jessiersky habría podido descubrirlo, sino en alguno de los cuartos de huéspedes del piso de arriba; pero Jessiersky se preguntaba de todos modos si ese hecho en sí bastaba para justificar el asesinato de Spinette. Difícilmente. Porque esas cosas se justificaban en otra época, de la cual él había oído apenas hablar cuando era niño; en esos tiempos, en efecto, cada tantas semanas, algún oficial mataba con su sable a uno de sus rivales, escondido en un ropero o quizá detrás de la estufa del dormitorio; de eso se hablaba sobre todo en el instituto de equitación de la Ungargasse, adonde llegaban los oficiales por la mañana con alguna manchita de sangre todavía, que proclamaba el duelo que acababan de sostener; pero hoy en día esas cosas ya no estaban de moda. Uno se reducía a echar a la mujer de la casa, nada más, o ni siquiera se la echaba, y se dejaba que las cosas siguieran como estaban. Además, Jessiersky reconocía que, aunque en otros años su proceder había sido totalmente distinto, durante los últimos tiempos había dejado muy de lado a su mujer, en una forma realmente reprochable; en resumen, para ser justo consigo mismo, debía admitir que había matado a Spinette solamente porque lo había creído Luna. De otro modo, las cosas habrían sido muy distintas. Pero ya no se podía deshacer lo deshecho, y de todos modos para

mucha gente lo que había hecho era justamente lo que debía hacer. Porque si bien era posible que otras personas, por ejemplo los verdaderos dueños de empresas de transportes, especialmente si además de eso se llamaban Fríes, echaran a sus mujeres de casa cuando descubrían que los traicionaban, o que hasta en ciertos casos, como ya se ha dicho, ni siquiera las echaran, él, en cambio, Jessiersky, que no era un verdadero dueño de una empresa de transportes, en absoluto, no habría pensado en echar de la casa a su mujer, sino más bien en matar a su amante, y como según él pensaba lo había matado con todo derecho, no sentía el más mínimo remordimiento por su asesinato.

Porque muy probablemente ese Spinette ni siquiera había sido el único amante de Elisabeth Jessiersky. Por ejemplo, aquél cuyos pasos se habían oído el invierno pasado no tenía por qué ser el mismo Spinette, podía haber sido otro, totalmente distinto; y quizá, además de estos dos, el del invierno y el de ahora, hubiera todavía algún tercero, algún cuarto amante de Elisabeth Jessiersky; es decir, fueran cuantos fueran, ahora por lo menos había uno menos; y eso tal vez podía inducirla, de ahora en adelante, a mostrarse un poco menos ardiente en sus amores.

Pero ¿no habría sido Luna el que había incitado realmente a Jessiersky al asesinato, considerando que al hacerlo no se arriesgaba en nada ni corría al parecer ningún peligro? Evidentemente; porque no podía haber sido su intención colocarlo sencillamente en posición de descubrir que su mujer tenía un amante. Más bien los había colocado, a él y a todos, en una situación tan incómoda que en adelante Jessiersky tendría que proceder con un cuidado infinito si no quería que se lo llevaran los diablos.

En efecto, ni le pasó por la mente la idea de que en todo este asunto Luna no tuviera nada que ver; que lo ocurrido pudiera tener otros motivos, o que se debiera simplemente a la casualidad. Porque la relación entre Luna y Spinette saltaba a los ojos; ¿por qué, sino por culpa suya, había permitido Jessiersky, presa del temor que Luna le inspiraba, y del deseo de liberarse de él, que su mujer se sintiera desatendida y, en consecuencia, buscara amantes para satisfacerse? Le había salido mal a Luna el intento de dañar a Jessiersky provocando la enfermedad o la muerte de sus hijos, uno tras otro. Apenas le fracasaba el intento de envenenar a la penúltima de las niñas, se daba por vencido y decidía atacarlo más directamente, por intermedio de Elisabeth Jessiersky. Porque el hecho de que a una persona como Luna, que por así decir había regresado del reino de los muertos, un demente casi fantasmal, solamente poseído por el deseo de venganza, un criminal que en cierto modo había perdido toda conciencia, que ni comprendía ni quería comprender que Jessiersky no había participado en nada en su perdición… el hecho de que a una persona de ese tipo le fuera posible crear vínculos que ya no tenían nada que ver con la razón y que, por lo tanto, podían tener consecuencias mucho más eficaces y más terribles que cualquier proyecto de la razón, ese hecho Jessiersky no lo ponía en duda en ningún instante.

Cuando llegó a su casa, ya amanecía. El agente de policía, que seguía de guardia frente al edificio de la embajada húngara, no dio la menor señal de advertir su presencia. Por otra parte, era probable que en el ínterin el agente de antes hubiera sido relevado. Por tercera vez esa noche, Jessiersky abrió la puerta de su casa, subió las escaleras, se dirigió a su dormitorio y se acostó en la cama. Pero no conseguía dormirse. Como si el crepúsculo matutino hubiera entrado con él en la casa, y con él hubiera subido las escaleras, flotaba ahora una especie de luz gris, casi un velo, sobre todos los muebles y objetos de la habitación; aclaraba cada vez más y más, y en lugar de disiparse con esa luz las imágenes que ocupaban su espíritu, éstas se volvían cada vez más claras, como si la luz incidiera sobre imágenes reales. Constantemente le parecía ver, hasta le parecía sentir físicamente, el cuerpo de Spinette que se erguía bajo su abrazo, que se desprendía violentamente de él; constantemente sentía en sus oídos el gritito lamentable y ahogado del desdichado, que poco a poco se extendía por el espacio y resonaba cada vez más fuerte, como una campanilla eléctrica cuando se atranca el botón en su orificio.

Ya era pleno día, pero no conseguía dormirse; oía las campanas de la iglesia de los franciscanos y de la iglesia de San Miguel; empezaban a resonar por la casa los ruidos matinales y los rumores lejanos de la calle; pasaban las horas, pero Jessiersky no se levantaba, y también esta vez, aunque no tuviera ningún sentido quedarse en la cama sin dormir, permaneció allí tendido hasta las tres de la tarde. Por fin se levantó, se dirigió a su oficina, completamente vacía como siempre ocurría los sábados por la tarde, y se dispuso a leer los diarios de mediodía. Éstos no traían la más mínima noticia sobre el choque de Jessiersky con los dos motociclistas en María Ellend, pero en cambio en todos ellos se hablaba de la muerte de Spinette. Se lo consideraba un crimen con motivos de robo, ejecutado por una persona de instintos bestiales. Porque el muerto presentaba nada menos que veintiuna «heridas efectuadas al parecer con un cuchillo de bolsillo, de punta roma», en el cuello, en la nuca y en la espalda; y en los bolsillos, aparte de un poco de dinero, no habían hallado ningún objeto de valor. Jessiersky rió. Naturalmente que no hallarían nada de valor en los bolsillos de Spinette. Hacía ya mucho tiempo que no entraba nada de valor en los

bolsillos de esa persona. Desde que había perdido la dote de su mujer, Hradek y Sossnowetz, odiaba a todas las personas de la nobleza que igualmente habían perdido sus posesiones. No lamentaba la pérdida de esas propiedades por codicia, ya que era demasiado mal comerciante para conocer la codicia; pero le parecía absurdo que esas personas venidas a menos siguieran usando sus títulos cuando ni siquiera poseían el dinero suficiente para pagarse un viaje en tranvía.

Por la noche, durante la cena, Elisabeth Jessiersky seguía tan trastornada que apenas consiguió formular un mínimo comentario cuando vio la cara de su marido cubierta de esparadrapo. No obstante, hizo todo lo que pudo para dominarse y comportarse como siempre; como la observaba con interés, su marido tuvo ocasión de verla por primera vez, tal como era, después de tantos meses de olvido. Tenía ahora treinta y cinco años, pero a pesar de todos los hijos que había dado a luz representaba aproximadamente unos veinticinco, en el peor de los casos treinta. En verdad, pensó Jessiersky, era sumamente encantadora, ya que en vez de parecer lo que era en realidad, parecía todavía una colegiala. «¿Y creerá después de todo que la muerte de su primo se debió realmente a un asalto con fines de robo? Sin embargo, aunque erróneamente, debería haber adivinado la verdad, al ver las cicatrices que tengo en la cara; debería sospechar que hubo alguna especie de lucha entre su primo y yo. Porque si no, no sería posible que estuviera tan trastornada, ni tampoco que hiciera tanto esfuerzo por dominarse, ¿para qué, después de todo? Más importante sería que se decidiera a mencionar ella misma la muerte de esa persona, en vez de estarse así callada, como si no hubiera pasado nada.»

—Me he enterado con gran pena —dijo Jessiersky— de que tu primo, en la calle… Realmente, es extraordinario que haya ocurrido aquí, tan cerca de casa.

—Sí —balbuceó la mujer, mirándolo con ojos de oveja espantada, también a ella le parecía extraordinario que hubiera ocurrido justamente allí…

«Qué irá a decirme ahora», pensó Jessiersky, «qué otra cosa podría decir. Quizá hasta crea que tengo la intención de lanzarme sobre ella y estrangularla. En realidad, tan sensatas creen ser las personas, pero cuando se trata de lo que ellos llaman sus pasiones, inmediatamente se vuelven tan insensatas…».

Siguió leyendo con atención en los diarios todo lo que se decía sobre el asesinato de Spinette, y después de unos días tuvo la certeza de que la investigación no adelantaba en ningún sentido, y de que no descubrirían nunca quién lo había asesinado en realidad. La policía, en efecto, siempre sospechaba de las mismas personas, y no de otras; es decir, de esas personas que ya una vez o varias veces se habían hecho apresar por la policía, porque el crimen se había vuelto para ellas una costumbre, una mala costumbre, y ahora lo cometían sin mayores motivos, como algo cotidiano. Hacía ya mucho tiempo que sus diversas fotografías figuraban catalogadas en libros especiales, como en esos álbumes de fotografías familiares que se veían sobre las mesitas de los salones a fines de siglo; la policía no tenía más que abrir el libro y buscarlos allí. Porque después de todo, los policías también eran hombres, es decir, empleados del Gobierno, y como todos los empleados del Gobierno, querían ante todo vivir tranquilos y no tomarse demasiado trabajo. En cambio, aquellos que sabían evitar que sus fotografías figuraran en dichos libros, si bien no podían por eso dedicarse a hacer inmediatamente todo lo que se les ocurría, sí podían hacer una buena parte de lo que les parecía correcto y razonable…

De todos modos, Jessiersky asistió con su mujer al entierro de Spinette, como para rendirle un último homenaje, aunque esa persona había mantenido relaciones ilícitas con su mujer y aunque él lo había asesinado por culpa de esas relaciones; y después del entierro se apareció en su casa, no la policía, que no fue nunca, sino la misma madre del difunto, que vivía míseramente con su hijo de la pensión de su marido, un empleado del Gobierno igualmente difunto. La señora venía a solicitar al rico Jessiersky si por lo menos podía pagar el entierro del desdichado. Alexander Jessiersky sintió deseos de decirle que ahora que su hijo se había ido de este mundo, ella tendría menos gastos y podía arreglarse mejor con la pensión. Pero no llegó a expresarlo; contempló con cierto desagrado a esa baronesa que después de todo, por una vía indirecta tan afligente para ella, había mejorado un poco su situación económica, y pagó como le requería el entierro.

—Este triste incidente —dijo a su mujer— no sólo te ha deshecho los nervios, sino que además, como puedo comprobar, me ha hecho un efecto desastroso a mí también. Por lo tanto, te propongo que este año nos vayamos antes de lo acostumbrado a Zinkeneck. Puedes retirar a los niños del colegio, o si es por mí puedes dejarlos aquí con la institutriz; pero te ruego que de cualquier modo prepares todo para que tú y yo nos vayamos de la ciudad dentro de unos días.

Elisabeth quiso protestar algo, pero se limitó a mover los labios, sin emitir ningún sonido. De todos modos, de nada le habría servido poner objeciones. Porque su marido había reflexionado claramente que le convenía irse al campo para poner un poco de orden en sus ideas.

En efecto, en la ciudad se sentía terriblemente indefenso ante las actividades de su desagradable perseguidor, que en cualquier momento podía disimularse sin dificultad entre la multitud. O para decirlo con otras palabras: en medio de esas masas impenetrables de personas, el individuo podía ocultarse de tal manera que resultara absolutamente imposible descubrirlo, y de pronto emerger de la multitud, dar un golpe contra Jessiersky y volver a ocultarse entre la gente, cuantas veces como quisiera. En cambio en el campo, la situación, especialmente en su propiedad de Zinkeneck, se invertiría. Porque allí, en las propias tierras de Jessiersky, que éste si bien no conocía en su absoluta totalidad por lo menos conocía en general, y que además estaban casi completamente despobladas, podría con facilidad descubrir de inmediato quién andaba, quién acechaba y quién trataba de acercársele. Por ejemplo, en la ciudad había sido posible que Elisabeth y Spinette mantuvieran relaciones durante meses, sin que nadie lo advirtiera. Pero en el campo una cosa así era inimaginable. Porque Spinette, ante todo, habría debido alojarse en el pueblo, o en el pueblo más vecino a éste, por lo menos una vez al principio, y de ese modo todo el valle habría sabido inmediatamente qué hacía y quién era; le habría sido imposible acercarse a la casa de noche sin que lo mordieran los perros; y si de algún modo hubieran arreglado encontrarse fuera de la casa, toda la región habría comentado el encuentro. Y lo que era cierto para Spinette, también era cierto para Luna, más cierto todavía; en efecto, Jessiersky no podía recordar haber encontrado alguna vez huellas de la presencia de Luna en Zinkeneck. Solamente había dado señales de vida en Viena. Por lo tanto, Jessiersky se encontraría en Zinkeneck, en medio de los suyos, prácticamente seguro; y si Luna decidía perseguirlo allí, se entregaba prácticamente en sus manos.

Dos días después, Elisabeth le declaró que el colegio se negaba a dejar partir a los niños tan pronto, que, por lo tanto, tendrían que quedarse con la gobernanta y que, en consecuencia, lo mejor sería que ellos dos también…

«¿Por qué, realmente, no querrá ahora venir conmigo al campo?», se preguntó Jessiersky. Y en voz alta contestó:

—¡Nada de eso, querida! Nos vamos inmediatamente, y tu prole, lo quieran o no los estúpidos directores del colegio, se viene con nosotros.

—Pero me habías dicho…

—Sí, pero en el ínterin he cambiado de idea. Por lo tanto, a hacer las maletas, y nos vamos en seguida.

VIII

ZINKENECK estaba situado en un lugar de los Altos Alpes, donde se unían cuatro valles, o más bien en la desembocadura de dos valles secundarios en uno principal; como formaban de ese modo una cruz, y por cada uno de los valles corría un arroyo de montaña, Jessiersky había decidido designar a estos arroyos con los nombres de los ríos del Edén, si bien en el Edén las que se encontraban contiguas eran las fuentes de los ríos, y aquí, las desembocaduras; y allí se trataba de cuatro ríos, y aquí, en realidad, de tres arroyos. Había decidido llamar al arroyo principal, desde el punto en que los otros dos desembocaban en él, aguas arriba, Gihón, y aguas abajo Pisón; el arroyito de la derecha, Éufrates, y el de la izquierda, Hiddekel. Pero a menudo también él confundía los nombres entre sí, y en general sus guardabosques, y no sólo por los nombres que había dado a los arroyos, sino también por muchos otros motivos, lo consideraban demente.

Zinkeneck en realidad no era el pueblo, sino más bien la primera parte de una montaña mucho más alta, que se alzaba entre el Hiddekel y el Gihón, y que se llamaba Hochzinken; el pueblo llevaba el nombre de la montaña. «Zinken» significa brillar; también es un instrumento de sonido claro y agudo; y también una nariz enrojecida se llama «Zinken». «Zinkeneck» quería decir, por lo tanto, el pueblo al pie de una montaña resplandeciente. Aparte de las casas del pueblo, se elevaba un antiguo pabellón de caza, de piedra, construido por Maximiliano I, que había sido llamado el Castillo; y este castillo, así como los predios de caza contiguos, habían sido comprados a comienzo de siglo por el viejo Fries, Dios sabía con qué intenciones, ya que la caza señorial no podía interesar mucho a ese hombre tan aburrido. Pero probablemente la compra, así como la del palacio Strattmann, había tenido el mero fin de dar más lustre a la empresa. De todos modos, el nieto no sólo aceptó encantado el palacio, sino también la finca, y cuando alguien le preguntaba cuánto tiempo hacía que estas posesiones se encontraban en la familia, respondía sarcásticamente:

—Desde hace tres generaciones.

Se llegaba al castillo por medio de un hermoso y antiguo puente de piedra, que cruzaba el Pisón a la salida del pueblo. Estaba situado en efecto en el ángulo fluvial que formaba el Pisón con el Hiddekel, o para decirlo con otras palabras, en la región del corazón de un crucificado imaginario suspendido de la cruz de los arroyos; de modo que el pueblo venía a quedar en la zona del hígado y, atravesando el Éufrates, llegaba casi hasta la zona de su pulmón derecho. En cambio en la región del pulmón izquierdo, en el ángulo comprendido entre el Gihón y el Hiddekel, y directamente al pie del Zinken, se extendía el parque del castillo, llamado por Jessiersky el Jardín del Edén, a pesar de que, o quizá justamente porque, al estar situado a considerable altura, no prosperaba como era de esperar, especialmente después de los tres veranos áridos que sucedieron a la guerra, y consistía esencialmente en un conjunto de ruinas desgarradas de árboles, entre las cuales se destacaba uno un poco más alto y especialmente roto y arruinado, que era el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Pero esta extraordinaria similitud con el estado de cosas en el Paraíso se había extendido también a la misma población del de la aldea, que —por lo menos ante los ojos de Jessiersky, obligado desde hacía ya varias décadas a mantenerse en contacto con ellos— se encontraba actualmente en un estado de ruina comparable al de la primera pareja de nuestros antepasados después de cometer el pecado original; y si hubiera estado en su poder echarlos de ese Paraíso, lo habría hecho inmediatamente. Pero hasta allí no llegaba su poder, ni alcanzaban sus medios de fortuna.

El castillo o pabellón de caza había sido construido en piedra, pero tenía los marcos de las puertas y ventanas de mármol labrado. Sobre la puerta de entrada se alzaba un escudo de Maximiliano, increíblemente grande en comparación con el tamaño del edificio; en dicho escudo el águila del Imperio amparaba con las amplias alas una gran cruz de la cual pendía el Salvador; y entre los brazos de la cruz se

encontraban los escudos de todas las tierras bajo el dominio del emperador. Y en torno de la cruz y de los escudos, se veía una cadena, de la cual colgaba el Toisón de Oro.

El mundo de la montaña era aquí poderoso, y el viento de las alturas castigaba constantemente los restos de foresta primitiva que todavía persistía en las laderas. A pesar de todo, era un lugar donde se podía vivir bastante agradablemente, por lo menos durante esos dos meses de verano. Pero al parecer Elisabeth Jessiersky no pensaba lo mismo. Porque después de cuatro semanas en este lugar, enfermó tan seriamente que el médico de Schreinbach (la aldea vecina, que era un poco más importante que Zinkeneck) la dio por perdida; y un profesor a quien Jessiersky hizo venir entonces de Graz manifestó ser de la misma opinión que el médico del pueblo. Porque según dijo, cuando se efectúan en una mujer ciertas intervenciones quirúrgicas prohibidas, se deben efectuar por lo menos de tal manera que no provoquen indefectiblemente una infección de la sangre.

Las infecciones de la sangre parecían ser especialidad de Luna. Con la niñita su intención le había fracasado. Pero no había fracasado en el caso de Elisabeth Jessiersky. Porque era inútil que Jessiersky se repitiera mil veces que la culpa de todo la tenía la partera, a quien Elisabeth había recurrido para la intervención, una partera del lugar, porque no había habido tiempo de hacer nada en Viena; la culpa verdadera la tenía Luna. Porque a fin de cuentas, de no haber existido Luna, el padre de esa criatura suprimida habría sido Jessiersky y no Spinette, lo que a su vez le había costado la vida a la madre, justamente porque la criatura era hija de Spinette y por lo tanto no debía venir al mundo. Por eso Elisabeth no quería irse de Viena; si no hubiera sido por culpa de Luna, Jessiersky no habría insistido en irse de la ciudad antes de tiempo. Sí, por él lo había hecho, a pesar de la oposición de Elisabeth, y ahora Elisabeth había muerto. Descendía a las tinieblas, detrás de su hijo nonato y del padre de éste; y mientras su mujer agonizaba, Jessiersky recordaba el primer año que había pasado con ella, cuando todavía era dueña de Hradek y de Sossnowetz, cuando todo era tan distinto; y si bien lo había traicionado, en realidad no era culpa de ella, o por lo menos no lo era totalmente. El culpable de todo era en realidad él, Jessiersky, o mejor dicho, como siempre, Luna y nadie más; por eso, al fin de cuentas, le inspiraba cierta compasión su esposa difunta, así como se la había inspirado el difunto Spinette.

Esto ocurrió a principios de agosto. Al entierro asistieron numerosos parientes de Elisabeth; como pertenecían a la nobleza, por lo menos a las capas inferiores de la nobleza, y habiéndose escapado de Checoslovaquia no tenían ya ni un céntimo, Jessiersky dirigió contra ellos toda su antipatía; y aunque entre ellos se encontraban el hermano y el padre de Elisabeth (su madre, la propietaria de los dominios de Sossnowetz y Hradek, que Elisabeth había heredado y traído como dote al casarse con Jessiersky, había muerto muchos años antes), trató de hablar con ellos lo menos posible. Más bien prefirió usar en toda su extensión el pretexto de la aflicción, dando a entender que el dolor le impedía pronunciar una palabra; sobre todo, mientras regresaba del entierro. No obstante, su jefe de guardabosques, que además desempeñaba el cargo de administrador de Zinkeneck, aprovechó la ocasión para dirigirle varias preguntas.

El guardabosque era una persona correcta y decente, pero como todas las personas correctas y decentes, justamente porque uno confía en ellas, tenía que hacerse cargo de todos los problemas que se presentaban en la propiedad, sin ayuda de su amo. Por otra parte, ni siquiera conseguía hablar con Jessiersky, ya que éste no le daba nunca ocasión para ello. Pero cuando se le presentaba una, como por ejemplo en ese momento, tampoco lograba que le contestara con claridad y decisión.

—Haga lo que le parezca más conveniente —decía Jessiersky, inmensamente aburrido, cada vez que se le presentaba una de estas situaciones.

Lo que sin embargo no le impedía, en las circunstancias más inesperadas, mandarlo llamar y echarle en cara que todo hubiera sido hecho de la manera más absurda imaginable.

Mientras Jessiersky iba así adelante, acompañado por el guardabosque, los parientes lo seguían, conversando con los niños y calculando cuánto tiempo podrían quedarse en Zinkeneck en calidad de huéspedes fúnebres, sin herir susceptibilidades; probablemente ésta fuera la última oportunidad en que podrían sacar alguna ventaja de su parentesco con la difunta. El guardabosque seguía preguntando a Jessiersky qué debía hacer. Esta vez le preocupaban especialmente ciertas cosas que ocurrían en los predios de caza contiguos.

—Basta —decía Jessiersky— con que se ocupe de nuestra propiedad.

Por supuesto, contestaba el guardabosque, eso era lo que hacía. Pero justamente por eso le preocupaban las cosas de al lado. La propiedad vecina pertenecía a un cierto barón Koller, el cual, como necesitaba urgentemente dinero, alquilaba tierras sin valor a los cazadores, tierras francamente desprovistas de toda caza.

—Si no se tratara de un barón que necesita dinero —opinó Jessiersky— diría que es todo un fraude.

En efecto, contestó el guardabosque, así era. Pero lo importante era esta consecuencia: que los cazadores que arrendaban los derechos de caza mayor, para no perder totalmente el dinero del arrendamiento, habían empezado a cazar en las tierras de Zinkeneck; y al parecer no se daban cuenta, o por lo menos hacían como si no se dieran cuenta.

—¡Qué atrevimiento! —dijo Jessiersky, a quien, en el fondo, le importaban tan poco sus gamos como los de Koller.

En realidad, dijo el guardabosque, las tierras de caza del mismo Koller, donde algo había, vivían desde mucho tiempo atrás, exclusivamente, de los animales que se pasaban de los predios de Zinkeneck…

—Y en ese sentido —dijo Jessiersky—, los animales hacen muy bien. Porque si no se pasan de aquel lado, aquí habría demasiados, y tendríamos que matarlos. La naturaleza sabe regular esas cosas; solamente entre los hombres no se pueden arreglar. Porque, por ejemplo, cuando uno tiene demasiados niños, no puede trasladarlos a otra estrella; y a causa de esa imposibilidad, tendremos que hacer frente muy pronto a las nuevas perspectivas de aniquilación.

El guardabosque, que, como todas las personas sencillas, estaba convencido de que el mundo no podía encontrarse en un estado tal de desorden como el que alegaban las personas más instruidas, no comprendió la observación de Jessiersky. Por lo tanto, se limitó a decir:

—Pero cuando los animales vuelven a pasarse de este lado, entonces los cazadores de Koller, con todos sus invitados, se vienen para aquí, detrás de ellos, alegando como disculpa que aquí en estas montañas es siempre muy difícil saber exactamente dónde se encuentran los límites de las propiedades.

—Sí —dijo Jessiersky, aburrido—, pero no podemos atar ni a los animales ni a los cazadores.

El guardabosque lo miró de reojo y luego le rogó que le diera plenos poderes para proceder con energía contra esos cazadores furtivos.

—Pero me hará el favor de no matar a ninguno de un tiro —dijo Jessiersky—. Es verdad que en la ciudad no pasa nada cuando uno mata a una persona, pero aquí en las montañas se desata un infierno.

El guardabosque le replicó que, por supuesto, no tenía intención de disparar contra nadie, por ahora. Pero que tanto él como sus ayudantes habían sentido muchas veces un deseo intenso de dar un susto a los cazadores de al lado. Especialmente a un cierto cazador bien determinado, que al parecer, como había llegado a sus oídos, y también a oídos de sus ayudantes, había cazado sin permiso nada menos que cuatro gamos, a pesar de todas las advertencias de que ya había pasado y más que pasado los límites; un cierto conde Luna, que a pesar de todas las advertencias, en el sentido de que ya se encontraba muy del otro lado de los límites…

—¡Cómo! —exclamó Jessiersky.

—… no había hecho caso —terminó diciendo el guardabosque. Jessiersky se había quedado inmóvil, repentinamente, y también el guardabosque se detuvo, halagado por el evidente interés de su amo; y detrás de ellos se detuvieron todos los huéspedes que volvían del entierro, y se quedaron mirando a los dos hombres de luto, que parecían tan agitados.

—¿Qué me dice usted? —exclamó Jessiersky—. ¿Cómo se llama ese hombre que…?

—Un cierto conde Luna, o por lo menos así lo llaman —contestó el guardabosque, que ahora se sentía un poco inseguro.

«Yo me vuelvo loco», pensó Jessiersky. «Así que ese sinvergüenza me ha seguido hasta aquí; se ha ido de Viena al mismo tiempo que yo. Me equivoqué al creer que no se atrevería a buscarme aquí. Pero cómo es posible que tenga tanto dinero como para pagar cuatro gamos.»

—¿Cómo es ese hombre? —siguió preguntándole al guardabosque—. ¿Lo ha visto usted alguna vez?

—Solamente con los prismáticos.

—¿Y? ¡Dígame! ¿Qué aspecto tiene, cómo es?

Por desgracia, dijo el guardabosque, parecía una persona muy distinguida. Con eso seguramente quería decir que era sumamente lamentable que una persona tan distinguida se metiera a cazar en campos ajenos, y justamente porque era una persona tan distinguida, constantemente acompañado por dos guardabosques.

—¿Por dos?

—Así es.

Jessiersky lo miró fijamente, y le preguntó:

—¿Y cómo es él, en fin? ¿Es delgado? ¿O es grueso?

—Más bien delgado.

—¿Tiene marcas de viruela en la cara?

—¿Qué marcas, por favor?

—Si está picado de viruela.

—Eso no sé —dijo el guardabosque. Como ya había dicho, siempre lo había observado a través de los prismáticos, y de muy lejos…

—¿Dónde vive? —quiso saber Jessiersky—. ¿En Schreinbach?

No, dijo el guardabosque, por desgracia no vivía allí. En efecto, él mismo había proyectado, en caso de que viviera en Schreinbach, ir a verlo personalmente para rogarle que no se propasara al vedado del vecino, porque también a él le podía suceder que recibiera una buena descarga de municiones en el trasero, como cualquier hijo de labrador sorprendido con las manos en la masa. Pero en Schreinbach le habían explicado que el señor conde no vivía allí; y además le había dicho uno de los cazadores de la propiedad de Koller, todos ellos unos sinvergüenzas ya que se permitían largas conversaciones con las mismas personas a cuyas tierras iban luego a buscar la caza prohibida, le había dicho a él, el guardabosque, en la misma posada de Schreinbach, donde el guardabosque, después de haber hecho su viaje inútil, se había detenido para beber una cerveza, le había dicho, respondiendo a sus preguntas, que el señor conde, en efecto, ni había pensado en vivir en Schreinbach. Era mucho más probable que inmediatamente después de su llegada se hubiera dirigido a la montaña, donde pasaba las noches a veces en una casa y a veces en el puesto; que mientras tanto no había bajado al valle ni una vez, ya que para cazar sus cuatro gamos necesitaría darse buena maña, porque todos sabían que por lo menos en el vedado de Koller no había ni uno, así había tenido la insolencia de decírselo en la cara el sinvergüenza.

Jessiersky escuchó este relato, o mejor dicho no lo escuchó; de todos modos se había quedado con la mirada fija en el vacío, y a continuación dejó plantados al guardabosque y a los del cortejo para volverse con paso rápido, casi corriendo, al castillo. Una vez allí, se encerró, sin aparecer para la cena que fue servida un poco después a los huéspedes; mientras tanto se le oía dar vueltas por su habitación y por el piso donde estaban los dos cofres en cuyo interior guardaba las armas; y en efecto, como se lo comunicó al criado que mandó llamar, con toda clase de maldiciones, estaba buscando allí un tipo muy especial de balas de plomo que servía para tirar al blanco sobre siluetas humanas de madera. Abrió violentamente las tapas de los cajones, pero no consiguió encontrar nada, y despidió allí mismo a dos de los criados, echándoles la culpa de la desaparición de las balas. Finalmente se precipitó hacia los cuartos de huéspedes y descubrió las balas muy bien guardadas en la cómoda del dormitorio de su suegro. El viejo Pilas no había participado en la cena general. Se había quedado en su habitación, lamentándose y observando con furor las andanzas de su yerno, que le parecían una demostración muy inadecuada para las circunstancias.

—¿Y piensas ir, justamente hoy, a tirar al blanco? —exclamó.

—Le ruego que se calle —le gritó Jessiersky, mientras metía los cartuchos en una mochila y mandaba al criado a la cocina, con la orden de prepararle esa misma noche lo suficiente para acampar algunos días al aire libre. Mientras tanto, los demás deudos habían terminado tristemente de comer. Cuando subieron, desde el pasillo del piso superior, oyeron por la puerta abierta del cuarto del viejo Pilas el escándalo que hacía Jessiersky. Le preguntaron entonces, inquietos, si realmente quería que se fueran de la casa, o si les permitiría quedarse todavía un tiempo en su ausencia.

—¡Oh, por mí quédense, o váyanse todos al diablo! —contestó Jessiersky.

Y bajó corriendo la escalera, con la mochila en la mano; al día siguiente, apenas amaneció, desapareció de la casa.

Que hubiera demostrado alguna vez un interés especial por la caza era algo que no se podía decir de Jessiersky, ni con la mejor voluntad del mundo. La odiaba, odiaba salir de casa a horas ridiculas de la madrugada, a cazar aves con la linterna o, si se trataba de cazar el gamo, a hacerse castigar durante horas las rodillas por las altas hierbas húmedas, rodillas que ya por su cuenta se hielan de frío sin necesidad de insistir en mojárselas. Odiaba las camisas mojadas de sudor y las mochilas pesadas en la espalda, los capotes de caza húmedos y malolientes, y los incómodos botines con clavos; y se imaginaba situaciones mejores que la de resbalarse por los senderos helados del bosque o directamente dislocarse los tobillos con una caída. En resumen, la caza no era para él, pero dejaba que sus guardabosques o sus huéspedes ocasionales se ocuparan de sus vedados. Pero también estos huéspedes, que manifestaban su agradecimiento fastidiándolo durante las comidas con sus conversaciones superficiales, le causaban cierta repugnancia, y cada vez invitaba menos gente al castillo con esos fines. La consecuencia de todo esto era que los vedados contiguos vivían casi exclusivamente de las piezas que en sus tierras se multiplicaban constantemente y en verdaderas manadas cruzaban los límites de la propiedad.

En cambio era su especialidad efectuar largos paseos por el valle y recorrer las alturas con sus poderosos prismáticos, siguiendo las actividades y movimientos de los animales salvajes. Porque así como hay

personas tan expertas en leer mapas que aun en cartas topográficas de gran escala pueden descubrir mucho más de lo que descubre el común de los mortales, así sabía él leer, con la ayuda de los anteojos, en verdad no siempre por interés, sino en la mayoría de los casos por puro aburrimiento, gran parte de lo que sucedía en las cumbres, y observaba muchísimas cosas que para un observador menos práctico habrían pasado inadvertidas. De este modo desconcertaba sobremanera a sus guardabosques hasta el punto de que éstos sospechaban que no se quedaba todo el tiempo en el valle, y que a escondidas de ellos efectuaba frecuentes visitas a las alturas.

Pero esta vez la visita era una realidad; en efecto, poco antes del alba, cuando todavía era de noche, se hizo preparar un coche de dos caballos, que lo llevaría aguas arriba del Gihón, hasta donde pudieran llegar los caballos. Esta circunstancia provocó una nueva conversación con el jefe de guardabosques, que había oído hablar de las intenciones de Jessiersky, y que se apareció con su *robe de chambre* y su olor a sudor viejo, permitiéndose preguntarle adónde quería ir, realmente. Allá, le contestó Jessiersky, apretándose la nariz con los dedos; esos caballeros que se meten en mis tierras para cazar me obligan a tomar alguna medida. Entonces el guardabosque, preocupado, le preguntó si no sería mejor dejar que se ocuparan de eso él y sus ayudantes, siempre que les diera permiso para disparar sobre los intrusos… No, contestó Jessiersky, no quería y, por otra parte, prefería no dejar nunca hacer a nadie lo que podía hacer mejor él. Porque cuando uno hace hacer algo a los demás, se sabe muy bien lo que pasa. El guardabosque no era suficientemente astuto para reflexionar que mejor hubiera sido no decir nada a Jessiersky de lo que ocurría allá arriba. Porque si no se lo hubiera dicho él, no se habría enterado nunca. Bastante ofendido, le preguntó si no quería que lo acompañara alguno de sus ayudantes. Tampoco quería nada de eso, le contestó Jessiersky. Más bien le rogaba que en adelante lo dejara en paz y que no lo siguiera de ningún modo. Sobre todo insistió con énfasis en que no debían, ni él ni sus ayudantes, seguirlo a escondidas, y agregó que, en vez de estar allí hablando sin ton ni son, lo mejor que podía hacer era atar bien los perros, para que tampoco ellos lo siguieran.

Con estas palabras, tomó la mira de largo alcance y se subió al coche, donde ya lo esperaban el fusil, la mochila y su abrigo impermeable. Le colocaron una manta sobre las rodillas, los caballos partieron y en un remolino de crines y colas blancas desaparecieron del campo visual del dolido guardabosque.

IX

El Gihón era en realidad el Schreinbach, y en su carácter de Pisón había dado nombre a la aldea, mayor que Zinkeneck, que se encontraba aguas abajo. Jessiersky ascendió valle arriba hasta donde el camino ya no se distinguía casi del lecho del arroyo, junto al cual corría antes; los caballos, a pesar de su vigor, no podían seguir arrastrando el coche. Entonces se bajó, tomó su mochila y se la colocó en la espalda, se hizo dar el capote por el cochero, tomó el arma, le sacó inmediatamente el seguro, para mayor tranquilidad, y se lo metió en el bolsillo. Luego dirigió una última mirada al coche y a los caballos, que estaban bañados de sudor, y saludando al cochero tomó su bastón de montaña y empezó a subir por las laderas del Zinken. Primero tuvo que atravesar bosques ralos, donde las hierbas entremezcladas con gencianas le llegaban hasta más arriba de las rodillas; luego atravesó unas praderas. En un mar de olas rígidas de piedra, se extendían a su alrededor los Alpes, y como combatidos por una inmensa tormenta se elevaban hacia él; a mediodía se encontró por fin en la región por donde pasaba la línea que dividía sus tierras de caza de las del barón Koller.

Aquí el sol daba sobre las rocas de la cumbre, sobre los picos que se elevaban en larga serie hasta el cielo azul oscuro, con fuerza extraordinaria; el resplandor de las rocas oscurecía el aire, como si despidieran constantemente sombras negruzcas. En sus paredes, tan próximas al cielo, parecía palpitar la inmensa respiración de la tierra; Jessiersky se volvió para mirar el paisaje, impresionado por las franjas de sus drapeados sobre las quebradas y praderas lejanas. Le parecía oír murmurar la lluvia de una tormenta de luz, y donde en efecto amenazaba la tormenta, no se distinguían sus neblinas de la oscuridad del cielo, ni las torres blancas de las nubes de las torres blancas de los picos. Todo estaba sumido en un silencio absoluto como la eternidad, sólo susurraba inaudible, entremezclado con las flores primaverales del verano en las alturas, nomeolvides y bercianas, el mar de las hierbas al viento lleno de sol, también a veces, muy lejos, se oía el repicar de las campanitas de las ovejas, como si viniera de la nada. Pero no se veía ningún animal, y una choza cercana, especie de establo de piedras sin trabajar, que quizá había sido construido para protección de las ovejas, era apenas una ruina; su techo hundido de madera humeaba bajo el calor meridiano. Quizá los animales estuvieran junto a aquellos dos laguitos o estanques de esmeralda transparente, formados al pie de la cumbre, entre los laberintos titánicos de las rocas oliváceas y enormes caídas de la cima.

Aquí, por lo tanto, en ese paisaje inigualable, que tan ridículamente, por lo menos para Jessiersky, se encontraba inscrito a su nombre en el registro de la propiedad, y que más ridículamente todavía había pertenecido al viejo Fries, un paisaje que más parecía estar situado en la luna que en la tierra, se disponía él a poner fin a las actividades de la luna; en efecto, en ese lugar la similitud con determinadas partes de la superficie lunar le parecía más notable todavía que la de la región que circundaba a la ciudad de Luna en el mapa; ese mapa que él (¿cuánto tiempo hacía ya de eso, seis meses, o tal vez más?) había estudiado en la biblioteca del palacio Strattmann, mientras oía por primera vez los pasos metálicos de Luna, que con una vibración de cristales pasaban sobre su cabeza y que muy probablemente, en realidad, no eran los pasos de Luna. Es más, no se habría asombrado en absoluto si de pronto hubieran empezado a caer, con estruendo atronador, esos enormes trozos de piedra y de hierro que vagan por el éter, como gracias a los más poderosos telescopios puede observarse que caen sobre la luna, donde no existe una atmósfera capaz de consumirlos por la fricción y deshacerlos en productos de combustión.

Arrojó su carga al suelo y buscó en las ruinas de la cabaña alguna protección de los rayos del sol, entre las ortigas y una multitud de moscas que por más que agitó los brazos no pudo alejar; durante una hora entera se dedicó a observar con los prismáticos toda la extensión que su vista abarcaba. Pudo así descubrir las ovejas que pastaban al otro lado de los lagos; también vio muchos animales salvajes que, a pesar del

calor, o quizá a causa de él, se paseaban lentamente de un lugar a otro; pero en ninguna parte divisó a persona alguna. Finalmente se levantó, cargó nuevamente su bolsa y se dedicó durante la media hora siguiente a la tarea de bajar por las paredes escarpadas de la montaña, hasta llegar a un prado habitado. Allí encontró tres chozas para ganado y se instaló en una de ellas.

Aunque la pendiente hasta allí había sido muy violenta, desde ese lugar la ladera descendía al valle con una inclinación menos pronunciada. También ahí los rayos del sol eran tan implacables como en la cumbre. Pero al parecer en ese lugar no sólo reinaba la luz, sino que también había empezado el fuego, sin compasión, y las copas de la mayoría de los pinos que de tanto en tanto se erguían en las laderas se veían destruidas por los rayos; y no con menos crueldad había obrado el agua. Porque durante la misma tormenta que había destrozado los pinos, la pradera había sido socavada por los torrentes de agua llovida, hasta su mismo fondo de color pardusco amarillento, y en muchas partes habían caído grandes rocas, de la altura de un hombre, desde la cima de la montaña.

Jessiersky entró en la cabaña que encontró primero, la que se encontraba más arriba en la ladera; dejó en el suelo su carga y se sentó agotado —exceptuando la hora pasada en la choza en ruinas, no había descansado un momento desde el amanecer— al borde del hogar, uno de esos hogares abiertos de montaña. Se sacó los zapatos y los dejó caer igualmente al suelo. En la cabaña hacía un calor húmedo; al lado, en el establo, el ganado iba y venía y se golpeaba pesadamente contra las paredes. Desde arriba, en ese espacio bajo el techo donde se almacena el heno, una voz le preguntó por fin quién era; entonces Jessiersky, de mal humor, le ordenó que acudiera; si querían saber quién era, debían venir a verlo; poco después se deslizó por la escotilla un muchacho que reconoció a Jessiersky, lo saludó y se retiró inmediatamente por donde había venido.

Mientras tanto, Jessiersky permaneció sentado al borde del hogar, moviendo las piernas doloridas y revisándose las ampollas que se le habían formado en los pies. Finalmente se levantó, salió de la cabaña, se sentó en la puerta y encendió un cigarrillo.

Frente a la puerta había como un porche cubierto, cuyo piso consistía en un sendero horizontal sobre la superficie inclinada de la pradera, y cuyo techo venía a formarse con la prolongación de dos vigas del techo de la cabaña apoyadas sobre sendos postes de madera. No lejos de allí, a un costado, se extendía la cerca, que rodeaba un prado de pasto especial para el ganado; y junto a ella corría un poco de agua que venía de la montaña, por una canaleta, hasta un abrevadero de madera; todo en torno al suelo se veía pisoteado y deshecho por innumerables huellas de animales. No se oía más ruido que el de los manantiales, y no se advertía ningún movimiento ni en la cabaña elegida por Jessiersky ni en ninguna de las otras dos. Tan bajas eran, tan míseras parecían; y sin embargo eran de construcción sólida y segura; y cuántas generaciones de habitantes de esa pradera se habrían refugiado allí de las lluvias y del calor de mediodía. En el viento, que chocaba contra la ladera, parecía percibirse también el aliento de los glaciares que se elevaban en la lejanía, de pronto inundados de oleadas de luz, de pronto cubiertos por enormes nubes, de pronto rodeados de sombras humosas detrás de las soledades rígidas de piedra de las estribaciones de la montaña.

Mientras tanto, casi inaudible sobre los pies descalzos, había salido de la cabaña, detrás de Jessiersky, una mujer que venía a saludarlo, y que probablemente había estado hasta ese momento encerrada en su cuarto, durmiendo, ya que los pobladores de esas praderas montañesas trabajaban en general de noche. Se volvió y alzó rápidamente los ojos hacia ella; luego, volviendo a fijar la mirada en las montañas nevadas, le hizo saber que pensaba pasar la noche allí.

—Además, tráigame los prismáticos —agregó.

Y mientras la mujer volvía a entrar en la cabaña y le traía los gemelos, vio al muchacho, que seguramente había salido por la puerta del establo, y que se alejaba corriendo por la pradera hacia las otras cabañas. Poco después volvió de ellas con dos o tres personas jóvenes y una vieja. Entraron, nuevamente por la puerta del establo, en la cabaña, y Jessiersky pudo oír que mantenían detrás de él una rápida conversación apenas susurrada.

Dirigió los prismáticos primero hacia los glaciares que de pronto brillaban al sol y de pronto se volvían grises en la sombra, luego, más cerca, hacia las laderas rocosas de la montaña, y finalmente hacia los viejísimos pinos de la pradera. Eran los precursores de un bosque que al pie de la ladera descendía hacia un valle de aspecto sombrío y encerrado, del cual subía el estrépito de un torrente. Era difícil adivinar la edad de esos pinos, pero quizá tuvieran siglos. Sus raíces se retorcían en parte por encima y en parte por debajo del suelo, como un atado de enormes serpientes, alrededor del tronco; sus cimas se veían totalmente rodeadas de musgo y de líquenes, y las copas se elevaban al cielo con una corona de puntas, como los extremos de las lanzas en los torneos medievales. Algunos, que ya habían muerto, subsistían rígidos y esqueléticos como gigantescos molinetes, y uno de ellos estaba completamente ahuecado; tenía una entrada

como una caseta de centinela, y parecía de paredes tan finas como un avispero, como si uno hubiera podido atravesarlas con los dedos; otros, rotos en trozos de un gris sedoso, yacían en medio de las ramas muertas como en una madeja de negras costillas de ballena, sobre un lecho de flores silvestres de los Alpes; y también varios otros, aunque destruidos hasta carecer casi de forma, se veían todavía envueltos en oscuras nubes de agujas verdinegras. Tres hombres no habrían podido rodear con los brazos el tronco de ninguno de esos árboles; no había una rama que no se dividiera en muchas otras, que no alzara hacia el cielo, como un recio candelabro, poderosas ramas rectas secundarias; ninguno de esos pinos que no constituyera de por sí un entero bosque, con lugares vivos, muertos o podridos, con arbolitos que se habían criado a su lado, y con alimañas de todo tipo, con claros y con espesuras impenetrables; con la madera de uno solo de ellos se habría podido construir una barca entera de gran tamaño.

Mientras Jessiersky contemplaba estos árboles, uno después del otro, volvió nuevamente a preocuparle el problema de la edad de esos vegetales. En otras partes había, sin duda, árboles mucho más viejos que ésos, por ejemplo los robles alemanes, algunos de los cuales quizá provenían de las épocas paganas; las araucarias de México, en aquella colina donde se alzaba la residencia de verano del desdichado Moctezuma, y luego la del no menos desdichado Maximiliano; y también las inmensas *sequoias* de California. Pero lo que hacía que estos pinos parecieran mucho más viejos que cualquier otro árbol era el hecho de que fueran inmemorablemente viejos, o en otras palabras, que cuando uno se ponía a pensar en la edad de esos pinos, ya no podía pensar en su propia edad. Porque era muy probable que alguno de los campesinos a quien pertenecía una de esas tres cabañas quizá hubiera oído hablar, al padre de su padre, de una época de su infancia en que el árbol era todavía relativamente joven. Porque tan viejos, en realidad, no podían ser. Pero ni el abuelo ni el nieto hablaban jamás de la edad que podían tener esos árboles, ni tampoco habían hablado jamás, y eso hacía que los pinos resultaran inconmensurablemente viejos. También había allí otras cosas de una antigüedad igualmente indeterminable; en verdad sólo había cosas de ese tipo. Por ejemplo, quedaban todavía, abajo, en las márgenes del bosque, los restos de una choza de ramas que Jessiersky observó con mucha atención, porque supuso que allí podía esconderse Luna para observar las cabañas de arriba; y con ese esfuerzo de atención, comprobó que las maderas que formaban la choza habían servido antes, al parecer, para otros fines. En efecto, aquí y allá se veían en las maderas entalladuras destinadas a encajar en otras entalladuras similares, pero que ya no encajaban con las maderas que tal vez ya ni existían; probablemente esas maderas habían constituido en otra época el techo de alguna cabaña, que hoy tampoco existía. Quizá todavía vivieran personas que sabían, o que por lo menos habrían podido saber, en qué época había sido construida la choza; no era imposible que datara de la época napoleónica; y tal vez la cabaña de cuyo techo se habían sacado esas maderas era un siglo o un siglo y medio más antigua todavía. Pero de ningún modo podía haber por allí nada que tuviera más de cuatrocientos cincuenta años; porque en esa época era cuando Maximiliano había instalado por primera vez a sus guardabosques en toda esa zona, los campesinos descendían de esos cazadores o habían llegado a la región más tarde; anteriormente todos esos lugares habían sido absolutamente salvajes. Pero ya nadie recordaba al káiser, nadie recordaba a sus cazadores, ni a sus propios antepasados, ni la inmensidad de años pasados, y cuando algo aquí era viejo, podía del mismo modo tener cien o mil años, o hasta podía ser mucho más viejo todavía, no representaba apenas ninguna diferencia, porque ya se había salido del tiempo, cuando no se había elevado por encima del tiempo; y en semejante ambiente resultaba un poco mezquino, cuando no francamente ridículo, tomar demasiado en serio las cosas que todavía pertenecían a su tiempo, los acontecimientos que tenían lugar en su época. Por ejemplo, ése su conflicto presente con Luna; por lo menos, ya que llevaba el nombre de la luna, que sin duda era muy antigua, dicha persona habría tenido que comportarse en ciertas cosas de una manera algo más intemporal, y no ponerse a alquilar los derechos de caza del vedado contiguo para darse el gusto de disparar tiros, desde allí, sobre las personas que estaban de este lado…

Jessiersky seguía observando los alrededores con los prismáticos, cuando volvió a salir la muchacha de la cabaña y le preguntó si quería que le preparara el cuarto donde ella dormía para pasar en él la noche. Ella, por su parte, se iría a dormir al pajar. Evidentemente, sus amigas le habían aconsejado este ofrecimiento. Jessiersky dejó un instante los anteojos, le dio las gracias con la sombra de una sonrisa y le contestó que podía dormir tranquila en su cuarto, porque él prefería dormir en el pajar, o que probablemente no dormiría esa noche; e inmediatamente volvió a su tarea de mirar por los prismáticos. Porque todavía no sabía, en realidad, que muy pronto dormirían juntos, él y ella, en el cuarto aludido.

Hacia el anochecer, sin mochila y sin capote, cargado solamente con el fusil, las balas y los gemelos, Jessiersky regresó a la cumbre.

Esta vez consiguió descubrir, mucho más allá del límite de sus tierras, a dos personas que,

evidentemente, parecían disponerse a cazar porque, en efecto, habían asumido las actitudes, fácilmente reconocibles desde lejos, de guardabosque y cazador. Sólo podía tratarse de uno de los guardabosques de Koller y de uno de los cazadores ya mencionados. El guardabosque iba delante y miraba hacia todos lados; el cazador, que venía detrás, no miraba hacia ningún sitio, porque ya se encargaba de mirar por él el guardabosque y no se habría encontrado muy preparado si de pronto el guardabosque le hubiera llamado la atención y le hubiera dicho que tenía que disparar sobre un gamo que pasaba silbando por allí cerca. Pero ese peligro era absolutamente inexistente en todo el dominio de Koller, porque por allí no pasaba jamás ningún gamo, ni con silbidos ni sin ellos. Como eran solamente dos personas, Jessiersky dedujo que no se podía tratar de Luna con sus dos guardabosques. Por lo tanto, siguió revisando con sumo cuidado todas las tierras de Koller, estudiando con especial cuidado las praderas, donde pastaba ahora en libertad el ganado, que de día era retenido en el establo, como hacían en la cabaña donde Jessiersky pernoctaba. Vio también en esas praderas varias personas que se ocupaban de los animales, pero ningún cazador. En cambio consiguió descubrir por lo menos una de las casetas de caza de Koller. Pero parecía cerrada y no daba muestras de estar habitada.

Mientras bajaba, en la oscuridad creciente, comenzó a relampaguear sobre las cumbres nevadas más lejanas; más tarde llovió mucho durante la noche; la muchacha y el niño de la cabaña se pasaron casi toda la noche en busca del ganado que se había extraviado a causa de la tormenta. Luego siguió lloviendo durante dos días enteros. Jessiersky, que se quedaba en la cabaña, porque habría sido completamente inútil salir de ella ya que no se podía ver nada a través de la lluvia, decidió hacer ciertos ofrecimientos a la muchacha, en parte por aburrimiento, en parte por nerviosidad; y la joven, como las praderas de esa región pertenecían todas al dominio de Zinkeneck, no se atrevió a negarse. Porque cualquier otra actitud habría sido muy mal vista por los campesinos, a cuyo servicio se encontraba, y también a ella le habría parecido incorrecta. Realmente era muy insólito que le hiciera esos ofrecimientos cuando, poseído como estaba por la obsesión de Luna, no se los había hecho a su mujer durante tanto tiempo, lo que en su momento había provocado la desgracia del pobre Spinette; no obstante, ahora que estaba tan cerca de Luna, se fijaba justamente en esa campesina. Aunque es verdad que ese tipo de cosas se atienen generalmente más a reglas de lo insólito que a las de la razón; hasta se habría podido decir que esa rareza era lo más sensato que Jessiersky podría haber hecho…

El tercer día, por la mañana, cesó la lluvia, y Jessiersky volvió a subir a la cumbre, donde no dejó de ver una cantidad de piezas de caza que se secaban al sol; pero no divisó a ningún ser humano. Al volver, mucho más abajo, distinguió en una de las laderas a su jefe de guardabosques; evidentemente, preocupado por su larga ausencia, venía a buscarlo; y Jessiersky, aunque como tirador era sumamente inexperto, se permitió la broma de dispararle un tiro con la mira de larga distancia, a los pies, o mejor dicho al suelo frente a sus pies, desde una distancia de quinientos pasos. El tiro rebotó sobre las piedras y el guardabosque, más ofendido todavía que antes, desapareció valle abajo.

Pero al anochecer del mismo día Jessiersky descubrió, por fin, un grupo de tres hombres que se acercaba por las tierras de Koller. Volvió a esconderse, entre las ortigas, en la choza en ruinas, y los observó con los prismáticos, que ya le empezaban a temblar en las manos; los tres se acercaban, con un arma cada uno, y sus bastones de montaña se movían rítmicamente como lanzas. Podía muy bien tratarse de Luna con sus dos ayudantes. Dos de ellos, evidentemente los ayudantes, iban unos cien pasos más adelante, y el tercero, probablemente el mismo Luna, los seguía. Pero no es así, en realidad, como se caza; es decir, con los ayudantes tan distanciados, sólo se consigue espantar a las piezas y es imposible alcanzarlas a tiempo. ¿Cómo podía cazar nada de ese modo? Era más bien una marcha de combate, como si los tres avanzaran de ese modo para impedir que Luna, protegido por los dos ayudantes, recibiera al entrar en tierras ajenas un tiro imprevisto; y esa marcha, una vez comprobada su eficacia y suponiendo que nadie se encargara de detenerla antes, se prolongaría hasta Zinkeneck, hasta el castillo, hasta el mismo Jessiersky, hasta su total aniquilación.

Cuando el grupo hubo traspasado los límites de la propiedad y se encontraba a unos mil pasos de distancia, Jessiersky creyó reconocer con claridad a Luna. No lo había visto nunca en realidad; no obstante, ese cuerpo delgado y esa cabeza un poco demasiado grande, esa actitud altiva y esa cara por así decir hundida, con las picaduras de viruelas, sólo podían ser suyos. Jessiersky lo miraba fijamente, sin apartar una sola vez los ojos de los prismáticos, como si hubiera podido destruir al inapresable enemigo con la mirada solamente. Cuando estaban a unos seiscientos pasos, más o menos, dejó caer los anteojos sobre el pecho, colgados de la correa, y con la vista siempre fija en los que se acercaban, tanteó hasta encontrar el arma, la levantó hacia su mejilla y trató de observar a Luna directamente a través de la mira de larga distancia. Pero el arma le temblaba en las manos, como cuando el verdadero cazador enfoca a una pieza de

increíble precio. Cuando llegaron a unos quinientos pasos, Jessiersky preparó el disparador y trató de apuntar. Habría sido en realidad más sensato esperar todavía, antes de disparar, ya que el grupo avanzaba por una pradera relativamente lisa, y además con lentitud y con uniformidad. Pero los nervios no se lo permitieron. Pensó que si no tiraba entonces, no sería capaz de tirar nunca más; hasta pensó que quizá ya era demasiado tarde. Buscando apuntar al pecho de Luna con la cruz de la mira, recordó que no había preparado el arma para la distancia correcta. Por lo tanto, bajó el fusil y verificó la distancia; pero como el tiro al guardabosque había sido efectuado a esa misma distancia de quinientos pasos, no fue necesario corregir nada. Apuntó nuevamente. En ese momento lo invadió una intensa sensación de desesperanza, como si estuviera intentando cazar a un pájaro en el aire con una piedra, o estrangular con las manos a un fantasma. Todo se borró ante sus ojos y ya no pudo ver nada con claridad. No obstante, después de algunos segundos movió el gatillo, sintió el golpe de la mira contra el ojo y oyó el estruendo del tiro.

Inexplicablemente, en ese mismo instante sus nervios se calmaron de inmediato; trató de ver por la mira cuál había sido el resultado del tiro, como si se hubiera quedado fijo en la misma posición. Vio entonces que el disparo había derribado al suelo no a Luna sino a uno de los guardabosques que iban delante de él, el de la derecha. Pero en el mismo momento Luna y el otro hombre se echaron al suelo y desaparecieron detrás de las rocas que cubrían la pradera. Jessiersky disparó a continuación el resto de sus tiros hacia el lugar donde se escondía Luna. De los cuatro disparos, tres levantaron el polvo y el cuarto se perdió en el vacío. Pero ahora empezaron a replicarle Luna y el otro acompañante, aunque ellos no podían ver a Jessiersky; pero de todos modos calculaban aproximadamente la dirección. Al ver que los tiros resonaban cerca de él, golpeando las paredes de la choza o pasando sobre su cabeza, Jessiersky se arrojó al suelo entre las ortigas, apuntó nuevamente y disparó una segunda serie de cartuchos hacia la roca detrás de la cual se ocultaba Luna.

Mientras tanto, el guardabosque herido seguía donde había caído, al descubierto, y no se movía ni daba señales de vida. Pero pronto los disparos de Luna y del otro se hicieron más espaciados; evidentemente, disponían ambos de pocos cartuchos. En efecto, después de unos minutos los tiros cesaron, y sólo siguió resonando por las cumbres el eco de los anteriores. Jessiersky, en cambio, disparó hasta que empezó a oscurecer, casi todas las balas que había traído consigo y que desde varios días antes le llenaban los bolsillos (unas setenta), sobre el lugar donde suponía que su enemigo seguía escondido.

Cuando oscureció, pudo oír que Luna y el guardabosque se llamaban. Dedujo que se ponían de acuerdo para escapar al mismo tiempo, y en efecto, poco después pudo comprobar que, precipitándose a saltos como gamos salvajes, bajaban por la pradera inclinada. Se levantó también él, se dirigió al lugar donde había estado escondido hasta ese momento y alumbró el suelo con un fósforo. El guardabosque, que había caído con el primer disparo, había muerto sin duda inmediatamente. Porque el tiro, aunque rozándolo apenas, había conseguido abrirle la caja del cráneo. Si Jessiersky, con el temblor del fusil, se hubiera desviado solamente una décima de milímetro hacia la izquierda o la derecha, o si hubiera apretado el gatillo apenas una décima de segundo después, el tiro se habría perdido en el vacío. Donde se habían escondido Luna y el otro, encontró solamente las marcas de los numerosos tiros, pero ni una gota de sangre, nada. De modo que ni con más de cinco docenas de tiros Jessiersky había sido capaz de dar en el blanco. Había oído decir que en la guerra, para dar en un hombre, era necesario disparar tanta munición como pesaba su cuerpo, por término medio. Pero para aniquilar a Luna realmente, quizá hubiera debido emplear una cantidad de cartuchos equivalente al peso de la misma luna.

X

POR qué —se preguntaba Jessiersky, mientras regresaba tropezando por la pradera hacia la choza en ruinas—, ¿por qué me habré obstinado en tirar solamente con munición de plomo? ¿Quizá porque los tiros son más certeros que con la munición de acero? Ah, si por lo menos hubiera conseguido herir a mi enemigo; pero cuando uno da no en la persona a quien se quería matar, sino en otra a quien no se quería matar, ¿qué pueden importar los dos o tres milímetros de mayor exactitud que se consiguen con la munición de plomo? ¿O quizá lo haya hecho solamente porque las balas de plomo se deforman y no se puede saber bien quién las ha disparado ni de qué arma provienen? Sí, eso ocurre cuando se trata de dos o tres tiros; en efecto, es fácil que se deformen, y cuando se trata de diez tiros, es fácil que las que no dan en el blanco se deformen al pegar contra las piedras; pero entre sesenta o setenta balas, por lo menos una decena caerá sin deformarse, y se puede deducir inmediatamente que han sido disparadas mediante un arma de tal calibre, de tal tipo; es más, justamente porque son de plomo, se puede saber más fácilmente, por eliminación, quién las ha utilizado.

Al mismo tiempo se sentía un poco aliviado, aunque fuera por la circunstancia de no tener que arrastrarse con el gran peso de toda esa munición, como durante los últimos días. Se preguntaba hasta qué punto habrían oído el estruendo de los disparos y cuándo vendrían a buscar a los muertos y heridos. Porque sin duda debía de haberse oído como una verdadera batalla campal. Probablemente vendrían más tarde, quizá ni siquiera viniera nadie. Preferiría mantenerse en la incertidumbre, nunca se puede ser demasiado prudente…

Con estos pensamientos se había arrastrado otra vez hasta las ruinas, y se dispuso a recoger las cápsulas de todos los cartuchos disparados, lo que le requirió el empleo de todos los fósforos que llevaba consigo, además de quemarse las manos enteras entre las ortigas. «¿Qué hago, realmente?», pensaba, hablando a solas. «Ya no conseguiré encontrar, por supuesto, todas las cápsulas; se habrán caído quién sabe dónde entre las ortigas, se habrán ido rodando entre las piedras; pero aun si las encontrara todas, de qué me serviría. Después de haber llamado la atención de este modo, viniendo a este lugar cuando hacía tantos años que no lo hacía; después de haber agitado de ese modo al guardabosque y haber dejado atónitos a todos en casa… ¿no basta con todo eso para saber que he sido yo el matador de ese hombre, encuentren o no las cápsulas o las balas?»

Tanto como fue mala su suerte en el intento de matar a Luna, cuanto lo ayudó el azar en el curso de la investigación por la muerte del hombre. Para empezar, esa misma noche una nueva lluvia borró todas las marcas que podían haber dejado sus zapatos con clavos, cuya disposición es siempre tan fácil de estudiar y diferenciar; todas las marcas de los codos que habían sostenido las armas en el suelo, así como todas las pistas que hubieran podido seguir los sabuesos; en resumen, todas las huellas imaginables; era lo que se llama una lluvia de reflejo, de esas que suelen caer después de dos o tres días de tormenta y un día bueno; en segundo término, en ningún momento se pensó que Jessiersky hubiera sido capaz de matar a ese guardabosque, un tal Eisl, padre de cinco criaturas de corta edad (en el campo la gente que se muere siempre deja por lo menos cinco hijos); en cambio, como el jefe de guardabosques de Jessiersky había cometido la imprudencia de desobedecer la orden expresa de su amo, y lo había seguido al lugar del hecho, la comisaría sospechó que fuera él quien había matado a Eisl, y lo primero que hizo fue detenerlo en la cárcel durante bastante tiempo, porque poco después se averiguó que su arma era del mismo calibre que la de su amo, y que, por lo menos cuando se ejercitaba en el tiro al blanco, utilizaba también munición de plomo; por otra parte, nadie dudaba del motivo que había inducido a Jessiersky a ordenarle que no lo siguieran de ningún modo, porque la campesina, con la cual había pasado aquél la noche, hizo saber poco

después que esperaba tener un hijo de él; por lo tanto, dedujeron de esto que no había efectuado su excursión a las montañas para matar a un hombre, sino con otros fines, aunque llamó un poco la atención que lo hiciera tan inmediatamente después de la muerte de su mujer.

Si estas estupideces y estos razonamientos primitivos, que era lo único que podía esperarse de las gentes del lugar, no hubieran obrado todos a su favor, sino en su contra, Jessiersky muy probablemente se habría vuelto medio loco. Pero, no obstante, estuvo a punto de eso, cuando a la certeza de haber matado inútilmente al desdichado Eisl tuvo que agregar la comprobación de que Luna en realidad no era Luna, como se llegó a saber durante el curso de la averiguación. Es decir, se llamaba Luna como el otro, pero distaba mucho de ser el oscuro profesor particular y enemigo a muerte de Jessiersky. Probablemente era un verdadero Luna, de esos que mencionaba el almanaque de la Corte ya estudiado por Jessiersky, perteneciente a esa casa que él ya tan bien conocía, los Azlor de Aragón. El hecho de que el guardabosque se hubiera olvidado de comunicarle que la persona en cuestión no sólo era un arrendatario de los predios de caza, sino también un español, era una prueba más de la cortedad de espíritu del individuo, que, no obstante, había sido bien intencionado. Además, el cazador en cuestión no se distinguía tanto por su origen extranjero como por su notable avaricia. En efecto, esta persona, que en su país había cazado la variedad de cabra salvaje que se encuentra allí, la *Capra Pyrenaica* en los Pirineos y la *Capra Hispanica* en Sierra Nevada, había sentido un día deseos de cazar la famosa cabra salvaje de los Alpes. Pero una vez llegado al país, cuando descubrió que cazar la cabra salvaje resultaba demasiado caro —ya que, en efecto, tanto en Suiza como en Italia le exigían grandes sumas para ese tipo de caza mayor—, había concertado, por intermedio de un tal príncipe Porcia, que en este asunto oficiaba por así decir como agente, la caza de por lo menos cuatro gamos en las tierras del barón Koller. Pero pronto llegó a saber —como muy justamente había observado el guardabosque en la posada de Schreinbach— que no se encontraban cuatro gamos en todas las tierras juntas del barón Koller, y dedujo que se habrían pasado a los predios contiguos; y en vez de comprender que lo habían estafado, el español decidió sacar provecho de algún modo al dinero que había desembolsado. Para eso penetró personalmente en las tierras contiguas, en cuya circunstancia pensó que le convenía hacerse acompañar, no por un solo cazador, como hasta ese momento, sino por dos, en calidad de protección; y los guardabosques requeridos, que ya no reconocían los límites o no les daban mayor importancia, no pusieron objeciones a este tipo de cacería. Pero qué previsor había sido el español, después de todo, y qué poco cuidadosos se habían mostrado los guardabosques, lo demostraba el encuentro con Jessiersky.

De todos modos, el extranjero tuvo que pagar una fuerte multa al contado y a continuación se fue del país maldiciendo, sin llevarse consigo ni siquiera un par de cuernos de cabra salvaje, como había sido su intención; y Jessiersky, por lo menos para determinar con cierta exactitud qué clase de Luna era este hombre, se hizo mandar de Viena el almanaque de Corte mencionado, y lo buscó en él. Sólo podía tratarse de un cierto Fernando conde-duque de Luna, nacido el 2 de marzo de 1910 en San Sebastián, hijo mayor de un tal José Antonio, decimoséptimo duque de Villahermosa, sexto duque de Granada de Ega, etcétera, Gran Mariscal de Navarra —y de allí, pensó Jessiersky, le había venido quizá la inclinación a su hijo de emprender marchas de ataque contra Zinkeneck—, dos veces Grande de España de primera clase, anteriormente Gran Chambelán del príncipe y de la princesa de Asturias, caballero de la Orden Soberana de Malta; y de su esposa Isabel de Guillamas Caro Piñeyro y Szechenyi, decimoprimera condesa de San Felices, octava condesa de Molinas, dos veces Grande de España.

Pero en el fondo Jessiersky no podía alejar la idea de que, a pesar de todo, se había tratado, como siempre, del profesor particular, del prisionero del campo de concentración de Ebensee, Ferdinand Luna.

Quizá fuera también éste el motivo por el que, después del proceso en que tuvo que intervenir, en Viena, por la cuestión de los dos motociclistas, Jessiersky se volviera a Zinkeneck; y por el que, por otra parte, no volviera a enviar a los niños al colegio, agregando a los de la institutriz los servicios de un profesor particular que, en medio de la soledad invernal del campo, parecía aburrirse sobremanera, a pesar de que, o quizá porque, su labor era ahora doble o triple de lo habitual.

Era la época en que el estío, al igual que todos los años, pero este año en verdad mucho más temprano, se diluye en el otoño, por así decir, como si no hubiera encontrado una forma más definida de dar fin a su actuación. Los días eran ahora más o menos iguales entre sí, y se seguían como días de verano. Era la época en que, si uno ha regresado a la ciudad, se queja de haber regresado antes de tiempo. Seguía siendo verano, aunque en realidad no era un verdadero verano, ya que se había prolongado mucho más que un verano normal, y sobre todo aparecían animales, es decir insectos, de un tipo que no se había visto nunca por esas partes, en esa época. Aparecían en enjambres, revoloteaban en la luz muriente, y finalmente también

penetraban en la casa; y mucho después de haberse iniciado las lluvias de otoño, cuando ya casi nevaba, se los encontraba todavía detrás de los vidrios de las ventanas y de los marcos de los cuadros, en las habitaciones deshabitadas, debajo de los armarios, en el suelo, en el cielo raso y en otros lugares apartados de la casa, de donde volvían a reaparecer inmediatamente, en cuanto hacía un poco más de calor, como ocurrió para la fiesta de Todos los Santos; es más, hasta la primavera seguían todavía sus pequeños cadáveres livianos en las telarañas abandonadas y cubiertas de polvo. Había años, por otra parte casi todos, en que esas mosquitas, moscas y maripositas forasteras no llegaban a hacer su aparición en forma evidente. En realidad siempre existían, y sobre todo cuando llegaba agosto, consideraban que ése era por fin su momento propicio; pero luego seguía un septiembre malo, y desaparecían. Durante años permanecían al acecho, esperando aparecer, porque en el fondo sentían que había de llegar algún año en que aparecerían; y por fin llegaba el año esperado, y aparecían; pero en el fondo, cuando existían, era como si ya hubieran existido, tan ajenas, tan irreales resultaban sus evoluciones por el tiempo. A veces, cuando Jessiersky reposaba bajo un castaño, en un prado segado, y veía revolotear al sol uno de esos enjambres de mosquitas, o cuando paseaba por algún sendero en las cercanías de Zinkeneck, y se detenía y contemplaba las diminutas mariposas transparentes que volaban en la luz declinante del atardecer, pensaba que también su vida, como la de esas mosquitas y maripositas, se prolongaba en una época tan inapropiada que hasta a él le parecía una vida totalmente inexplicable, manchada por delitos que no tenían nada que ver con su propia vida; pensaba que ésta hubiera debido llegar hacía mucho tiempo ya a su fin. Recordaba que alguna vez, cuando era niño, con cierta vanidad pueril, había deseado llegar a ser semejante a sus antepasados, y aun poseer las peores cualidades, siempre que hubieran sido las de sus antecesores. Ahora, en realidad, se les parecía bastante; quizá se hubiera excedido en ese sentido, y ninguno de ellos habría podido avergonzarse de sus malas tendencias. Pero lo que él había hecho, no lo había hecho adrede, y en el fondo era como si no lo hubiera hecho él, sino uno de ellos, sus antepasados. Pero entonces, y justamente por eso, ¿no se había vuelto uno de ellos, no había dejado de ser el que era?

La investigación judicial del asesinato de Eisl se cerró finalmente durante el mes de noviembre, sin que se llegara a ningún resultado concreto; y como no pudieron echar la culpa del crimen al guardabosque, aunque los policías consiguieron encontrar algunas balas de su calibre, poco o nada deformadas, en el campo de batalla, el hombre salió por fin de la cárcel. Era evidente que sólo podía haber efectuado ese ataque contra el que se llamaba conde-duque de Luna y los dos guardabosques de Koller una persona de Zinkeneck, o en el mejor de los casos varias, pero siempre del lugar. Porque si hubieran sido cazadores furtivos, no se habrían atrevido nunca a abrir fuego y, en cambio, habrían tratado de ocultarse y desaparecer. Pero no conseguían determinar, entre los guardabosques de Zinkeneck, cuál o cuáles eran responsables de la muerte de Eisl; lo que no era después de todo tan asombroso, ya que ninguno de ellos había sido. En cuanto a la idea de que quizá pudiera tratarse de Jessiersky, como ya hemos dicho, ni se les ocurrió, o casi ni se les ocurrió. Si, después de haber descubierto al principio que, algunos días antes de la muerte de Eisl, Jessiersky había buscado por toda la casa las balas de plomo que habían sido causantes de la muerte del hombre, aunque esto les pareció raro, la sospecha no prosperó, porque no podían creer que una persona como Jessiersky se decidiera a ejecutar una acción tan extraña, la de matar a ese hombre, fuera o no fuera un delito; porque en el campo, y especialmente en las filas de la burocracia campesina, como esta investigación lo demostró una vez más, les parecía posible cualquier cosa, salvo que una persona adinerada como Jessiersky pudiera tomarse el trabajo de hacer algo que personas pobres y humildes como sus guardabosques tenían casi la obligación de hacer. En resumen, el hecho de que su persona fuera teóricamente tan apreciada, aunque en la práctica tan menospreciada, le hubiera provocado sin duda algunas molestias, si no hubiera sido que justamente por eso, como ya se ha dicho, habían decidido coronarlo si no con los laureles del guerrero, por lo menos con las rositas silvestres del amor campesino; y era opinión corriente que había buscado las balas de plomo solamente para dárselas a su guardabosque, y seguramente eso era lo que después de todo debía hacer, por lo menos tal como se pensaba en esos lugares, sin por eso convertirse en delincuente.

Pero a pesar de esto, en el ínterin, esa batalla montañesa, que al parecer había tenido lugar mientras Jessiersky se dedicaba a la vista pastoral, adquiría una popularidad constantemente creciente en la región; y no sólo la batalla, sino también aquél cotra quien había sido dirigida, es decir, el conde-duque de Luna; el cual, aunque hacía tiempo ya que se había ido del país, seguía en todas las bocas. La palabra «conde» no era solamente un título de nobleza, sino también un nombre de campesinos de esa región, o mejor dicho el patronímico de algún campesino que en otras épocas había seguramente desempeñado algún cargo determinado con un conde, algún cargo sin duda de poca consderación y además totalmente olvidado con el

correr del tiempo. Pero a pesar de todo existían ciertos campesinos llamados Conde; y la palabra «duque» también constituía un apellido de campesinos. Por eso, y desde el primer momento en que se empezó a hablar de un conde-duque, se habían imaginado que era alguien de por allí; y sin recordar en absoluto que se trataba de un verdadero duque y de un verdadero conde reunidos en una sola persona, se había asentado cada vez más la opinión de que se trataba de una especie de campesino rico, de las regiones llanas, que en vez de cazar furtivamente, como suelen hacer los montañeses, se había permitido, de tan rico que era, alquilar el derecho de caza como una persona de posición. Pero como lo habían engañado, había tomado la decisión de cazar donde no le correspondía, acompañado por los dos guardabosques de Koller; y no faltaba mucho para que lo mandaran a engrosar las filas de esos personajes fantasmales de las montañas, como Hakelberg o Samiel.

De todos modos, cuando el guardabosque salió de la cárcel, la leyenda se encontraba en pleno proceso de formación; y ya no pudo apartar de su nombre la fama con que lo había cubierto la investigación judicial, es decir, quedó como el guardabosque que había matado al gran cazador furtivo. El guardabosque, por su parte, no se sentía muy feliz con esta pequeña especie de gloria, ya que por ella había tenido que soportar tres meses a la sombra, y era el único que sabía que el culpable debía de ser Jessiersky. Pero era tan decente que no lo había traicionado con una sola palabra, ni tampoco lo hizo después de salir de la cárcel, a pesar de la indignación que le produjo Jessiersky cuando le observó que para otra vez tuviera más cuidado de no transgredir sus órdenes expresas y de no dedicarse a espiar a su amo. En realidad, después de esto empezó a considerarlo como un personaje tan siniestro como lo era el conde-duque de Luna para las gentes del lugar; pero nunca llegó, a pesar de todo, a verlo bajo un aspecto tan siniestro como veía Jessiersky al verdadero Luna.

Porque aquél, Jessiersky, se encontraba frente a una nueva serie de enigmas; por ejemplo, no podía ni imaginarse qué papel había desempeñado el verdadero Luna en toda esta cuestión. Creía, no obstante, poder deducir de ciertas circunstancias que Luna se había mantenido todo el tiempo en las cercanías, por más que se esforzaba en apartar estas ideas de su mente, diciéndose que eran demasiado absurdas. Las circunstancias eran éstas:

Partía, para empezar, del hecho de que el invierno hubiera sido en Zinkeneck insólitamente cálido; en efecto, en cuanto a heladas, nevadas y tormentas, era evidente que las condiciones habían sido muy distintas de las que imperaban en Schreinbach o en cualquier otro lugar de la región. Ahora bien, la mayor o menor intensidad del invierno en una zona dada dependía sobre todo de la latitud geográfica de dicho lugar y de su situación sobre el nivel del mar, ya que cuanto más al norte estuviera situado si pertenecía al hemisferio boreal, o cuanto más al sur, si pertenecía al hemisferio austral, y cuanto más alto sobre el nivel del mar, tanto más frío haría durante el invierno, por lo menos en términos generales. Pero la altura de un lugar sobre el nivel del mar es poco menos que invariable, y en cambio su latitud geográfica no lo es en sí, sino que, en lo que se refiere a su posición relativa con respecto a la eclíptica, sufre lentas variaciones aunque en intervalos muy grandes de tiempo. En otros tiempos el sol de Zinkeneck había llegado, por lo tanto, a una altura mayor o menor que hoy sobre el horizonte, y así debía suceder también en el porvenir. Porque el ángulo que forma el eje de la tierra, o si se quiere el plano del ecuador, con la trayectoria aparente del sol, o con la trayectoria real de la tierra, se modifica constantemente, y el eje de la tierra oscila sin cesar, aunque en cantidades ínfimas; de pronto, durante siglos se va levantando, y de pronto, en intervalos igualmente largos de tiempo, se va inclinando; de ese modo los inviernos se hacen más o menos duros, más ricos en nieve o más tolerables, y los veranos más o menos calientes, lluviosos o frescos. Actualmente, la inclinación de la trayectoria del sol o eclíptica sufre una disminución anual de 0,4758 segundos; a lo largo de los siglos disminuirá hasta los 21 grados, y luego volverá lentamente a aumentar. Los límites entre los cuales oscila esa inclinación distan entre sí unos 6 o 7 grados. Según los cálculos que efectuó Lagrange sobre esas variaciones, en el año 29400 antes de Cristo la inclinación de la eclíptica llegó a su punto máximo, es decir, 27 grados y 31 minutos. Desde ese momento disminuyó durante un período de 15.000 años, y en el año 14000 antes de nuestra era alcanzó su valor mínimo, es decir, 21 grados y 20 minutos. A partir de ese valor, durante otro período de 12.400 años volvió a aumentar y llegó en el año 2000 antes de Cristo a su nuevo valor máximo, de 23 grados y 53 minutos. A continuación siguió disminuyendo, y en el año 6600 de nuestra era alcanzará un valor mínimo de 22 grados y 54 minutos, para empezar a crecer otra vez durante un nuevo espacio de 12.700 años, hasta llegar a un máximo, en el año 19.300, de 25 grados y 21 minutos.

De dónde provenía esa variabilidad de la inclinación de la eclíptica, cuya consecuencia era la mayor o menor intensidad de los inviernos y de los veranos y también la longitud de las épocas frías y de las cálidas, Dios sólo lo sabía; en todo caso, Jessiersky lo ignoraba y no se preocupaba mucho por saberlo. Pero

indudablemente, además de tantas y tantas otras fuerzas, la luna ejercía un influjo notable en esas oscilaciones y, por lo tanto, también de ella dependía la longitud de las estaciones; y esta circunstancia preocupaba sobremanera a Jessiersky. Porque la atracción de la luna tironeaba, en cierto modo como un gatito que juega con un ovillo de lana atravesado por una aguja de tejer, el eje de la tierra, y lo cambiaba de posición.

Si se hubiera limitado a pensar que, como una consecuencia de todo esto, la luna contribuirá notablemente a que el invierno sea menos frío dentro de algunos milenios, la idea no lo habría perturbado mucho. Pero él presumía sobre todo que la poca intensidad de ese invierno, reconocible única o mayormente en Zinkeneck, o tal vez únicamente para él, Jessiersky, dependía de cierto influjo lunar, es decir, del mismo Luna; idea al parecer más que rebuscada, lindante con el disparate y la locura.

Esto no quiere decir que Jessiersky creyera, o por lo menos no lo creía todavía, que Luna era directamente la luna. Pensaba solamente que dicha persona tenía muchos vínculos con el satélite; era, por ejemplo, un pariente de la luna, una luna pequeña por así decir, del mismo modo que hubo hijos del sol, como los incas y como los faraones: ¿por qué no había de haber un nieto de la luna, como este conde Luna? En realidad sus períodos ya no coincidían exactamente con los de la luna real, pero después de todo eran períodos de duración uniforme, o casi uniforme, como los de ella; sus propiedades características eran en todo características lunares, y así como la luna verdadera, al influir sobre la inclinación de la eclíptica, hacía menos intenso con el correr de los siglos el frío del invierno en todo el hemisferio norte de la tierra, así podía Luna, sin lugar a dudas, y por lo menos durante ese año, modificar el frío del invierno en Zinkeneck y en las cercanías; es más, esa notable tibieza del invierno era francamente una prueba de la proximidad de Luna…

A menudo Jessiersky se demoraba en este tipo de reflexiones, y cuando aparecían esos días repentinos de deshielo, cuando el cielo se cubría de una fina red de nubes que venían del sur, o cuando emergían sobre el Hochzinken para descender al valle esas nubes gris-azuladas y cálidas, le costaba un gran esfuerzo desechar la idea de que todos esos fenómenos se debían sencillamente a la actividad cercana de Luna. Porque no sólo ese invierno, sino también en realidad el verano que lo había precedido, y también los veranos de los años 45 y 47, eran casi una demostración de la proximidad de Luna. Ante todo, era de notar la sequedad de dichos veranos, más que su calor; una sequedad verdaderamente sospechosa; por así decir, se habían defendido con todas sus fuerzas de la lluvia. Después de los descensos barométricos, en efecto, uno siempre esperaba una precipitación, y siempre, en el curso de dichos veranos, seguía una tormenta de viento. Y cada vez que el barómetro volvía a bajar, nuevamente aparecía una tormenta de viento, sin una gota de lluvia. ¿Tenía derecho Jessiersky a deducir o no de esas comprobaciones lo que el instinto lo incitaba a deducir? Por supuesto, habría sido mejor atribuir esos fenómenos, si no a la casualidad, por lo menos a otro tipo de causas. Porque si bien es la eterna esperanza del hombre no carecer totalmente de poder en la vida, no sentirse completamente perdido en el mundo, en cambio en la posibilidad de obrar sobre el mundo, de modo que uno mismo o que algún otro pueda, no ya modificar la posición del eje de la tierra como un gigante de brazos poderosos, pero sí por lo menos dirigir la lluvia y el sol, la helada y el calor en un campo de algunas millas cuadradas a su alrededor, en eso nadie, desde que el hombre ha empezado a pensar, ha puesto nunca verdadera fe…

El profesor particular de los niños, con quien a veces conversaba Jessiersky porque era una persona de cierta cultura y su conversación le resultaba bastante interesante, se llamaba Achtner. Más tarde, Jessiersky trató de recordar sin éxito si había sido él en realidad o el mismo Achtner el que había dado comienzo a estas conversaciones ilustradas. Al parecer, había sido él. Pero también habría podido ser Achtner; y esta posibilidad parecía un poco más probable.

De todos modos, para la época en que la muchacha campesina, con la cual Jessiersky había pasado algunas noches del verano anterior y en cuya casa se alojaba, debía dar a luz a la criatura que ya antes de su nacimiento estaba destinada a ser salvadora de su padre, es decir, para fines de abril, Achtner emprendió con los niños un gran paseo vespertino, en el curso del cual les hizo conocer algunas flores primaverales y se dedicó a la busca de otras flores con la ayuda de los mismos niños; Jessiersky aprovecho esta ocasión para efectuar también él una busqueda en el interior del cuarto de Achtner. En el curso de esta investigación no encontró lo que buscaba, es verdad; pero en cambio, en uno de los dos baúles de Achtner, que habían sido relegados al altillo de la casa, y que Jessiersky abrió aunque estaban cerrados, encontró la prueba de que Achtner era un empleado de la policía; guardaba allí dentro, en efecto, una insignia y una pistola. Esta última se la guardo, por precaución.

—Señor comisario —le dijo, cuando Achtner regreso a la casa—, siempre me pareció que la pistola de servicio de la policía austriaca es demasiado voluminosa para llevarla cómodamente en el bolsillo; pero en cambio, dejarla relegada en el altillo, hasta el momento en que se la necesite, y porque uno no cree que por el momento se pueda necesitar, es una falta grave de servicio. Porque esa misma persona a quien se quería acorralar con ella, podría acorralarlo por fin a uno, por axial decir, con ella.

Y golpeándose el bolsillo de los pantalones, agrego:

—De todos modos, le agradezco mucho la educación que ha dado hasta hoy a mis hijos, educación que ha sido mucho más cuidadosa de lo que se podía esperar, tratándose de una persona tan descuidada en otros sentidos. Pero, por desgracia, ahora debo poner fin a esta temporada tan agradable para mí y para mi familia, y también, me atrevo a suponer, para usted, asi como a todas las atenciones de todo tipo que usted ha tenido con nosotros aqui en Zinkeneck; y puede usted volverse tranquilamente a casa, mi estimado comisario.

Achtner palideció, pero trato de salvar la situación por medio de la palabra:

—Si usted me ordena ahora que me vuelva a Viena, me hace un daño incomparable, y todos perderán el buen concepto que tienen de mí. En efecto, yo vine con la intención de demostrar, sin proceder a su arresto previo, que usted había asesinado a Eisl y a Spinette. Sólo en ese caso lo habría hecho arrestar; y en caso de no poder demostrar nada, le habría permitido seguir en libertad. Pero si antes de terminar con mi tarea usted me obliga a abandonar Zinkeneck, me coloca en una falsa posición ante mis superiores y además de arruinarme la carrera…

—Nada de falsos sentimentalismos —dijo Jessiersky—. Lo único que faltaría ahora sería que usted me dijera que me creía una persona decente, incapaz de revisarle los baúles…

—En verdad —contestó Achtner—, no creía que fuera capaz de portarse de ese modo.

—Pero si lo hubiera creído, como correspondía —dijo Jessiersky—, se habría llevado la pistola consigo, en vez de dejarla en el baúl; y aunque yo le hubiera revisado el baúl, ese comportamiento que usted ahora me reprocha no me habría servido de nada. Porque de todos modos y en cualquier circunstancia usted habría tenido que llevarse la pistola consigo, todo el tiempo. Porque usted sin duda debe de saber que Dios siempre está del lado de los más fuertes.

Y volvió a golpearse el bolsillo.

—Dios está siempre del lado de los sinvergüenzas —dijo Achtner—, y si usted está decidido a mandarme de vuelta a Viena, entonces, no me queda más remedio que hacerlo arrestar.

—¡Hacerme arrestar —exclamó Jessiersky—, porque usted mismo no puede! Ya ve dónde lo ha llevado la pérdida de la pistola. No, señor Achtner, usted se va, sin discutir. Se va ahora mismo, porque ya llegó el momento de viajar; por ejemplo, ya hay una cantidad de gente que emprende viaje para Italia, y también usted tendrá que ponerse en camino, y para estar bien seguro de que se va, yo mismo lo llevaré hasta la estación.

Así lo hizo en efecto. No le quedó más remedio a Achtner que obedecerle y despedirse de los niños, que no podían comprender su partida tan repentina; a eso de las seis de la tarde se alejó de la casa en el coche de Jessiersky, que éste mismo conduciría; tomaron el camino que corría junto al Pisón, valle abajo. No obstante, Jessiersky llegó solo a la estación, dejó afuera el coche y subió al tren; y durante toda la noche, mientras se acercaba el tren a Viena, lo persiguió la sensación definida de que alguien venía pisándole los talones, no Achtner, sino el Luna. El policía ya no constituía ningún peligro; el único que podía causar su ruina era Luna.

Se quedó en Viena hasta el dos de mayo, por la mañana, poniendo en orden diversos asuntos en su casa y en la empresa. Pero el dos a mediodía partió de Viena en dirección a Munich; y el cuarto tomó allí el tren para Milán. El cinco telegrafió desde Milán a Roma, anunciando que llegaría al día siguiente; en efecto, el seis por la tarde llegaba a Roma.

XI

De todas las colinas de Roma, que según los cálculos antiguos eran siete y que según cálculos más modernos son once o doce, la capitolina es con mucho la más pequeña y la menos llamativa, y esto no obstante, la más famosa desde los comienzos de la historia. Apenas más alta que una casa, y además hundida en el medio, se distingue un poco de las demás por sus laderas abruptas y por su situación en medio de la ciudad, por así decir en el corazón mismo de la Urbe. Por otra parte, es ahora mucho más baja de lo que sería en un principio. No tanto porque hayan aplanado sus alturas para obtener superficies horizontales y para colocar su ornamentación de templos y palacios, sino porque esencialmente los alrededores se han elevado hacia ella, ya que los siglos rellenaron los bajos que la rodeaban con los escombros y el polvo de las demoliciones, con las ruinas de antiguas grandezas, y con la arena móvil del pasado; y si se reinstaurara hoy, como antaño, la costumbre de arrojar al abismo a los delincuentes ya condenados, desde su punto más alto, la roca Tarpeya, es indudable que llegarían a la parte baja bastante golpeados y heridos, pero de ningún modo muertos como antes. Rebajada, achatada y roída por el tiempo como toda Roma, es más, como toda Italia, su punto más alto y más sagrado se encuentra por otra parte oculto bajo el fastuoso (aunque no por eso menos castigado por el tiempo), monumento al gran rey de la casa de Saboya; y fastidiadas por el desagradable estrépito del intenso tráfico circundante, se lamentan hoy en sus prisiones, bajo los flancos abruptos de la colina, el águila y la loba, símbolos de un poder más grande, más alto, más silencioso.

El hecho de que los primeros lugares habitados de Roma hayan sido no el Campo de Marte sino las colinas, más exactamente el Capitolio y el Palatino, y no las partes bajas como el Velabrum y el Forum Boarium, sino las elevaciones de las que hoy sólo conocemos el Germalus y la Velia, se debe mucho más que a la previsión guerrera de los etruscos al gusto y a las costumbres de los colonizadores latinos o umbro-volscos, así como en general la esencia misma de lo romano es una mezcla de lo sabino, lo etrusco y lo latino, donde predomina lo etrusco; hasta la tradición de la procedencia troyana del entero patriciado romano es una tradición etrusca, y sólo mediante el rebuscamiento de suponer que el dios nacional, o sea el mismo Marte, tuvo amores con la troyana Rea Silvia, hija de Numitor de Alba y nieta de Anquises, para ser padre de los gemelos Rómulo y Remo, se trató laboriosamente de dar un aire un poco más itálico a la saga mitológica.

Los etruscos, o como ellos mismos se denominaban, los tirrenos, que ya desde comienzos del primer milenio antes de Cristo habían llegado a esas tierras, no presuntamente, como los romanos, los Lotarios y los Capetos, sino en realidad, de las regiones contiguas a Troya, demostraron una evidente inclinación no a instalarse en los llanos bañados de sol, sino más bien en las laderas umbrías de los valles que los ríos habían abierto en la piedra blanda de la llanura; allí vivían su vida alegre y cómoda; y también prefirieron las colinas o montes de laderas abruptas para fortificarse en ellas, porque eran hombres en efecto sedientos de sangre, pero sólo como espectadores en los torneos, y no en la guerra; y en los huecos cubiertos de hiedra de los flancos de las colinas se encuentran las más antiguas tumbas etruscas; porque aunque ellos, más que cualquier otro pueblo del mundo, temían la muerte, no por eso dejaban de morir como todo el mundo… En resumen, todo aquél que ha visto los restos de algunas ciudades etruscas, aun las menos importantes, reconoce sin lugar a dudas que tanto el Capitolio como el Palatino no pueden haber sido habitados en un principio por los latinos sino por gente de la raza etrusca, tan adecuados parecen para atraer a los primitivos colonizadores lidios, tan semejantes a sus ciudades de origen, como Tirra o Tirsa; y que entre todas las rocas habitables de la región romana esas dos elevaciones, por lo menos, eran las más codiciables, ya que no sólo dominaban el camino junto al Tíber, sino también la vía fluvial y los barcos que la utilizaban; y sólo después las habrán cedido a manos latinas. Pero a pesar de todo, aún hoy persiste en ellas

como un espíritu la idea de sus primeros habitantes, y aun los lugares elegidos para determinados jardines romanos, con sus colinas umbrías que se elevan sobre laderas a pico, sigue siendo concordante con el gusto de los etruscos.

¡Qué gente rara y misteriosa, esos etruscos que, si no eran totalmente verdaderos hijos de Troya, por lo menos lo eran mucho más que los mismos romanos! Su propiedad más notable parece haber sido la de no querer engañarse sobre ninguna cosa del mundo, aun la más atroz, y a todas llamarlas por su verdadero nombre. Esos hombres y mujeres, aparentemente débiles pero íntimamente indomables, consideraban el período que nos ha sido dado de vida como lo que es en realidad, es decir, como una oportunidad (que no se repetirá jamás) de gozar, si no de las más intensas felicidades, por lo menos de las más profundas alegrías, y en muchos casos hasta de las más bajas; y no consideraban el reino de los muertos, a diferencia de tantos otros pueblos de la antigüedad, como la morada de las sombras y nada más, sino como una región horrible donde las almas de los difuntos, rodeadas de nubes negruzcas, se entregaban para la eternidad a la desesperación de saber que su destino no volvería a repetirse. Porque ya que —así pensaban esos descendientes de los Troes, Asarakos y Kapis— al final de la vida sólo los esperaba el terror de la muerte, por lo menos debían conservar la ventaja de no engañarse sobre su destino; y ya que no podían vengarse de los inmortales por haber infligido a su creación la desdicha de la muerte, por lo menos reprochaban a la creación la crueldad de esos inmortales. ¡Qué ejemplo notable, en oposición a la facilidad con que se dejaron matar en épocas posteriores los cristianos de Roma! No obstante, aunque nos opongamos con todas nuestras fuerzas a la muerte, o nos dejemos ir hacia ella como hacia un desvanecimiento que no tendrá nunca fin, hacemos una cosa u otra solamente por la razón de que la muerte nos resulta tan incomprensible. Pero por más que la resistamos, no cambiaremos en nada su incomprensibilidad.

De todos modos, es probable que los etruscos hayan tratado de oponerse también de otra manera a los dioses, al infringir constantemente, y por pura convicción, sus leyes: tales como la decencia y la moralidad y los prejuicios de la decencia y de la moralidad, como por ejemplo la idea de que el coraje es mejor que la cobardía, la modestia mejor que la impudicia, y así sucesivamente. Es por lo tanto muy posible que hayan constituido el primer pueblo de la antigüedad que nos precedió en lo que hoy día llamamos nihilismo. Pero sin duda ellos no lo adoptaron, como nosotros, por un debilitamiento de la fe, sino por la fuerza misma de su carencia de ilusiones.

Éste es uno de los poquísimos rasgos que conocemos de ellos, o que por lo menos nos atrevemos a suponer; quizá sea el más importante, pero en general los conocemos muy poco; hasta su lengua nos es todavía incomprensible, y no parece muy probable que lleguemos a saber de ellos mucho más de lo que sabemos ahora; de modo que para nosotros permanecerán siempre hundidos en ese destino de muerte que ellos temieron tanto cuando todavía vivían. Y si alguna vez volvieran a aparecer ante nosotros con alguna claridad, ya no serían ellos mismos, sino solamente sus fantasmas: jefes, con sus yelmos que se asemejan a la parte superior de unos hongos gigantescos; espíritus sobre carros de guerra cubiertos de metal labrado, vestidos como mujeres; imágenes fantasmales recostadas bajo los grises olivos de la Romaña. Porque ya a lo largo del destino y de la historia entera de Roma se pasean como apariciones, durante siglos, en realidad contenidos por el coraje y el poder de los latinos, pero siempre reapareciendo con su espíritu turbador, no sólo entre los mismos romanos, sino también entre los italianos, y entre todos los pueblos del mundo a la hora de la decadencia.

El Capitolio tenía, y tiene todavía, dos eminencias, como el Parnaso. Ambas estaban dedicadas a los padres de los dioses. Si uno sube por la rampa que lleva a la plaza del Capitolio, la famosa Cordonata, se encuentra con las dos elevaciones: a la derecha la que estaba dedicada a Júpiter, y a la izquierda la dedicada a Juno. En efecto, en esas dos eminencias, mucho más hermosas que ahora, cuando se elevaban los templos coronados de columnas y rodeados de frondas al aire resplandeciente de sol, se elevaban también desde los tiempos más antiguos las preces a las dos divinidades nombradas; y la parte intermedia, donde se encuentra ahora situada la plaza del Capitolio, se llamaba «el lugar entre las dos colinas». En esa época, el valle del foro era todavía un lugar pantanoso, la mayor parte de las colinas circundantes estaban cubiertas de bosques donde los animales salvajes llevaban su vida llamar al son del cuerno a todos los pobladores para reunirlos por algún motivo de interés general. ¡Oh época independiente, y la superficie habitada del Palatino, la Roma Quadrata, era todavía tan pequeña que se podía primera y feliz, hace tanto olvidada, de la gran ciudad! ¡Oh primera Roma campesina! Todavía trabajaban tus hijos, una raza vigorosa de campesinos guerreros, con sus propias manos los terrones de la tierra de labranza; todavía conducían las riendas de los bueyes bajo el yugo, y cuando el sol poniente alargaba las sombras de las colinas, traían

sobre los hombros, desde el bosque, la leña para sus hogares; todavía la alimentación era sencilla, la vestimenta escueta; el pueblo honraba todavía a los dioses, los niños a sus padres, la mujer al marido; todavía no se pintaban las matronas la cara, los esposos no se divorciaban, ni los amigos traicionaban a sus amigos. Pero con el pretexto de que todo esto era demasiado campestre, demasiado tosco y demasiado anticuado, y que convenía que todo fuera más grande y mejor, se empezó a destruir rápidamente este estado de cosas; y cuanto más crecía el poder exterior del pueblo romano, tanto más rápidamente se agotaban sus fuerzas interiores. Es verdad que las águilas de las legiones extendían su vuelo por todos los confines del Lacio, por toda Italia, hasta llegar a los extremos mismos del mundo conocido; es verdad que esa ciudad, que había sido edificada de arcilla y de barro y de ladrillos, se convirtió en una ciudad de piedra dorada; es verdad que también empezaron a cubrirse las alturas del Capitolio con templos y columnas de mármol pentélico, de arcos de triunfo y de caballos de bronce, de imágenes y estatuas de los dioses propios y de los dioses de los pueblos vencidos, de esculturas robadas en Grecia, de incontables trofeos y estandartes de los pueblos debelados; pero la pureza de las costumbres, la fuerza de ánimo, el vigor del espíritu, en fin, todo lo que los había llevado con su grandeza a conquistar el mundo entero, ahora caía destruido justamente ante la magnitud del imperio ganado, y la Urbe y el Orbe cedieron ante el empuje de los primeros cristianos, cuya fe era tan poderosa como en un tiempo la fe de Roma, y ante el ataque de los pueblos del norte, que eran todavía tan jóvenes como lo había sido Roma un día. También los templos del Capitolio cayeron en fragmentos y en ruinas, y las capillas de los dioses secundarios, por ejemplo la Madre Tierra Ops, el Júpiter subterráneo y las tres deidades arrodilladas, propiciatorias de los partos, la ciudadela y los techos de los templetes recordatorios, la columna de Duilio adornada con proas de barcos y el ejército de gigantes dorados de Metello, los memoriales de la fama y las alegorías del poder, todos cayeron, así como cayó el poder y la fama de Roma, y se hundieron en el polvo; y donde en los primeros tiempos habían morado los animales salvajes, volvieron a morar las cabras salvajes.

No obstante, algunos espíritus nobles quisieron conservar en lo posible, durante la época cristiana, la santidad de la colina, sin destruirla totalmente. Ciertas familias feudales, como por ejemplo los Frangipani, que se habían instalado en ella, y no solamente en ella sino también sobre el Foro y hasta el Coliseo, trataron al mismo tiempo de conservar sus defensas; volvió a levantarse la dignidad del lugar de reunión del Senado, y no sólo fue nuevamente adornado con palacios, sino además defendido con torres; se edificó allí una iglesia, llamada el Ara del cielo, dedicada al único Dios; pero lo que todavía hoy nos deja atónitos al contemplar el Capitolio no es justamente su grandeza visible, sino los restos de la antigua; algún mosaico reconstituido con fragmentos laboriosamente desenterrados y reunidos, algún símbolo miserable, manchado por las tragedias, del poderoso esplendor de antaño.

Si se supusiera un paralelo que pasara por la colina en cuestión, esta línea imaginaria no solamente dividiría la ciudad de Roma en dos, sino también toda la península itálica, y si se quiere, también el Mediterráneo entero, en dos regiones; una nórdica, pletórica de la vida del presente, y meridional, que en medio de la tristeza de las ruinas continúa alimentando nostalgias infructuosas de un pasado irredimible. Como si en el norte tuvieran demasiada poca fe en el cielo, y en el sur demasiada; y si hacia el septentrión los más venerables restos de la primera cristiandad se ven ocultos y cubiertos por las imágenes de la época moderna, se levantan sin embargo en pleno mediodía las ruinas de la antigüedad, como si nada viviente se hubiera atrevido a instalarse donde corrió la sangre de los primeros mártires, como si nadie hubiera sido capaz de alejar de sus tumbas los escombros en que se hundieron los palacios de sus perseguidores. La melancolía, el recogimiento y la resignación se demoran todavía sobre el Aventino, la Vía Latina, el Circo de Masencio; y la miseria, la suciedad y la escualidez se esconden todavía entre las piedras que vieron los dolores de los mártires.

Si el espíritu se conmueve ante ese mundo de ruinas dentro de los muros de Roma, más triste todavía se le aparece la imagen de la decadencia fuera de dichos muros, frente a la melancolía de la campaña romana. La Via Appia es la más famosa de las carreteras que, bordeadas de tumbas, conducen a ese reino de los muertos. Pero no solamente están las calles de ese reino de difuntos bordeadas de sepulcros, sobre la superficie de la tierra, sino también debajo de ella. Nos referimos con esto a las cataumbas, que sobre todo al sur de Roma atraviesan la tierra en todas direcciones, y cuyas paredes, tumba junto a tumba y tumba sobre tumba, consisten solamente en tumbas.

La denominación primitiva de las catacumbas —y en esto nos atenemos a los escritos del profesor de arqueología cristiana de la Universidad de Roma, Cario Cechelli— fue la de *coeme teria*, es decir, cementerios, ciudades del ensueño. Con eso se quería decir que los cuerpos de los cristianos muertos no eran cuerpos de difuntos, sino de durmientes, que esperaban el despertar, es decir, la resurrección. La

palabra *catacumbae* en sí, en su principio, no fue más que la designación de un lugar situado junto a los muros de Roma, y más tarde se extendió a todos los cementerios subterráneos. El lugar propiamente denominado *ad catacumbas* se encontraba junto a la iglesia de San Sebastián. Allí la Via Appia atravesaba una serie de hundimientos del terreno, que por su analogía con la concavidad de las barcas se llamaban *cymbae* y de esa palabra y del griego *cata* se formó *catacumbae. Ad catacumbae* quería decir, por lo tanto, «junto a las concavidades». Se encontraban en esa zona numerosas tumbas paganas, y sólo más tarde llegó a ser el lugar un cementerio de cristianos, cuya fama principal se basaba en el hecho de que allí hubieran enterrado a los apóstoles Pedro y Pablo.

Sin duda ya durante la antigüedad se enterraba a los muertos, en general, en cámaras, corredores o grutas excavadas en las laderas de los montes; y además existían los que se llamaban *columbianos*, que contenían una enorme cantidad de nichos donde se colocaban las urnas con las cenizas de los muertos, o directamente sus cadáveres, ya que, del mismo modo que lo hacían los cristianos, muy a menudo los paganos no quemaban los cuerpos, y los colocaban en sarcófagos, bajo los que se llamaban seudosarcófagos; de allí surgió la costumbre de cavar un nicho cuadrangular o abovedado en la pared de piedra, sobre la tumba verdadera.

En las catacumbas romanas los corredores, que eran siempre largos y estrechos, se abrían en cualquier dirección. La razón de esta disposición tan confusa era la falta de espacio; porque en ningún caso podían pasarse de los límites exactos de las *arae* o cementerios, ni arriba ni debajo de la superficie; y como el número de fieles que requerían sepultura crecía constantemente, hubo pronto que empezar a cavar también hacia lo hondo. En este sentido, la labor fue facilitada por la naturaleza del suelo, de *travertino* blando o arenisca. Más cómodo todavía les resultaba descubrir en la roca, que se encontraba debajo del *travertino*, corredores ya preparados por las fallas del terreno. El espacio, como ya hemos dicho, se agotaba pronto, de todos modos, y casi siempre se abrían pasadizos estrechos que apenas tenían la altura de un hombre, lo que se llamaba *cryptae.* Cuando ya no alcanzaba un corredor, entonces se lo profundizaba, de modo que las hileras de sepulcros más antiguos siempre se encuentran cerca del techo del corredor. Pero cuando ya no se podía profundizar más un corredor, entonces se abría otro por debajo. Más tarde, para las personas que tenían algún interés en ser enterradas juntas, y para algunas familias enteras, se excavaron las llamadas *cubicula,* o pequeñas cámaras, y también bóvedas sepulcrales aisladas, en vez de corredores uniformes con hileras paralelas de sepulcros.

En realidad las catacumbas no se excavaron durante los primeros tiempos del cristianismo, sino solamente a fines del siglo I y comienzos del II. Pero ya existían en los lugares escogidos algunos grupos de corredores, y en algunas catacumbas es posible descubrir todavía la existencia de sepulcros aislados, que más tarde quedaron reunidos con los demás. Sólo a comienzos del siglo IV aparecieron esas inmensas necrópolis subterráneas, compuestas por trozos de muy distintas épocas, que iban reuniéndose entre sí, en cuya ocasión se ensancharon los corredores, se excavaron y construyeron enteras basílicas bajo tierra y se llevó a cabo una multitud de otras labores de construcción, que cambiaron totalmente el aspecto de las respectivas catacumbas. Pero durante los siglos siguientes poco fue lo que se agregó a ellas, y en cambio en su mayoría fueron sumiéndose cada vez más en el olvido, hasta que, a medida que aumentaba la inseguridad general, a causa de las luchas continuas con los bárbaros incontenibles, y al despoblarse las zonas bajas como consecuencia de atroces epidemias, así como la destrucción de algunas catacumbas, como por ejemplo la efectuada por los godos en el año 410, y además por temor a los ladrones y saqueadores que se atrevían a llegar hasta los muros mismos de Roma, se suspendieron por su inconveniencia los entierros fuera de la ciudad, y casi todos los restos de santos fueron transportados al interior de la urbe. El redescubrimiento de la Roma subterránea sólo tuvo lugar, por así decir, durante el siglo XVI, gracias a Antonio Bosio, el «Colón de las catacumbas»; y entonces empezaron las excavaciones y estudios de una serie notable de investigadores, entre ellos P. Marchi. Pero el que más destacó fue De Rossi, que en la segunda mitad del siglo pasado descubrió lo que se llama el *cubiculum pontificium,* el sepulcro de los papas con la tumba de Anteros, Fabianus, Lucinius y Entychianus, así como los lugares en que se encuentran enterrados nueve papas más.

Después de estas informaciones generales, Cechelli pasa en su tratado a ocuparse de la descripción individual de las diversas ciudades subterráneas de Roma, la *Memoria Apostólica* y las catacumbas de San Sebastián, el cementerio de San Calixto, los de Pretextato, de Domitilla y de Comodilla, la tumba de San Pablo en el predio de Lucina, la tumba de los Aurelios y muchas otras. De allí extraemos una descripción del cementerio de Pretextato. Porque por el laberinto de sus corredores quiso Jessiersky eludir a sus perseguidores, no solamente el conde Luna, sino también los oficiales de la justicia. Resulta ahora muy

evidente cuál fue su intención: dar a entender que se había perdido en las catacumbas y que allí había encontrado de algún modo la muerte, para salir en realidad por otro lugar, no por donde había entrado; y una vez fuera, tomar un barco y volver las espaldas a Europa para siempre; y seguramente había oído hablar o había leído algo en los diarios acerca de la desaparición de los curas franceses, lo que le habrá sugerido la idea de utilizar esas catacumbas como una manera de borrar sus huellas. Porque ya hacía algunos meses que los diarios habían publicado la noticia de la misteriosa desaparición de los sacerdotes. La diferencia era que los curas se habían perdido realmente, y sin duda habían hallado la muerte en el laberinto. Pero él, Jessiersky, pensó utilizar esta desaparición de los curas como un pretexto para descender a las catacumbas y efectuar, por lo menos en apariencia, una búsqueda minuciosa, porque si no, nadie en el mundo habría podido comprender por qué razón había elegido justamente esa catacumba, medio inexplorada, cuando podía visitar tantas otras más importantes, y encima sin compañía de ninguna clase. Pero está claro que él estaba decidido a no perderse, a diferencia de los sacerdotes, y sobre todo a no perder la vida en sus galerías…

La descripción que hace Cechelli del cementerio de Pretéxtate es más o menos la siguiente:

Estos subterráneos se encuentran en el ángulo formado por la Via Appia Pignatelli y la Via Appia Antica. Probablemente estos terrenos pertenecieron, entre muchos otros, a Herodes Atticus, famoso financiero de la antigüedad, y a su mujer Annia Regilla. En una de las partes más antiguas de la catacumba se encuentra un *cubiculum* con la representación pictórica, muy poco común en esa época, del Cristo Coronado de Espinas, y no lejos de allí se encuentra una lápida sepulcral escrita en griego, destinada a una tal Urania, hija de Herodes; pero este nombre no se refiere directamente al financiero, sino a uno de sus esclavos, ya que éstos solían adoptar el nombre del amo como señal de agradecimiento cuando eran liberados. En la cripta se encuentran también dos hermosos frescos, uno con Cristo y la Samaritana, el otro con una representación de la peregrinación a Emaus.

Muy antiguo también es un corredor, relativamente más ancho, cuyos cubículos poseían frontones de tejas. Esta parte se llama también la Spelunca Magna. Allí fueron depositados los restos de los mártires Januarius, Cyrinus, Felicissimus y Agapitus, y hace poco se descubrió un Elogio de Januarius, que corresponde a la época del papa Dámaso, escrito por su secretario Furius Dionysius Philocalus.

En un punto determinado se encuentra una ampliación en forma de nicho, con columnas y placas de mármol, donde se reunían los fieles. Allí se rendía culto especial a uno de los cuatro mártires ya nombrados, pero no se sabe todavía a cuál de ellos.

No pertenece a la catacumba de Pretextato una construcción subterránea con representaciones de escenas del culto pagano del Attis Sabatius. En un principio esta cripta era independiente, y sólo más tarde fue anexada a la catacumba.

La catacumba de Pretextato casi no ha sido explorada.

Quizá esta circunstancia, la de que la catacumba se encontrara casi sin explorar, fuera el motivo que atrajo a los dos curas franceses, y los indujo a entrar en ella por el corredor que emergía en la iglesia de San Urbano; de tal manera que la cristiandad pudo agregar en el presente dos víctimas más a las incontables que se le habían ofrecido en el pasado. En realidad, en una de las entradas oficiales de la catacumba les habían negado el permiso de efectuar investigaciones en condiciones tan precarias, pero en San Urbano, en cambio, el guardián no había podido contenerlos, porque carecía de autoridad suficiente.

Según algunos eruditos, la iglesia de San Urbano es un antiguo mausoleo de la época de los Antoninos, según otros es un resto aislado de la villa de Herodes Atticus. Se alza a unos cuantos centenares de metros al este de la Via Appia y presenta el aspecto de un pequeño templo con frontón y columnas de mármol, que durante siglos estuvieron reunidas por un muro de ladrillos, pero que ahora se encuentran nuevamente libres. El frente de la iglesia da al este. A sus pies se extiende lo que se llama la Marrana della Caffarella, un valle poco profundo donde corre el Almo; en su margen izquierda se encuentran las grutas de Egeria, y a la derecha el bosque sagrado de dicha ninfa.

Pero no siempre se encontraron aquí el bosque y la gruta en cuestión; hasta los tiempos de la República tanto uno como otro se hallaban junto al lago de Nemi; y es muy probable que ambos santuarios, provenientes de los montes Albanos, hayan seguido el traslado de los colonizadores latinos de Alba Longa a Roma, así como el santuario de Dodona siguió a los griegos en su emigración del norte al sur. En efecto, el árbol del Mundo, de Dodona, bajo cuyos susurros se creía escuchar los anuncios del porvenir, acompañó siempre a los pueblos griegos en sus migraciones, de modo que allí donde llegaba dicho pueblo, buscaba y encontraba una nueva Dodona, igual a la que acababa de abandonar; y por eso la que se encuentra en Epiro, y que todavía conocemos hoy, no es en realidad la verdadera Dodona, sino mejor dicho la última. Del

mismo modo, por lo tanto, aunque a lo largo de un trayecto mucho menor, emigraron también la gruta y el bosque de la ninfa Egeria con los latinos que pasaron del lago de Nemi a Roma. Convenía tenerlos a mano, el pueblo los necesitaba para su culto, que por otra parte no nos ha sido transmitido en todos sus detalles; pero ya se había vuelto demasiado complicado efectuar, cada vez que resultara necesario, una peregrinación hasta los montes Albanos; y por eso se los volvió a descubrir, al lado mismo de Roma, una vez más, o mejor dicho dos veces más; en tiempos de los reyes, en las laderas del monte Celio; y más tarde, cuando las casas de la urbe llegaron hasta allí, aparecieron en la campaña circundante. Lo que hoy llamamos, por lo tanto, la gruta y el bosque de la ninfa Egeria, son ya la tercera gruta y el tercer bosque.

En ese bosque, que está formado por una especie particular de robles, solía encontrarse el rey Numa Pompilio con la ninfa y —como figura en términos oficiales en una de las actas del sumario correspondiente a la desaparición de Alexander Jessiersky— en una de estas ocasiones se unió con ella en matrimonio. En realidad esto no se refiere directamente a las bodas de un monarca con un ser fabuloso, sino más bien a la unificación del culto de uno de esos reyes religiosos de la prehistoria con el de una divinidad de las fuentes; y ese matrimonio, probablemente con el fin de provocar la fertilidad y el riego anual de las tierras, se celebraba con cierta frecuencia, y hasta quizá una vez por año. Fuera como fuera esta unión mística, lo indudable es que el bosque donde tenía lugar no era un mero grupito de árboles, sino un hermoso bosque umbrío. Pero por desgracia casi nada queda de él. Porque ya durante la antigüedad este bosque fue perdiendo gran parte de su esplendor; el joven cristianismo, posteriormente, se encargó de abatirlo con saña; y durante los últimos siglos apenas se ha mantenido con una población de unas dos docenas escasas de árboles. Pero el golpe más terrible contra este lugar santo fue dado, como ocurrió también con tantas otras cosas, por la Segunda Guerra Mundial. Porque cuando los aliados avanzaron hacia Roma y decidieron tomar la ciudad, el bombardeo consiguiente en los alrededores redujo el número de árboles a la miserable suma de tres. Por lo tanto, seguir llamando bosque a estos tres árboles es una pretensión un poco ridícula. De todos modos, para la época en que Jessiersky visitó la iglesia de San Urbano, florecían en torno las matas silvestres, y todo el valle de la ninfa estaba como inundado por el aroma de las altas hierbas y el perfume de las flores campesinas.

Es muy probable que Alexander Jessiersky, en su viaje subterráneo por las catacumbas, llevara consigo, además de su escaso equipaje, un plano del laberinto diseñado por un tal Casamonte. Esta circunstancia, que no había llegado a conocimiento de la policía romana, fue deducida por el oficial de justicia Julius Gambs, cuando en ocasión de una búsqueda minuciosa por la biblioteca del palacio Strattmann estudió con detención el catálogo de los libros existentes en ella. No porque el empleado, ya bastante cargado de obligaciones, tuviera la obligación de estudiar ese catálogo o de revisar todos los libros de la biblioteca; no habría terminado nunca, de tomar esa decisión. Más bien debemos decir que se ocupó de algunos volúmenes aislados. Porque se interesaba un poco por lo que se suele llamar literatura erótica, y con ese propósito estudió con cierta dedicación las existencias de la biblioteca Strattmann. Tenía la costumbre de escoger aquellos libros indecentes u obscenos que de vez en cuando caían aquí y allí bajo la censura de la ley, y en vez de mandarlos destruir, se los llevaba a su casa para volver a venderlos a escondidas, lo que a veces le representaba un notable aumento en sus ingresos mensuales.

Pero no consiguió encontrar pornografías de ninguna clase en la biblioteca Strattmann; en cambio, al estudiar como hemos dicho el catálogo detenidamente, le llamó la atención la palabra «catacumbas», aunque en un sentido muy distinto del de pornografía. Y bajo esa palabra figuraba el mapa o plano de Casamonte. Pero cuando el oficial de justicia quiso buscar este mapa, descubrió que ya no se encontraba en la biblioteca; y de allí dedujo que Jessiersky se habría llevado el tomo consigo. El libro podía también haber desaparecido de otro modo, pero eso resultaba muy improbable, ya que era el único volumen de la biblioteca que se ocupaba expresamente de catacumbas; y si al mismo tiempo que desaparecía un libro sobre catacumbas desaparecía un morador de la casa dentro de las catacumbas, era de deducir sin mayores complicaciones que ambos habían desaparecido juntos en el interior de dichas catacumbas.

Cuando el oficial de justicia Gambs, con una mezcla de inteligencia que no es común y de indolencia que sí es común en la mayoría de los empleados del Gobierno, llegó a este punto en sus reflexiones, su inteligencia ganó la batalla con la indolencia hasta el punto de olvidarse, por lo menos momentáneamente, de la posibilidad de aumentar sus ingresos con la pornografía; se dirigió a la Josefsplatz y pasando por el palacio Pallavicini entró en la Biblioteca Nacional, donde encontró un segundo ejemplar del mapa de Casamonte, que no había desaparecido como su facsímil del palacio Strattmann; lo estudió con detención. La obra, dedicada a un tal cardenal Chigi, había sido publicada en Roma en 1721. Después de la dedicatoria en latín, seguía una introducción escrita en italiano, de carácter general, y luego una docena y media más o

menos de mapas, en un formato de dos pies por tres. Estos planos o mapas se podían plegar hasta el tamaño de las páginas del libro, de unas ocho por once pulgadas. La encuadernación era de cuero con dorados. Evidentemente, su tamaño había sido calculado para que el libro cupiera dentro del bolsillo de las personas que visitaran las catacumbas.

El oficial de justicia no perdió tiempo en estudiar la dedicatoria en latín, que apenas entendía, ni la introducción en italiano, que no entendía en absoluto. Prefirió dedicarse inmediatamente a los mapas en sí, que representaban las partes más importantes de las catacumbas y estaban adornados con imágenes de los dioses subterráneos, por ejemplo Hades y Tártaro, y también las diosas lunares Hécate, Perséfona y Alcestes. Pero las observaciones atinentes se encontraban, por supuesto, en italiano. De todos modos, después de un breve examen, el oficial logró descubrir, en el mapa correspondiente, que entre la catacumba de Pretextato y la de San Sebastián existía una comunicación, por lo menos en el plano. Pero al parecer muchas de las otras catacumbas se vinculaban igualmente entre sí. Hasta qué punto estas vinculaciones bajo tierra eran reales, y hasta qué punto eran meramente hipotéticas, el oficial de justicia no pudo averiguarlo; porque en todos los mapas antiguos se suele representar como un hecho cualquier hipótesis formulada en la época de su trazado: pero estas sutilezas no interesaban en lo más mínimo al oficial, por lo menos momentáneamente; porque le bastaba saber que Jessiersky había visto en alguna parte dibujado que las catacumbas de Pretextato y de San Sebastián se comunicaban, lo que podía muy bien haberlo inducido a entrar por la iglesia y a salir por otra parte, ya fuera por la salida contigua, que constituía además la entrada principal de la catacumba de Pretextato y que se encontraba cerca de San Urbano, en una cantera de pedregullo, ya fuera trasladándose primero al laberinto de San Sebastián para emerger al aire libre por la entrada correspondiente en las proximidades de la Via Ardeatina, o por la entrada de las catacumbas de San Nereo y Aquiles.

En realidad, habría sido mucho mejor que, durante esos días pasados en Roma, Jessiersky se hubiera ocupado de conseguir algún plano de esos subterráneos más moderno que el trazado por Casamonte. Pero al parecer había considerado suficientemente claro el plano de Casamonte y no había consultado otra obra para cerciorarse de su verosimilitud. En pocas palabras, se había perdido en el laberinto y no había vuelto a ver nunca más la luz del día, y en consecuencia no había podido llegar a Nápoles, donde debía embarcarse en el *Duque de Aosta* con destino a Buenos Aires.

Con esto se habría podido conformar el oficial de justicia. Pero ahora que las circunstancias lo habían puesto nuevamente en acción, contra su voluntad, el hombre no se conformó con estas deducciones. En cambio, reflexionó que era improbable que Jessiersky, sintiéndose perseguido por las autoridades de su país, no pudiera realmente haberlas puesto sobre una pista tan clara como la que les ofrecía al reservar un pasaje en el *Duque de Aosta,* bajo su propio nombre; porque en ese caso no había más que solicitar por cablegrama a Buenos Aires que averiguaran si había llegado realmente a esa ciudad un tal Alexander Jessiersky, desaparecido por lo menos oficialmente en una catacumba de Roma; siempre en el caso de que hubiera podido salir de ella. Más bien era de sospechar, con mucha razón, que el asunto del *Aosta* había sido una mera maniobra para despistar a la justicia, y que Jessiersky había concebido la intención de irse de Italia en otro barco y con otro nombre, sin correr riesgos. Si en efecto había proyectado esa maniobra, y luego no había podido llevarla a cabo en su totalidad, debía de haber quedado, en alguna embarcación que hubiera zarpado para aquella época, un pasaje pagado sin utilizar; en efecto, se pudo comprobar que en el *Independence,* un barco de la Amexco, que debía salir el 12 de mayo de Génova con destino a Nueva York, había pagado un pasaje un señor con el nombre poco común de Friedriechkeit; un alemán, que luego no se había presentado en el momento de la partida.

Muy pocas veces ocurre que un pasaje quede así pagado sin que nadie lo utilice, porque el pasajero no se presentó a tiempo para la devolución del importe, una suma en verdad considerable; es más, no se presenta casi nunca en la práctica. El pasaje en el *Independence* estaba pagado, y nadie lo había utilizado; por lo tanto, había que deducir que, así como el pasajero del *Aosta* no había tenido la intención de pedir que le devolvieran el importe, el pasajero del *Independence* se había visto imposibilitado de pedir dicha devolución; o en otras palabras, que el pasaje reservado en el *Independence* por el señor Friedriechkeit había sido adquirido en realidad por Jessiersky, con un nombre falso y bajo la presentación de un pasaporte también falso. Porque por otra parte se pudo verificar que el señor Friedriechkeit no existía ni había existido nunca; más bien era de suponer que durante esos dos días pasados en Munich, Jessiersky se había procurado el pasaporte falso, y con ayuda del mismo, se había hecho reservar, desde Milán, un pasaje en el *Independence*; y sólo entonces había viajado a Roma, reservando un lugar en el *Duque de Aosta*, no con la intención de utilizarlo, sino más bien para despistar a sus posibles perseguidores. Por lo tanto, si hubiera podido salir de la catacumba, no habría ido a Nápoles, sino a Génova, y habría abandonado las costas de

Europa no en el *Duque de Aosta,* sino en el *Independence.*

Pero no había podido cumplir su plan, y en vez de navegar por el océano, se había visto obligado a chapotear por el Leteo; en pocas palabras, había muerto. Queremos decir con esto que estaba realmente muerto, había fallecido bajo la tierra, y lo que él había querido hacer creer a sus perseguidores, había ocurrido realmente. Por supuesto, no se descubrieron nunca los pormenores de su muerte. Pero ya era absolutamente indiferente que los descubrieran o no. Porque en lo que a él se refería, como en lo que se refiere a cualquier muerto, bastaba saber, simplemente, que ya no existía…

XII

En realidad el fin de Alexander Jessiersky pudo haber sido como sigue:

Muy pronto había comprendido que el plano de Casamonte, aunque no exactamente equivocado, era bastante incompleto, y considerando la multiplicidad y complejidad de esos corredores subterráneos, el hecho de poseer un plano incompleto equivalía casi a la posesión de un plano equivocado. Por ejemplo, donde el plano indicaba una sola bifurcación, había a menudo dos, o hasta tres, y en los lugares donde el plano sólo presentaba un piso, o en el mejor de los casos dos, se encontraban muchos más, uno sobre otro. Jessiersky había calculado que en líneas generales se movería siempre sobre un mismo plano. Pero en cambio se encontró inmediatamente sumergido en lo tridimensional; un plano se elevaba sobre otro, y todo el interior de la tierra parecía un panal, o una esponja totalmente ahuecada y perforada; de modo que para ofrecer una representación adecuada de estos pasadizos hubiera sido necesario recurrir a la geometría descriptiva. Los mapas que llevaba consigo no correspondían a la realidad sino a un esquema de la realidad de esas catacumbas. Con la intención de dar una idea lo más clara posible del laberinto representado, habían eludido los detalles particulares. Reducían en el papel el espacio, y ante todo daban importancia a lo monumental del diseño. En verdad, no llegaban al extremo de deformar la realidad, pero de algún modo la modificaban. Esta circunstancia, sin duda, no había desagradado demasiado al cardenal Chigi, a quien estaban dedicados los planos de las catacumbas. Sentado ante un escritorio de su palacio, hojeando el costoso ejemplar en cuero dorado que acababan de entregarle, observaría con satisfacción que la dedicatoria compuesta en dísticos latinos no había pasado por alto la probabilidad de que los Chigi provinieran de una antigua familia patricia romana; y en presencia de Casamonte, que con todo respeto se encontraría inclinado detrás del sillón del cardenal tratando con suma atención de percibir el efecto que las finezas de su poesía producían en el príncipe de la Iglesia, mencionaría, con tanta indulgencia como ambigüedad, que la intención del cartógrafo de demostrar también sus condiciones de poeta había sido coronada por el éxito. Pero por desgracia la intención poética de Casamonte se había extendido también a la confección de los planos. Porque ser poeta significa dejar de lado lo que no es esencial; y Casamonte no sólo había dejado de lado la necesidad de mencionar en su dedicatoria que los patricios Chigi, supuestos descendientes de los Julios y de los Flavios, constituían en realidad una familia de vulgares banqueros, de origen bastante desconocido; no sólo había pasado esto por alto, sino que además había pasado por alto en sus planos todo lo que pudiera ser nocivo al hermoso efecto de los grabados. Eso no podía importarle demasiado al cardenal, que no había pisado jamás el subsuelo de Roma, o en el mejor de los casos lo había hecho una o dos veces, en ocasión de algún servicio religioso realizado en la capilla fúnebre de Santa Cecilia; poco podía importarle al cardenal en su espléndido palacio, pero sí era importante para una persona que corría peligro de perderse en las catacumbas, y Alexander Jessiersky no pudo menos que maldecir la tendencia del mundo, que consistía, cuando no en deformar las cosas totalmente, por lo menos en modificarlas de acuerdo con su gusto y con sus necesidades. Cierto era que hasta ese momento también él había defendido la conveniencia de esas modificaciones de la realidad; pero ya no las defendía.

De todos modos, comenzaba a comprender que el intento de despistar para siempre a la luna en esas catacumbas, sin haber realizado previamente un estudio de la topografía del lugar, era un serio disparate. Porque resultaba evidente que había calculado mal la dificultad, o peor aún, el riesgo de su intento. Ese complejo de corredores, que no había sido trazado por la naturaleza sino por el hombre —así había pensado Jessiersky—, no podía ser excesivamente complicado. Pero al reflexionar así había olvidado que la catacumba no había sido construida, como una casa, por unas cuantas personas, sino por miles, o mejor dicho por decenas de miles de obreros, y no de una vez sino a lo largo de muchos siglos; y esa labor había madurado en una monstruosidad. Lo que el hombre aislado puede producir es casi siempre muy poca cosa;

pero lo que los hombres pueden producir entre todos, especialmente cuando los mueve una ilusión —y en el fondo sólo una ilusión puede moverlos—, sobrepasa toda medida.

Cuando Jessiersky comprendió que ya no llegaría nunca a la entrada principal de la catacumba de Pretextato, situada en la cantera de pedregal, y que ni siquiera podría llegar al punto contiguo a la Via Ardeatina, donde había sido su intención resurgir a la luz del día, decidió regresar a la iglesia de San Urbano y dejar para otra vez el intento de despistar a la luna. Llegó a esta decisión bastante rápidamente porque pensaba, sobre todo, en su proyectado viaje por mar. Seguramente ya habrían encontrado a Achtner, y las investigaciones provocadas por su muerte sin duda habrían llegado o estarían por llegar, a resultados concretos. Una vez que quedara demostrado, como ineludiblemente debía ocurrir, que Jessiersky había sido el autor del crimen, y cuando en el curso de la investigación se descubriera que también había sido el matador de Eisl y el de Spinette, se apresurarían las pesquisas de la policía italiana y de la austríaca reunidas, seguirían sus rastros y tratarían de detenerlo en su huida. Por lo tanto, no debía perder en ninguna circunstancia el barco de la Amexco; y por otra parte, no tenía mayores deseos de prolongar sus viajes de descubrimiento bajo la tierra. Por Dios, la luna podía seguir pisándole los talones un tiempo todavía. Ya llegaría el momento de hacerle perder la pista. Pero el intento de derrotar a la luna utilizando sus propias armas tenía que llevarlo lamentablemente a la certidumbre de que la luna lo había derrotado con sus propias armas. Porque cuando quiso volver a la iglesia de San Urbano, descubrió, hundido en la zona en sombra de la tierra, que ya no podía salir del mundo subterráneo de la luna al mundo iluminado del sol.

No puede ser nuestra intención detallar los diversos pormenores de su vagabundeo por las catacumbas. Y sabemos que de allí no volvió a salir nunca, y esa circunstancia hace absolutamente innecesario acompañarlo por todas las etapas de su viaje. El viaje, de todos modos, lo conducía hacia una meta determinada, la meta que nos espera a todos.

Pero hablaremos de cómo se le reveló esa meta en su calidad de tal; es decir, cómo llegó a saber que eso hacia lo cual se dirigía era después de todo una meta. Porque ya sea con ese aspecto, ya sea con otro, ya sea de ese modo, ya sea de otro, es la meta que nos espera a todos al final del camino.

Pasados los dos primeros días, aunque había economizado en lo posible su pequeña provisión de alimentos, se quedó sin nada para comer, y empezó a atormentarlo una sed atroz. Al tercer día —aún podía seguir el curso del tiempo con su reloj— tuvo que reconocer que ya no podría alcanzar tampoco el barco de la Amexco. Pensó entonces que si se quedaba allí abajo para siempre habría conseguido por fin despistar a la luna. Porque allí adentro ya ni siquiera la luna podía encontrarlo. Pero se engañaba, porque allí adentro quizá fuera la luna la única que podía encontrarlo…

Agotado, se sentaba con la espalda apoyada contra las paredes, o se acostaba en el polvo y dormía. En los intervalos, siempre en las tinieblas, porque quería ahorrar la luz de que disponía, proseguía su marcha a tientas. Además, así le resultaría más fácil descubrir, pensaba, las tomas de aire que sin duda aún existían. Había oído decir que esas tomas de aire, las llamadas luminarias, se encontraban en su mayoría obturadas con escombros, pero que de algunas, muy pocas, quedaba aún un mínimo orificio; en todo caso, en su camino por las sombras no se había encontrado con ninguna. Quizá el destino había querido que pasara cerca de alguna de ellas durante una noche oscura sin luna; otra insidia de la luna, que no le permitía descubrir esas aberturas que sin duda existían…

Después de un tiempo empezó a sentir el temor de encontrarse con los curas perdidos, en estado de putrefacción, en medio de esas tinieblas; y su avance a tientas se hizo más lento, como el andar de alguien que chapotea en el agua, como el andar de un perro lunático. Pero al mismo tiempo pensaba que el olor de la putrefacción se habría hecho evidente ya desde cierta distancia, anunciando la presencia de los cadáveres. O quizá sólo fueran momias, indistinguibles de aquellas que aquí y allá habían caído de los nichos sepulcrales, o que ya en la antigüedad habían sido arrancadas de su lugar de reposo por los bárbaros en sus pillajes. Tenía la sensación, muy a menudo, de estar rozando momias con las manos; y en cierta oportunidad se le pegó algo al talón del zapato, algo como una espuela. Cuando encendió un fósforo, descubrió que había pisado una mandíbula justo en su parte media, uno de esos huesos tirados en los corredores, y ahora la mandíbula se le había agarrado al talón, elásticamente, como la abrazadera de una espuela.

Hacía mucho tiempo ya que había perdido la maleta y el abrigo, y también el sombrero. A veces pasaban sobre él los murciélagos, y lo rozaban con las alas. Pero cuando encendía un fósforo, tratando de descubrir por donde entraban y salían, los murciélagos siempre habían desaparecido. Jessiersky se imaginaba las aberturas por donde pasaban al exterior. Arriba, en la superficie, donde emergían enceguecidos en grandes bandadas, debía de parecer una especie de volcán de petróleo, como una fuente

oscura que lanzaba sus nubes intermitentes hacia los aires. Los verdaderos volcanes, pensaba delirando, provienen de un río subterráneo que es de fuego puro y que se llama Piriflegetón. Tal vez tenía un afluente, que consistía en murciélagos, y del mismo modo que los volcanes de fuego verdaderos lanzan su fuego hacia el cielo, así lanzaban sus murciélagos los volcanes de petróleo…

Era más o menos el octavo o el noveno día cuando vio de pronto una luz. Al principio creyó haber encontrado, por fin, uno de los respiraderos. Luego pensó que serían personas que lo buscaban. Pero cuando vio que eran dos curas los que se le acercaban y le dirigían la palabra en francés, comprendió que debían de ser los dos sacerdotes franceses, que según él creía habían muerto en las catacumbas.

Uno de ellos era esbelto, elegante, muy distinguido en sus movimientos y en su actitud; además era un poco más joven que su acompañante, un hombre bajo y fornido, de expresión casi astuta, que constantemente desviaba la mirada de Jessiersky, una mirada por así decir hipócrita. Jessiersky, desde el momento en que los vio, no se movió más del lugar donde estaba, y tanto fue su asombro que no podía pronunciar una palabra. Por fin exclamó:

—Pero, señores, ¿cómo es posible que estén vivos? Realmente no sé qué pensar. Porque aunque dije arriba expresamente que mi intención había sido venir a buscarlos a ustedes, no fue más que un pretexto. En realidad, y ustedes disculparán, en ningún momento dudé de que no estuvieran ustedes muertos.

Los curas lo miraron un momento, y luego el más esbelto y elegante dijo:

—Señor Jessiersky, pocas son las palabras que nos ha dirigido, pero ya podemos advertir, con cierta consternación, que su francés no se distingue por su exactitud. Usted hubiera debido aprovechar mejor la oportunidad que su difunto padre le ofrecía, de aprender un poco mejor el idioma…

—¿Le parece? —preguntó Jessiersky, demasiado desconcertado para asombrarse de que supieran quién era, y que además supieran que su padre le había enseñado francés—. Sí, es muy posible… Pero por favor, dígame, ¿están ustedes muertos, en realidad, o no lo están?

Los franceses no le contestaron inmediatamente.

—Si estuviéramos muertos —dijo por fin el más bajo—, entonces usted tendría que creer, por lo menos, en la posibilidad de la inmortalidad. ¿No le parece?

—¿Sí? —preguntó Jessiersky.

—Por supuesto.

—¿Cómo es posible? Pero si es que todavía están vivos, entonces les ruego que me expliquen cómo han hecho para mantenerse en vida durante todo el tiempo transcurrido desde su desaparición. También yo me traje conmigo unas pocas provisiones, pero hace muchísimo tiempo que se me acabaron, y estoy a punto de morirme de hambre. Ustedes deben de haberse traído consigo una montaña de víveres, para conservar todavía tan buen aspecto. Pero a fin de cuentas, ¿por qué están ustedes aquí abajo? ¿Tenían en realidad algún interés en las catacumbas, o no será que lo que les importaba, como a mí, era tratar también de eludir la luna? Contéstenme con franqueza.

—De la luna —dijo el delgado, mientras empujaba con el pie un resto de esqueleto tirado en medio del polvo—, de la luna no se escapa nadie, ni tampoco deja de escapar nadie; y esa inseguridad es justamente la esencia misma de la luna, y por otra parte es la esencia también de todo lo que se encuentra bajo la luna. Porque nos encontramos todos bajo el símbolo de la ilusión, la enseña de la inseguridad.

—¿Cómo dice que uno no puede escapar de la luna? —exclamó Jessiersky—. Yo mismo estuve a punto casi de eludirla.

—Pero sólo a punto.

—Ah, ya comprendo —dijo Jessiersky—, ustedes están realmente muertos, pero se avergüenzan de estarlo. Porque si no fuera así, ¿por qué habrían de contestarme tan evasivamente? Evidentemente, por eso mismo, tampoco quieren confesarme que también yo estoy muerto.

—Así que gracias a nuestra presencia —dijo el más bajo— usted deduce que ya no se encuentra entre los vivos, ¿no es así?

—Así es.

—¿Entonces usted cree en la inmortalidad?

—No —dijo Jessiersky—, es evidente que no creo en ella. Porque si no, después de todo, ¿cómo sería posible que estuviéramos hablando de nuestra muerte? Aunque es verdad que deberíamos ser inmortales para seguir hablando de ella, después de haber acaecido. Pero quizá ustedes puedan explicarme un poco, por lo menos, qué es la muerte. Ya ven cómo yo ni siquiera advertí que estaba muerto. ¿Les ocurre también a ustedes, que no advierten que están muertos?

—Realmente no sé por qué quiere usted saber eso —dijo el delgado.

—¿Y qué es, por favor, lo que quiero saber?

—Qué es la muerte —dijo el delgado—. Porque después de todo, cualquier cosa es solamente lo que creemos que es, o sea que todo depende de cómo lo consideramos; y lo mismo ocurre con las personas y con sus estados. Si usted, por ejemplo, lo considera desde el punto de vista del cuerpo, el hombre es, sin duda, mortal. Pero si usted, en cambio, lo considera desde el punto de vista del alma, entonces sólo puede ser inmortal. Porque el alma es, en efecto, el aspecto no corporal del hombre, y lo que no es corporal no puede morir. El hombre, ser único, es, por lo tanto, mortal e inmortal a la vez.

Jessiersky frunció el ceño.

—Un tipo semejante de inmortalidad —dijo— no me alegraría excesivamente.

—Pero no hay otro tipo.

—Me resulta, para hablar con franqueza, demasiado abstracta.

—Por desgracia no puedo ofrecerle una inmortalidad más concreta. Porque nuestro único órgano para la existencia, nuestra única vinculación completa con este mundo es nuestro cuerpo, y se hunde, como se hunde en el limo lo que llaman el «pie» de una ostra, en lo concreto; y si lo perdemos, nos tenemos que reducir a lo abstracto. También podría, para explicarle mejor esta circunstancia, recurrir a métodos mucho más poéticos.

—Dígame cómo, por favor, si no le incomoda.

—Pues tratando de explicárselo de una manera mucho más agradable, mediante circunloquios o símbolos, en vez de palabras directas. Por ejemplo, quizá le resulte más comprensible la idea de que al morir volvemos allí de donde vinimos al nacer… de modo que nosotros dos, yo y mi acompañante, volveremos a Francia, porque allí también vivieron nuestros antepasados, y usted, mi estimado señor de Jessiersky, tendrá que regresar a Polonia…

—¿A Polonia?

También le resultaba asombroso que esos religiosos parecieran conocer los pensamientos más secretos que había acariciado en la infancia. Repitió:

—¿A Polonia? ¿Polonia, dice usted? ¿Y qué puedo hacer yo en Polonia, ahora que todo ha sido confiscado? Si hasta en Bohemia las dos propiedades de mi difunta esposa fueron…

—Ah, entre los muertos ya no se confisca nada —dijo el cura delgado—, y mucho menos entre los muertos de Polonia. Porque sería siempre posible que los alemanes y los checos se siguieran robando aun después de la muerte; pero en Polonia no ocurre eso, bajo ninguna circunstancia. Porque allí los nobles siguen siempre en sus dominios, aun cuando los hayan perdido muchos años antes, y se hacen servir por todos aquellos que no son nobles; usted comprenderá que es imposible introducir las conquistas sociales entre los muertos. Aun esos mismos muertos que las conocieron en vida, no las aceptan en su nuevo estado, y qué le diré de aquellos que no las conocieron nunca…

—En realidad —dijo Jessiersky—, eso es lo que siempre pensé yo, o por lo menos pensaba algo muy parecido. ¿No le parece extraordinario?

—No, en absoluto —dijo el cura delgado—. Porque ello va muy de acuerdo a pesar de ser tan anticuado, o justamente a causa de eso, con la idea que nos hacemos de la muerte. Usted no se imagina hasta qué punto son anticuadas las ideas que nos hacemos de la muerte. Pero ya sea así o de otro modo, puedo imaginarme perfectamente que también usted, cuando muera, en vez de ser transportado en un coche fúnebre al cementerio, se irá en un trineo a Polonia…

—Pero es muy notable —exclamó Jessiersky—, sumamente notable, que usted me hable ahora de ese trineo; aunque por desgracia estoy muy convencido de que a mí ningún trineo me llevará a Polonia. A mi pobre padre quizá se lo hayan llevado a Polonia en un trineo, pero a mí, no cabe ninguna duda de que no me llevará ningún trineo al país de…

—Quién sabe, quién sabe —dijo el cura delgado, como tratando de tranquilizarlo—. También a usted se lo llevarán a Polonia. En un trineo arrastrado por dos grandes caballos de raza con arreos espléndidos y adornos en la cabeza, con cascabeles. A Wiazownika o a Marianowka, como usted desee. A una especie de paraíso Jessierskyano, que usted muy bien se lo ha merecido, con sus historias de Spinette y de Eisl y de Achtner, aunque en un principio no se hubiera imaginado nunca que era capaz de hacer esas cosas…

—Pero ¡Dios santo! —exclamó Jessiersky, emocionado—. ¿También saben ustedes todo eso? Pero ¿cómo han hecho para saber todos esos detalles?

—¿Saber? —dijo el cura delgado—. En realidad no sé nada de nada. Me limito a poetizar su vida y su muerte juntas, trato de expresarme sencillamente en forma poética. Porque todo esto, aquí abajo, no es nada real, es una inmortalidad de pura invención, nada más…

—¿Una invención?

—Sí, naturalmente.

—Pero entonces, ¿para qué nos sirve?

—¿Qué cosa?

—La inmortalidad.

—Para nada —dijo su interlocutor—. Francamente para nada. Porque cuando algo que vive muere, pasa por así decir de un estado en que existe todavía a un estado en el cual ya no existe más; y ¿cómo cree posible que una vez que uno no existe, pueda todavía tener algo? Uno ya ni es algo, ni es nada, ni tiene nada; uno se ha convertido sencillamente en la nada, y ha cesado de ser.

—¿De modo que en realidad la inmortalidad no existe?

—Un momento. Existe, aunque sólo en la medida en que existe la nada en que uno se ha convertido. Es decir, que lo que no existe más, sigue no obstante existiendo. Porque si no hubiera existido nunca, entonces sí que no existiría más. Pero como ha existido, todavía existe. Solamente que eso no es más, no tiene más contacto con lo que todavía es. De allí podemos, por lo tanto, deducir que no tenemos, en el fondo, ninguna posibilidad de haya sido, lo que no será, la negación en sí. Pero mientras tanto, puedo tranquilizarlo y asegurarle que no le fallaremos. Porque una vez que hemos sido, somos absolutamente. Es decir, que no cesaremos nunca de ser. Somos para siempre. Porque en efecto, por nuestro propio hecho de ser participamos en algo del ser divino, y Dios, aunque no es el mundo que existe, es más, justamente porque no es el mundo que Él ha creado y que sigue su curso, que perece; justamente porque Él es lo opuesto a eso, lo creado, es lo que no es y que, por lo tanto, no puede perecer, existe eterna e incesantemente… como nosotros mismos.

—Le diré —observó Jessiersky después de una pausa—, en el fondo me gustaría mucho más que todo eso no fuera una historia tan complicada, donde constantemente todo lo que es no es, y todo lo que no es, es; sino que en cambio la inmortalidad del alma se pareciera un poco a lo que se ha creído hasta ahora y a lo que nos han enseñado… ¿Por lo tanto, el alma no es inmortal en sí, en realidad, sólo lo es la persona?

—Sí, solamente la persona —dijo el cura delgado—. Únicamente la persona, es decir, tal como la ve Dios.

—¿Y Dios, por su parte? —preguntó Jessiersky—. ¿Qué es Dios, en realidad?

—También es solamente la persona, tal como se ve Él mismo —dijo el otro.

—¡Las cosas que usted dice! —exclamó Jessiersky—. ¡No se me habrían ocurrido nunca!

—Pero así se mantiene, por lo menos aproximadamente, y poco cambia en sí —dijo el cura más bajo, torciendo la mirada casi completamente hacia un costado—. Y ésa es la explicación del hecho de que en cualquier circunstancia, aunque muy especialmente en el momento de la muerte, nos deja librados en absoluto a nuestros propios recursos.

—¿Les parece, señores? —respondió Jessiersky—. Ah, con todo eso ustedes quieren sencillamente darme a entender, sin herirme demasiado, que después de la muerte la vida se terminó. Porque si se pudiera morir sin perecer, no haría tampoco ninguna falta nacer previamente para existir. Pero hay una cosa que no comprendo muy bien; es esto, en efecto: si es cierto que después de la muerte se cesa de existir inmediatamente, ¿por qué uno tiene tanto miedo, en el fondo, de la muerte? Yo, por lo menos, me pasé la vida temiendo a la muerte, tenía miedo de encontrarme de pronto, en un solo instante, tan lejos de todo lo que me era querido…

—Y con mucha razón —dijo el cura bajo—. Porque de otro modo, por pura ausencia del temor a la muerte, usted se habría vuelto tan descuidado, que ya durante la niñez habría perecido. ¿Y todavía sigue temiendo a la muerte?

—Para hablar francamente, estoy demasiado fatigado para sentir mucho miedo de nada.

—Ya ve. Usted temía sobre todo la nada. Porque fuera de eso, no hay un motivo de interés tan grande en la muerte, para que le demos (aunque es la cosa más cotidiana) una importancia tan extraordinaria. Porque no sólo el hombre, sino también todos los perros, todas las aves deben entregar el espíritu; hasta al simpático ganado, que no muere nunca de muerte natural, sino que es sacrificado siempre, debería considerársele con muchas más atenciones que a la generalidad de las bestias; y hasta qué punto se ha vuelto poco importante la muerte de los seres vivientes que han pasado al otro mundo durante estos últimos cien años o simplemente durante estos últimos quince…

—Pero yo vivo ahora —dijo Jessiersky—, no he vivido hace quince ni hace cien años y, por lo tanto, me importa sobremanera el hecho de morir ahora, lo cual, dicho sea de paso, habrá de ocurrirme sin lugar a dudas, si no me dan ustedes, lo más pronto que puedan, algún alimento de esos que les han ayudado a mantenerse tan lozanos. Porque para decir verdad, hace ocho días que estoy aquí abajo y…

—Catorce días —dijo el cura delgado.

E inclinándose hacia el otro, le dijo:

—Por favor, dé algo de comer al señor Jessiersky.

Luego se volvió otra vez hacia Jessiersky y le preguntó:

—¿Se arrepiente entonces de sus malas acciones?

—Para lo que me importan —dijo Jessiersky—. Pero debo confesar que estaba equivocado. Lo que quisiera es que me dieran por fin algo de comer.

Entonces el cura más bajo sacó del bolsillo una cajita, y con un movimiento rápido y diestro, que Jessiersky no advirtió, tomó de la cajita una cosa blanca y se la puso a Jessiersky en la boca.

Al mismo tiempo, casi inaudiblemente, movía los labios.

La cosa blanca no tenía gusto a nada.

—¿Qué era? —preguntó Jessiersky.

—Nada, nada —dijo el cura delgado.

—¿Y eso era todo? —exclamó Jessiersky, cuando vio que el otro cura volvía a guardarse en el bolsillo la cajita.

—Sí —dijo el cura delgado.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ser eso todo lo que me dan de comer?

—Hace tanto tiempo que usted no come nada, que podría hacerle mucho daño comer más.

—¿Y no me darán algo de beber? —preguntó Jessiersky con intensa amabilidad—. ¿No tienen nada en un frasquito, o en una cantimplora?

—¿Entonces, usted está emparentado con los Piasten? No creo que lo esté, que yo sepa.

—¿O tal vez con los Jagellonen? Pero en realidad no hemos venido a buscarlo para conversar con usted de cosas que después de todo no sabemos. Además…

—¿Ustedes vinieron a buscarme?

—Sí.

—Entonces, ¿sabían que yo vendría?

—Sí, naturalmente. Por eso mismo hace meses que estamos aquí abajo, dando vueltas.

—¿Por eso? —exclamó Jessiersky—. ¿Qué quieren darme a entender?

—Más o menos que usted podría igualmente haber pensado en no venir aquí tan desprevenido. Pero no, ni siquiera trajo el abrigo.

—¿El abrigo? En fin… debo de haberlo perdido, parece. Ustedes saben… arrastrarlo tantos días; y además no me hace ninguna falta, en realidad. Porque aquí abajo el ambiente es un poco húmedo, pero bastante tibio, y…

—Bueno, pero ahora va a sentir frío.

—¿Frío?

—Sí, frío.

—¿Por qué?

—Porque hay nieve.

—Pero ¿cómo es posible? Si estamos en el mes de mayo.

—¿En el mes de mayo, dice usted?

—Sí, y para colmo en Italia.

—Bueno, venga con nosotros —dijo el cura delgado.

Y entre él y el cura más bajo lo tomaron por los brazos, como para llevárselo, y lo condujeron en efecto hacia el fondo del corredor.

—¿Adónde vamos con tanta prisa? —exclamó Jessiersky.

—Hacia arriba, naturalmente. Parece que a pesar de su mal francés, usted habla y pregunta un poquito demasiado.

Apenas habían dado unos cuantos pasos, llegaron al final del pasillo, a un lugar donde la luz los deslumbró, y pasando sobre un vertedero de escombros, entremezclados con esqueletos y momias, que atravesaba el corredor, lo subieron hasta llegar al exterior.

«¡Qué poco corteses se han vuelto de repente estos picaros!», pensaba Jessiersky. «Y pensar que he confiado el gobierno de mi alma a estos dos cuernos de la salvación, que son tan poco dignos de confianza como los dos cuernos de la luna.»

—¡Venga, venga! —le gritaban los curas, arrastrándolo por encima de los escombros.

—Me arrastran como si me subieran al patíbulo —gritó Jessiersky.

—Después de todo, sería lo que usted se merece —le contestaron también a gritos.

Pero ya habían llegado arriba; los rodeaba una planicie nevada, y a cierta distancia de allí los esperaba

un trineo.

«Por el amor de Dios», pensó Jessiersky, «esto no puede ser la campaña de Roma. ¿Hasta dónde se extienden bajo la tierra esas catacumbas? ¿Dónde estaré?»

Los curas habían desaparecido repentinamente, y Jessiersky, que en realidad se alegraba de haberse librado de ellos, no sabía sin embargo qué hacer; finalmente se acercó al trineo. En el fondo del mismo encontró extendida una manta de pieles de zorro; los caballos que tiraban del vehículo, evidentemente dos altos media sangre, movían las cabezas ricamente enjaezadas con rumor de cascabeles.

En el pescante del trineo había dos personas sentadas, con abrigos de piel. Uno de ellos bajó inmediatamente y se acercó con rapidez a Jessiersky; cuando vio que éste carecía de abrigo, se sacó el suyo de piel, por el camino, y al llegar a su lado se lo colocó sobre los hombros.

Debajo del abrigo vestía librea.

—¿De dónde son ustedes? —le preguntó Jessiersky—. ¿Dónde estamos, ante todo? ¿Por qué hay tanta nieve? ¿A quién pertenece este trineo?

El hombre, que tenía rasgos toscos, cabellos negros y manos extraordinariamente bastas, le contestó sencillamente con una sola palabra:

—Marianowka.

Entonces comprendió Jessiersky que estaba muerto.

«Muy bien, muy bien», pensó, apretando con fuerza las mandíbulas, «así que uno se muere, después de todo. Quiero decir, uno no puede imaginarse y ni siquiera puede creer que alguna vez tendrá que morir, pero a pesar de todo uno se muere, al final de cuentas, y para colmo ni siquiera lo advierte; y el hecho mismo de no advertirlo debe de ser lo mejor de toda esta historia de la muerte…»

Después de un instante, se acercó al trineo, y mientras ascendía, pensó que los Jezierskij también le habían mandado un trineo a él, después de todo. Se veía que descendía directamente de los Jezierskij, no de los Raczynski ni de los Szoldrski. Porque los Jezierskij seguían instalados en Marianowka, aunque ya la habían perdido para el mundo. Aquí uno seguía siempre instalado en Marianowka y en Wiazownika; y le habían mandado el trineo, como lo habían hecho muchos años antes con su padre, Adam Jessiersky.

Cuando Alexander Jessiersky subió al trineo, dirigió unas cuantas preguntas más al hombre que le había ofrecido la piel, y también al otro que se había quedado sentado en el pescante. Pero ambos le contestaron en una lengua que él no comprendía. Probablemente debía de ser polaco. Trató, por lo tanto, de hablarles en francés, pero nuevamente le contestaron en polaco. Quizá el polaco fuera la lengua de los muertos; o quizá, como eran criados, hablaran entre sí en ruteno. Pero fuera una lengua u otra, él no la comprendía.

Mientras Alexander se extendía sobre la manta de pieles de zorro, el hombre de la librea, que era evidentemente un criado, le cubrió las rodillas con una segunda manta que recogió doblada del piso del trineo. Luego subió de un salto al pescante, junto al cochero. Inmediatamente partieron los caballos, y el trineo se alejó a toda velocidad sobre la nieve.

Los cascabeles tintineaban, el viento del viaje soplaba como hielo en la cara, haciendo volar las colas de zorro que orlaban toda la manta de pieles. A cierta distancia, se oía una música que acompañaba el precipitado viaje del trineo; y Jessiersky reconoció después de un momento que era una fantasía de Chopin. También había acompañado Chopin con su música la cabalgata de Adam Jessiersky ante el escuadrón de ulanos. Pero lo que interpretaban esta vez era la *Fantasía en do sostenido menor*. La tocaban una y otra vez, pero teniendo en cuenta las circunstancias, había que decir que hoy no la tocaba extraordinariamente bien; era evidente que la repetían y la repetían para ver si así mejoraba la interpretación. Y el viaje continuaba bajo un cielo que amenazaba nieve, aunque no nevaba todavía, sobre colinas onduladas e interminables llanuras, cubiertas de nieve inmemorial, y a través de bosques sombríos, y nuevamente por las planicies, y nuevamente a través de los bosques, que cada vez se hacían más oscuros, a medida que caía la noche; y los aullidos de los lobos se mezclaban con la música de Chopin, y el viaje proseguía, siempre a una velocidad increíble, por la noche helada. Quizá, después de todo, pensaba Alexander Jessiersky, ésos fueran meramente los ornatos poéticos de la muerte, de los cuales en cierto modo le había hablado el cura delgado. La nieve sobre la cual viajamos no es en realidad nieve verdadera, sino el Cocito, y el cochero, si se lo contempla desde el punto de vista adecuado, es Caronte, y el trineo es su barca. Quizá todo esto, justamente porque es un mero ornato del espanto, desaparezca de pronto y ceda el lugar a la nada completa… Pero nada desaparecía, sino que todo se volvía más extenso todavía; es más, por fin aparecieron algunas luces, se oyeron ladridos de perro, y el trineo, trazando una curva en su recorrido, se detuvo frente a una casa iluminada.

Ésa debía de ser Marianowka.

Pero Alexander Jessiersky no tuvo tiempo de contemplarla. Porque apenas se había detenido el trineo frente al pórtico, sostenido por columnas blancas de madera, se abrió de par en par la puerta de la casa, aparecieron velozmente diversos criados con linternas, y lo ayudaron a descender del trineo, instándolo a entrar inmediatamente en la casa; y de una cantidad de habitaciones iluminadas surgió una multitud de personas, que lo rodearon y le dirigieron la palabra en francés.

Alexander Jessiersky reconoció entre ellos a su padre.

—¡Mi pequeño —exclamó Adam Jessiersky—, por fin has llegado! Quiero decir, por fin has llegado realmente. Se lo puedes agradecer, Dios lo sabe, solamente a Luna, y a Spinette, y a esos dos estúpidos de Zinkeneck, que ya han pasado por aquí y nos han contado tus andanzas; porque si no hubiera sido por ellos, habríamos tenido que esperarte quién sabe hasta cuándo. Pero ahora has llegado, por fin. ¿Cómo anda tu francés, ante todo?

—*Le comte de la Lune est ici?* —preguntó balbuceando Alexander Jessiersky.

—*Le comte de la Lune* no estuvo aquí, sino allá —le corrigió Adam Jessiersky—. Naturalmente que estuvo allá, y en verdad que hace mucho tiempo de eso. ¿O acaso creíste que no estaba allá? Hay que ser realmente tonto para creer eso. Pero qué suerte has tenido, después de todo.

Y le palmeó cordialmente los hombros, como un archiduque palmea jovialmente los hombros de un oficial del Estado Mayor.

Pero por otra parte, no estaba vestido con el uniforme del Estado Mayor, sino de ulano, uniforme que en realidad nunca se había puesto en vida. Además, no estaba más delgado por el cáncer, sino regordete, como en sus mejores tiempos.

Detrás de él se asomaban también Witold y Olgerd Jessierskij, Pawel, y el ya legendario Alexander, del cual explicó Adam Jessiersky que se encontraba allí por una pura casualidad, porque tenía que volverse en seguida a Rusia. Todos ellos abrazaron al recién llegado y lo besaron en ambas mejillas; y también se acercaron los Solzdrski, los Raczynski y los Bielskij, todos riendo, como si en vez de tratarse de la muerte de Alexander Jessiersky, se tratara de algo extraordinariamente divertido, y todos le dieron la bienvenida.

—Ven para acá —dijo Adam Jessiersky—, ven para acá, porque por supuesto querrás saludar también a las damas de la casa, que te esperaban.

Pero Alexander Jessiersky preguntó si no sería posible postergar el saludo de las damas hasta el día siguiente, porque en realidad él estaba mortalmente cansado a causa de sus andanzas bajo la tierra, y también a causa del largo viaje en trineo, y para colmo con la barba crecida, como todos podían ver. Quizá fuera posible que le permitieran acostarse inmediatamente, y saludar a las damas por la mañana… porque además estaba tan fatigado por tantas impresiones, y…

—Ni pensarlo —exclamó riendo Adam Jessiersky—. No son más que excusas. Excusas. En realidad, tú temes todavía encontrarte repentinamente con Luna, y crees que quizá esté aquí, en el salón, conversando con las señoras. ¿No es así?

—Pero ¿dónde está, verdaderamente?

—Se fue, hace mucho tiempo que se fue a otra parte. Porque todo esto es en el fondo…

—¿Qué cosa es en el fondo…?

—Nada, nada. Bueno, sígueme.

—Pero ¿no era realmente la luna?

—¿Quién?

—Ese Luna.

—¿Cómo lo crees posible? Era un profesor particular, muerto de hambre, nada más.

Y condujo a su hijo hasta el gran salón, donde estaban las damas, y Alexander Jessiersky las saludó a todas. La que le gustó más fue la Bielskij; era francamente encantadora, y Alexander reflexionó que Pawel Jezierskij había hecho muy bien en gastarse tanto dinero por ella. Y sirvieron vinos y galletitas, y todos bebieron en honor suyo, y también él tuvo que beber en honor de ellos, hasta que se sintió completamente mareado, porque estaba bebiendo con el estómago vacío. Los escasos canapés que le habían servido con el licor no habían mejorado en mucho su situación. Por lo tanto, insistió en que le permitieran irse a la cama. Pero ya alguien se había sentado frente al piano y comenzaba a cantar «La Valse Brune»[1], lo que causó verdadero terror a Alexander Jessiersky y suscitó la hilaridad general. Pero luego tocaron otras melodías, y empezaron a bailar; Alexander bailó con su abuela, su bisabuela y sobre todo con la hechicera segunda mujer de su tatarabuelo, probando su destreza en continuas cuadrillas, mazurkas, polkas y polonesas, lo que duró hasta el alba…

Finalmente, mareado de fatiga, agotado y ebrio, preguntó balbuceando:

—¿Será esto realmente el más allá? Porque probablemente una existencia ultraterrena como ésta no

exista, será simplemente una ilusión que uno se forja; será solamente, como dijo el cura delgado, una «expresión más poética» de la existencia ultraterrena ordinaria, verdadera…

—Sin embargo —le reprochó Adam Jessiersky— no hay que nombrar esas cosas con palabras tan claras, no hay que destruir hasta ese punto nuestras ilusiones. Consideramos, aunque con toda seguridad no es cierto, consideramos sencillamente que también la muerte es igual a la vida, que el sueño es como la vigilia, que la juventud es como la vejez, estar aquí como estar allá, y que uno no sabe nunca exactamente dónde se encuentra en realidad… Pero ya empieza a aclarar, ya empieza a alborear, como dicen tan bellamente las novelas, detrás de los cortinajes; ven, ahora sí que nos iremos realmente a la cama. Aquí los días no significan gran cosa, la noche es todo…

Y con su mano cuidada y cubierta de anillos, que asomaba por la estrecha manga del uniforme entre las puntas tradicionales del forro, apretó el hombro de su hijo, para conducirlo, bostezando, escaleras arriba, hasta el dormitorio. El piso de arriba, iluminado por escasas velas, estaba decorado de la manera más extravagante. En efecto, cubrían sus paredes fotografías parduscas y semiborradas; había cientos, quizá millares de fotografías. Como escamas de pescado, revestían todo el corredor. Alexander Jessiersky no podía distinguir a la mala luz de las velas lo que representaban; parecían hombres con uniformes y trajes articulados, con caballos y perros, seres innumerables, hacía mucho tiempo muertos, hacía mucho tiempo olvidados…

En ese piso los esperaban dos criados. Uno de ellos, según pudo reconocerlo Jessiersky, era aquel que le había ofrecido el abrigo de pieles al salir de las catacumbas, y que luego se había sentado al lado del cochero, el hombre de librea y cabello negro, rasgos toscos y manos bastas. «Éste», pensó Jessiersky, «sigue siendo criado, seguirá siéndolo eternamente; lástima que no pueda exigir lo mismo de los míos. Pero después de todo, en la eternidad…»

—Hay mucho trabajo, ¿no? Mucha gente —le dijo, con cierta dificultad ya de palabra.

Pero el criado parecía, como en otras ocasiones, no entender el alemán, y limitándose a sonreír dijo algunas palabras a su compañero, en una lengua desconocida para Alexander; quizá fuera ruteno, de todos modos no la comprendía. Y los dos se encargaron de él y lo condujeron hasta su dormitorio. Cuando llegó frente a la puerta, miró en torno buscando a su padre; pero éste ya había desaparecido. Entonces Alexander Jessiersky entró en su habitación; los criados lo desvistieron y lo acostaron en la cama; apenas acostado, se quedó dormido, perdiendo, finalmente, conciencia de todo…

Notas

[1] Canción cuyo estribillo dice: «C'est la Valse Brune, des Chevaliers de la Lunes…» *(N. del T.)* < <